

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 4 NRO 35 ENERO 2019

ALEJOS MARTÍNEZ ALLEN DEL CAMPO ÁLVAREZ ALVES BUGARÍN
CANDIA CORVALÁN CANO SOLDEVILA CARDOZO RAMÍREZ CHÁVEZ LARA
DARKA DI LISIO DÍAZ MARCOS DOMÍNGUEZ FEDERICI GAMARNIK
GARCÍA GARCÍA CHOLBI GASSÓN GÓMEZ BARCELÓ GONOROWSKY
GOÑI CAPURRO LAMARÍZ MORA DÍAZ MORÉ NAVARRO CALLEJA
PARRA AVELLANEDA PAZ PANANA RAMACCIOTTI RESTREPO URIBE
ROSCONI SA SALDIVAR ROSAS SUÁREZ VARGAS LÓPEZ
VICTORIANO VIGNERA VILLAGÓMEZ GALICIA VILLALBA



EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 4 NRO 35 – ENERO 2019

ISSN
2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:
RENATE MÖRDER

IMÁGENES:
PIXABAY

COPYRIGHT:
EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS
MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:
FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:
N° DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:
WWW.ELNARRATORIO.COM.AR
WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:
ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM
ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>MANRÍQUEZ</u>	<u>XIMENA CANDIA CORVALÁN</u>	<u>7</u>
<u>TODAS MIS MUJERES</u>	<u>VALENTINA DI LISIO</u>	<u>13</u>
<u>LA NUBE</u>	<u>OVIDIO MORÉ</u>	<u>16</u>
<u>SIN ESCAPE</u>	<u>JUAN PABLO GOÑI CAPURRO</u>	<u>22</u>
<u>LA TÚNICA</u>	<u>MARÍA DOMÍNGUEZ</u>	<u>26</u>
<u>LA CASA DE VERNE</u>	<u>CARLOS ENRIQUE SALDIVAR</u>	<u>31</u>
<u>EL PINTOR Y SU MUSA</u>	<u>MARTA NAVARRO CALLEJA</u>	<u>34</u>
<u>CARGA FAMILIAR</u>	<u>CARMEN CANO SOLDEVILA</u>	<u>39</u>
<u>LAS IMÁGENES ONÍRICAS</u>	<u>RAÚL ARIEL VICTORIANO</u>	<u>43</u>
<u>A MI LADO</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>46</u>
<u>EL INSÓLITO CASO DE LA “MANO PELUDA”</u>	<u>LUIS REYNALDO CHÁVEZ LARA</u>	<u>51</u>
<u>EVELYN</u>	<u>SAMANTHA LAMARÍZ</u>	<u>57</u>
<u>EL PERRO PÍN DO GURO</u>	<u>CARLA ROSCONI</u>	<u>61</u>
<u>AMOR CIRCULAR</u>	<u>DIANA GAMARNIK</u>	<u>63</u>
<u>DENTRO DE LA TAZA</u>	<u>SANTIAGO DARKA</u>	<u>66</u>
<u>NO AL NO</u>	<u>ANDREA ALVES</u>	<u>69</u>
<u>NOS VEREMOS DESPUÉS</u>	<u>ADRIÁN GARCÍA CHOLBI</u>	<u>71</u>
<u>EL CONTENEDOR</u>	<u>CARMEN GÓMEZ BARCELÓ</u>	<u>77</u>
<u>EL P.URBANO</u>	<u>ALBERTO ALLEN DEL CAMPO</u>	<u>80</u>
<u>ANTES QUE LLEGUE LA PRIMAVERA</u>	<u>JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>83</u>
<u>UNA CRÓNICA DE COLECCIÓN</u>	<u>OSVALDO VILLALBA</u>	<u>85</u>
<u>VOCES</u>	<u>EMILIO PAZ PANANA</u>	<u>91</u>
<u>ÁREAS</u>	<u>LISARDO SUÁREZ</u>	<u>95</u>
<u>HIKIKOMORI EN LA CIUDAD DE BRAGA</u>	<u>VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA</u>	<u>97</u>
<u>RIESGOS DEL CORAZÓN</u>	<u>RICARDO BUGARÍN</u>	<u>100</u>
<u>ENAMORAMIENTO VITAL</u>	<u>CLARA GONOROWSKY</u>	<u>103</u>
<u>NEUROCÓMICS</u>	<u>CARLOS M.FEDERICI</u>	<u>106</u>

<u>UNA PAREJA EN LA CALLE DE PIGMALIÓN</u>	<u>JULIO CÉSAR</u>
<u>VILLAGÓMEZ</u>	<u>GALICIA 110</u>
<u>SOSPECHA</u>	<u>PILAR ALEJOS MARTÍNEZ 115</u>
<u>OPERACIÓN NOCTURNA</u>	<u>YOLANDA SA 118</u>
<u>LIBRE Y MUERTO</u>	<u>JOAN LUIS MORA DÍAZ 122</u>
<u>OCASIONALMENTE</u>	<u>MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI 126</u>
<u>NATURALEZA INTERNA</u>	<u>DAMARIS GASSÓN PACHECO 128</u>
<u>IRENE</u>	<u>RAMIRO DE JESÚS RESTREPO URIBE 131</u>
<u>PROCEDIMIENTOS</u>	<u>JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS 133</u>
<u>LÚGUBRE ENCUENTRO</u>	<u>EDNA MILENA CARDOZO RAMÍREZ 137</u>
<u>HELIOS</u>	<u>JONATHAN VARGAS LÓPEZ 139</u>
<u>CARNE</u>	<u>JORGE ÁLVAREZ 145</u>



MANRÍQUEZ
XIMENA CANDIA
CORVALÁN

Llegó Bernardita a mi curso: tranquila, señorita, responsable, aplicada. Yo soy así. Me dicen Señor Manríquez por mi seriedad. Me gusta. Me da cierta autoridad por sobre los demás. Todos pierden el tiempo tonteando. Yo pongo atención, mis cuadernos están ordenados, estudio a diario, aunque no haya prueba.

Bernardita tiene sus encantos. Me atrae mucho. Le miro las piernas hasta la pelvis con un espejo. Se sienta más atrás y pone los pies en el travesaño de su escritorio. Ahí se ven sus piernas y calzones, siempre blancos. Aprendí de mis compañeros, pero son tan estúpidos que las niñas se enteraron y ahora las más lindas usan pantaleta debajo de la falda. Bernardita es inocente, no sabe que la observo y como no es del grupo de las populares, los demás no la observan como yo. Yo tampoco soy popular, no soy alto, ni rubio, ni deportista. Uso lentes, soy blanco como un fantasma y uso el pelo muy corto porque a mi papá le gusta así.

Cada día busco una excusa para acercarme, pido su ayuda en inglés, en ciencias. Hago como que no entiendo, a veces es cierto. Es buena persona, accede a ayudarme. A veces le digo cosas amables, como “te agradezco mucho, eres un encanto”, sonrío, pero me mira como si fuese un bicho raro. Debe pensar que soy muy caballero. Quiero hacerme su amigo, invitarla a estudiar o, si tengo suerte, lograr que me pongan en un mismo grupo con ella para algún trabajo.

¡Traición!, Campusano le dijo a Bernardita que yo le miraba los calzones. Ahora me mira con odio y me desprecia. Me quiero morir. Ya no puedo acercarme porque se engrifa y me ladra. Campusano me dijo que Bernardita le tiene confianza y le dijo que ¡le doy asco! Creo que a Campusano también le gusta ¿por qué habría hablado si no fuera así? Siento su desprecio cuando me sorprende mirándola. No le miro los calzones. Ya no sube los pies al travesaño. No puedo quitármela de la cabeza, me la imagino en toda clase de situaciones. Paseando, bailando, besándola, tocándola. Desde que me odia, me gusta más. Se puso altiva, hace como que no me ve. Quiero sujetarle ese pelo largo y negro. La verdad, me veo tirándole el pelo, obligándola a mover su cabeza hacia atrás. Mejor no sigo.

No entiendo cómo pasó, pero todo el curso se enteró de que yo le miraba los calzones a Bernardita, ¿a quién le importan los calzones? Lo que uno mira son los muslos, la entrepiernas, casi nunca se ve nada. De un extraño modo, los hombres del

curso ahora me integran más. Pasé a ser más normal. Les dije a todos que me gustaba Bernardita. Es parte del código de hombres. Si a mí me gustaba, al menos en mi grupo más cercano, nadie podía intentar nada con ella. Me dijeron que me iban a ayudar. Parece que a Campusano no le gusta porque es el primero que se ofreció.

De a uno han ido a hablar con Bernardita. A decirle que estoy arrepentido, que no soy así, que me disculpe. Miro sonriendo desde lejos a ver si cambia en algo su opinión de mí. No pasa nada. Ya todo el grupo fue y sigue mirándome como si fuera un freak. Exagera ¡Si no vi nada!

Ha pasado el tiempo, un par de meses y nada cambia.

El sábado es el cumpleaños de María Paz. Como sea me voy a acercar. No me gusta bailar, no conozco la música que ponen siquiera. En mi casa solo se escucha música clásica. Voy a ver algunos videos para saber qué hacer.

Ahí está, se ve linda. Baila bien, se ve bien su trasero. Lo mueve bien —tiene gracia— quiero decir.

Campusano me dio un plan. Me dijo que me acercara, que partiera pidiéndole disculpas con toda la humildad que pudiera y que le pidiera que, en señal de una verdadera amistad, hiciera el favor de bailar conmigo. Habló con María Paz para que presionara a Bernardita. Le dijo que yo estaba enamorado, que merecía una oportunidad. A María Paz le dio pena.

Me acerqué, María Paz estaba al lado. Hice mi parte. María Paz le dijo algo a Bernardita, solo escuché —es un buen compañero— Bernardita aceptó a regañadientes.

Bailamos un rato, yo sonreía. No lo podía creer. Al fin estaba bailando con ella. Eso no era todo. Riquelme estaba de DJ y sabía que cuando estuviera bailando con ella, tenía que poner un lento. Los demás, debían agarrar fuerte a su pareja y bailar lento. Bernardita no quería, creo que se me notaba la cara de apetito y de estúpido. Como todos siguieron bailando, al final accedió. Me traicionó la naturaleza. La abracé mucho, quería sentir su olor, sus pechos, su pelo. Me acerqué tanto que tenía todo el cuerpo pegado a ella. Tuve una erección. Trataba de alejarse, no la dejé, la apretaba mucho. Forcejeaba. Campusano miraba. Se puso la mano en la cara y salió del lugar. Cuando terminó la canción, Bernardita me empujó y me miró con el mismo asco y odio de antes. Se alejó rápido y se fue directo donde María Paz y las otras. Seguro les

contó porque me miraban mal también. ¿Era culpa mía?, ¿Podía evitar excitarme? Son tontas las mujeres.

Llegó el lunes. Uno de los chiquillos tuvo la genial idea de dibujar, con plumón imborrable, un corazón en la pizarra que decía Señor Manríquez y Bernardita. Campusano y otros demoraron a Bernardita antes de entrar a la sala. Estaba todo el curso, cada uno en su puesto. Callados. Yo me reía. No sabía qué hacer. Tenía la ilusión de que ella se sonrojara y me mirara de algún modo especial. Mal que mal habíamos tenido un momento de intimidad ¿no? Entró y se enfureció. Nunca la había visto así. Corrió a la pizarra a borrar el corazón y como no se borraba, más rabia le dio. Corrió a buscar alcohol a la sala de profesores. El profe que estaba en la sala trataba de hacernos callar, la mayoría se reía, otros me miraban con lástima. Bernardita llegó. Mientras borraba, decía ¡Nunca! ¿entendieron?! Cuando dijo eso, me miró directo. Sentí que me llegaba una jabalina en el pecho. Estaba roja de rabia, ni el profesor pudo calmarla. La sacó de la sala.

Campusano se le acercó y le dijo que cómo podía ser tan mala conmigo, que mi único pecado era estar enamorado. Bernardita estaba tan descontrolada que le dijo una sarta de groserías. Se enojó hasta con sus amigas porque, siendo una víctima, no la apoyaban.

Me dolió. Me dolió mucho. Me dijeron que no me arrastrara más. Estuve de acuerdo. Cuando llegué a mi casa, me encerré y lloré como un niño.

En la navidad me vino el sentimentalismo, soy católico practicante. Pensé que debía reconciliarme con ella. Darle la oportunidad de ser buena persona. Compré una tarjeta, escribí, con sinceridad, que quería ser su amigo, que siempre hay una posibilidad de conocer a las personas y frases similares. El corazón me latía como después de una maratón.

Me abrió la puerta sorprendida. Entramos. Entregué la tarjeta. Me miraba con sorpresa y desdén. Respiré hondo y le dije que todavía podíamos ser amigos. Bajó la vista, tomó aire y me dijo, lo recuerdo, como si la oyera: —No tengo interés en ser tu amiga. No te soporto y eso no va a cambiar. Espero que lo entiendas y si no lo entiendes, al menos resígnate porque así es y será —lo dijo lento, como si lo hubiera pensado antes. Le respondí que yo era un buen católico, que había que perdonar. Y ahí, me dijo: —Sí, vas a ir al cielo, yo al infierno, no me importa.

Caminé a mi casa y me fui enrabando paso a paso. Fui a su casa queriéndola y volví odiándola. ¿Quién creía que era? Esto no se va a quedar así. Era igual que todas, una perra. Había que someterla, podía verla con la cabeza echada hacia atrás pidiendo que la soltara, rogándome que la dejara ir.

Pasé el verano pensando qué hacer.

Llegamos a cuarto medio. Último año.

Campusano, Riquelme y otros me ayudarían.

Empezamos suave: la silla mala en su puesto, esconder sus cuadernos, dejar fruta podrida en su escritorio. Campusano siempre llegaba con ideas. Bernardita no se daba cuenta. Era en extremo distraída o era su indiferencia hacia mí. Estaba, ajena a mi rabia, a mi dolor. Indiferente a mis pesadillas, a mi insomnio.

Riquelme y Astudillo, otro amigo que vivía cerca del colegio y yo, hicimos una trampa. Riquelme la llamaría hacia su puerta y cuando se acercara caería un balde de agua. Se tendría que ir a su casa mojada como una perra callejera.

Bernardita se acercó, el agua del balde cayó, corrí a ver como estaba, riéndome desde ya.

¡Somos unos idiotas! Ni una gota cayó encima de ella y dándose cuenta de que era una trampa, hizo lo peor. Nos miró, movió la cabeza y en actitud inmutable, siguió caminando.

¡Nada resultaba! Había quedado, otra vez, en ridículo frente a ella. Y, estos imbéciles que tenía de amigos, se mataban de la risa.

Se acercaba el fin de año. Guerra de bombitas de agua con los de tercero. Era en una zona rural: piedras, barro y agua.

Bernardita corría para atacar a los de tercero y luego escapaba. Andaba con una polera clara, como estaba mojada, se traslucía su sostén, se veía espectacular. Llené unas bolsas con barro y piedras. La seguí, no se dio cuenta. Cuando menos lo esperaba, lancé esa bomba en su espalda. La llené de barro y piedrecillas.

Campusano corrió hacia ella. No lo entiendo. Ella se incorporó, me miró y comenzó a correr hacia mí. Campusano le gritaba, ¡Bernardita, cuidado! ¡Este tipo está loco! Ella siguió corriendo, creo que si hubiera tenido un cuchillo o algo, me lo lanza. Cuando vio mi cara de felicidad, paró en seco. Comenzó a gritar para que todos la oyeran. —¡Ah! ¡eso es lo que querías! ¡que alguna vez te persiguiera! —Hacía pausas entre una palabra y otra— ¡Mira! ¡Ni para eso me importas! —decía eso mientras

vaciaba su bolsa de municiones. Los demás se rieron y la guerra continuó. Me fui. Amargado, dolido, humillado. Con un odio infinito. Lo último que vi fue a Campusano ayudándola a enjuagar su polera.

En la fiesta de graduación juré frente a todo mi grupo de amigos, incluido Campusano, que cuando entrara a la Escuela de Carabineros, si la veía en cualquier parte, le iba a pegar. Me trataron de loco, pero eso era lo que haría.

Tres años después la volví a ver. La reconocí, iba en una marcha estudiantil. Aplaudiendo y cantando consignas entre un mar de gente. La seguí. Fui derecho hacia ella. Estaba enceguecido. La tomé por el hombro, volteó, me reconoció. Levanté la luma y le di un golpe seco y certero en la cabeza. Se desplomó mirándome. Quedó inconsciente en el suelo. Me agarraron a patadas, combos, mochilazos, hasta que mis compañeros de las fuerzas especiales me rescataron.

En cuanto pude llamé a Campusano.

—¡Lo hice! ¡Bernardita me las pagó!

—Qué fue lo que hiciste imbécil.

—A lo mejor la maté.

Enloqueció, preguntaba dónde estaba Bernardita. Qué sabía yo. —En la morgue, en la posta en el Jota Aguirre, qué me importa.

En las noticias lo repetían a cada rato:

En confuso incidente, estudiante herida de gravedad. Quienes iban a su lado señalan a carabinero como autor del ataque. Actuó sin mediar provocación alguna. Hay videos.

Vi muchas veces los videos. Me sentía feliz y agradecido de la oportunidad. Los juramentos se cumplen. Dije que no sabía qué me había pasado, el estrés laboral, los gritos provocadores de los universitarios, en fin. Lo de siempre.

Supe que Campusano la encontró y que se quedó con ella, día y noche, mientras estuvo inconsciente y en coma.

XIMENA CANDIA CORVALÁN
Chile

Blog : <https://nopoderdecir.blogspot.com/>

Twitter : [@ximenanerd](https://twitter.com/ximenanerd)



**TODAS MIS
MUJERES
VALENTINA
DI LISIO**

El martes es Lucía. Se porta agradable, mucho mejor que Paula. Los domingos estoy desganado, me da igual cómo se llamen. Soy un hombre sano, justo, cumplo mis promesas, saco la basura en horario y no dejo nada de cáscara cuando pelo fruta.

Como mi mujer no vuelve, el ritmo es difícil. Me quejé y desde la administración enviaron rapidísimo una respuesta. Van días y días de señoras extraídas y colocadas en la puerta de mi casa, con un dedo en el timbre. A veces se muestran apáticas, a veces eufóricas. De tanto en tanto aprovecho y las beso a la noche, las espío al desvestirse. Nunca las vi irse por la mañana, pero de un segundo a otro no están. Una mujer rubia, petisa, rellena, obsesionada con los caballos, que después es una canosa, venida a menos, resoplona, y más tarde una morocha de caderas grandes que quiere cocinar pero, pobre, mi vida, no entiende nada.

Las primeras veces Juanita me miraba extrañada, fruncía el ceño, atinaba a hablar. Ahora entiende enseguida el gesto que le devuelvo, moviendo la cabeza de lado a lado. Se queda callada, no cuestiona, recibe el plato de sopa que alguna mujer con el delantal de su mamá le apoya adelante. A Fermín, en cambio, no le importa. Cree que es algún castigo familiar, que los de nuestro linaje estamos condenados. Piensa que la ruleta no va a parar y que, eventualmente, le va a tocar a él.

Mi mujer entró al baño una tarde, se sentó en la bañera para descansar y, como es sabido, no pudimos volver a encontrarla. Pero las señoras nuevas me tratan bien, me cumplen los caprichos. Casi nunca hablan. Un lunes vino una Raquel, exaltadísima, y cuando se distrajo me puse algodón en los oídos. Fue una irregularidad y, por supuesto, lo asenté en administración.

El sábado es Josefina y la invito al cine. Se niega. Arropa a Juana en la cama, le apaga la tele a Fermín. Siento cálida su mirada y, en un movimiento, la recuerdo. Josefina lo nota, me da golpes suaves en la espalda y me lo reprocha con la boca de costado.

Pasan los meses y cuando asumo que nos establecimos, Juana vuelve del colegio con un llamado de atención impreso en el cuaderno. Que por favor, dice, conversemos ciertos asuntos familiares porque Juanita divulgó en su clase que a su mamá “se la tragó la bañera”. La maestra lo pone entre comillas, aclara que la nena lo dijo así, textual. Pienso que Juana lo va a entender cuando ella sea una señora. Lo va a razonar.

El miércoles, cuando Sofía de pelo lacio y nariz grande duerme a mi lado, yo me pregunto dónde estará. Si la tratan bien. Si alguna vez otro nene por error la llamó “mamá”. Con las sábanas pegadas, entredormido, voy por fin al baño. Entro cauteloso, piso descalzo la bañera helada y veo su pelo negro brillando en la rejilla. Me acerco, tiro con fuerza, salen de a poco sus rulos, se enredan entre mis dedos. Emergen de la cañería, despacio, sus partes, se eleva su aroma. Si abro la ducha llueven sus uñas, sus lunares, los huequitos de su cuello. La veo en pedazos como la dejamos ¿Cómo la dejamos ir? Entonces lloro y pienso en todas mis mujeres, todas las mujeres. Y grito: “Juana, mamá; mamá, Juana; Fermín, Juana, mamá; Fermín, mamá”.

Estoy en la cocina, de frente a la mesada, teñido por la luz fría del tubo que titila pero tiene un zumbido constante. Apoyo la mano en la pileta reluciente y, así como el sonido ingresa tumbante a mi cabeza, mis dedos rozan la rejilla y entran sin pensarlo. El puño se desliza con rapidez y de pronto ya es mi muñeca la que se hunde sin resistencia. De pronto el codo, de pronto mi cuerpo ladeado y expectante contra la canilla. Y grito: “Juana, Mamá; Fermín Juana Mamá; Fermín, Mamá, Juana”.

VALENTINA DI LISIO

Argentina

Instagram: <https://www.instagram.com/valentinanaranja/>

Página WEB: <https://valentinadilisio.myportfolio.com/>



LA NUBE

OVIDIO MORÉ

El reloj lo transportó al mundo de los despiertos con un pie en el mundo de los dormidos. En la penumbra trató de acallar la maldita alarma asesina de sueños y con dificultad lo logró. Se pegó al cuerpo tibio y placentero de su mujer, buscó con sus manos los senos de ella y allí las dejó reposadas por un instante, luego le acarició los senos y le dio un beso ciego en la nuca.

—Nena, son las seis —dijo. Sintió colarse por su nariz el tufo matutino de su propia halitosis.

—Vale —contestó ella.

Cada día la misma escena —pensó—. La misma aburrida rutina que nos maneja como títeres, que nos manipula como a zombis.

Buscó a tientas con sus pies las zapatillas escurridizas y las atrapó bajo la cama. Salió estirándose hacia el cuarto de baño, su mujer lo alcanzó en el pasillo, lo abrazó por la espalda y le devolvió el beso en la nuca.

—Buenos días, nene. —Susurró ella y se escurrió hasta las habitaciones de los niños.

Tenían media hora para asearse, acicalarse y, sin desayunar, salir de prisa en el coche. Él la llevaría hasta la estación de trenes y luego seguiría hacia su trabajo. Allí tenía que estar a las siete en punto para relevar a su compañero. Ella tomaría el tren hacia Barcelona para, con suerte, llegar un cuarto de hora antes al Hospital donde brindaba sus servicios de enfermera. A las seis y media llegaba la canguro y entonces ellos salían a la desbandada. Él estaría doce horas encerrado en una garita controlando la entrada y salida de los camiones en la fábrica, recibiendo las visitas, atendiendo el teléfono en las ausencias de la telefonista. Ella encerrada, igualmente, en un quirófano, reparando corazones rotos y arrastrando un pesado delantal de plomo.

Pero, a partir de esa mañana, las cosas cambiarían. Esa metamorfosis inesperada que tanto había anhelado él, que trastornaría su cotidiano hacer repetitivo, que le cortaría los invisibles hilos de marioneta de carne y hueso en el retablo del mundo real, había llegado para lanzarlo de nuevo a la incertidumbre de la utopía y la quimera. Como el Gregorio Samsa de Kafka, él había despertado convertido en enorme escarabajo, pero de la suerte.

No tendría noticia de ello hasta cuatro horas más tarde. A ella, en cambio, la

regresaría de nuevo a la estación de las zozobras, de la angustia y el miedo por un futuro incierto. Confiaba en su marido y le deseaba lo mejor en ese destino, antes premonitorio y ahora al alcance de la mano, que él se había fijado. Tampoco ella sabría nada hasta que el teléfono se lo contó con una emoción desbordada desde el otro lado del hilo comunicador.

Se conocieron en Cuba. Ambos recalaron como dos náufragos en aquella isla después de sendos naufragios amorosos. Ella había sido abandonada a la deriva en una costa del Mediterráneo. Él, cansado de unos celos enfermizos, se tiró por la borda de una relación que duraba más de lo permisible. Y en una playa del sur de la isla, con el Caribe de testigo, abrieron de par en par sus bitácoras y se empaparon cada uno con las travesías del otro en los mares de la vida. En la húmeda arena quedaron desarticuladas sus historias, sus anhelos y esperanzas. Él le confesó su pasión por la literatura, su oficio castrado de escritor en la mediocridad de un pueblucho insignificante. Qué era Naranjos si no. La asfixia hecha poblado, la soledad hecha vecinos, las miserias humanas convertidas en maná. Un prado con jardines y flores de casas desvencijadas, polvorientas y armadas a retales. Un cementerio de almas alborotadas en la cola del pan y del picadillo de soja. Él había nacido en aquella aldea de gente festiva con los rostros más tristes del universo. Gente que sobrevivía a cada mañana rezando a Dios, cagándose en Dios, naciendo sin Dios y muriendo con Dios. Ella venía de una gran urbe, del otro lado del océano. De una ciudad tocada por la magia de Gaudí y el pincel de Miró. De una infancia feliz, una adolescencia librada a las arenas movedizas y una juventud y adultez ganadas a golpe de cañón. Él tuvo también una bonita infancia de himnos, pañoletas y juegos caseros, una difícil adolescencia de himnos, pañoletas y juegos onanistas, y una juventud forjada entre himnos, cuarteles, guerras ajenas, pancartas y dosis de frustración.

Sonó el teléfono.

—Sí—dijo él.

—Tienes una llamada —dijo la voz de pajarillo cantarín de la telefonista de la fábrica.

—Pásamela —ordenó con ansiedad.— Hola... (...) sí, soy yo.... (...) sí... hace dos meses... (...) —la voz le comenzó a temblar.— ¿Cuándo?, (...), mañana..., sí... (...) de acuerdo. Gracias, muchísimas gracias. —Colgó. Se quedó mirando a la nada, la imagen

de la fábrica vecina frente a sus narices se fue borrando hasta convertirse en una gigantesca mancha azul, comprendió que estaba llorando, llorando de miedo, llorando de alegría, llorando... Simplemente llorando como un niño, llorando de emoción.

Y ahora... ¿qué pasaría ahora? Su cabeza comenzó a desmenuzarse el futuro y de repente se vio a sí mismo como la lechera de la conocida fábula. Se abrían tantos horizontes. Era sólo el comienzo del principio, pero ya era algo. Había estado esperándolo tanto tiempo y así, de golpe y porrazo, se le presentaba. Lo había logrado, él lo había logrado, y ella, qué diría ella. Tenía que llamarla. Ahora.

—Sí, soy yo, sí... me puedes hacer un favor... (...) vale... ponme con el hospital..., sí, para hablar con mi mujer... Vale, espero.... Sí..., gracias... ¿Hospital? sí, con la extensión 3639... ¿Nena, eres tú? qué casualidad... No, no pasa nada malo, al contrario... No, tampoco de los niños... No, escucha, tengo una noticia ¿adivina qué?... Me han llamado de La Nube, sí..., la editorial, me han citado para mañana, quieren publicar Perla Marina. De nuevo lloraba, ella, del otro lado, también. —¿No... es... co...jo...nudo? —La emoción le hacía tartamudear, el llanto le provocaba un molesto moqueo.

Más de dos años había tardado en escribir su primera novela. Dos años angustiosos. Dos años con miles de horas robados a su mujer y a sus hijos. Dos años de trabajos efímeros y estériles que sólo valieron para provocar y acentuar, aún más, sus deseos de escribir. Dos años en los que ella se echaba al hombro todo el peso de la casa y de los niños y reclamaba su presencia y su ayuda y él se agobiaba con las exigencias y solo quería estar entre los libros y tecleando las palabras que en tropel nacían en su cabeza, porque eran tantas que podría reventar el día menos pensado si no las echaba como a una bandada de aves a volar al cielo pálido de una hoja, si no las vomitaba rabiosamente sobre las teclas, porque podía atragantarse y quedar muerto en vida.

Y ahora, qué pasaría ahora, se preguntó ella mientras le oía a él excitado.

— ¿Mañana...? ¿Y el trabajo..., qué harás con el trabajo? Ah, después del trabajo. Si ya sé, claro que me alegro, sabes que casi más que tú..., pero.... ¿y mi guardia...? Mañana estoy de guardia... ¿y los niños...? Habrá que hablar con Elvira... y habría que comprar, no hay nada en la nevera..., no hay leche para la niña...

¿Demorarás mucho...? No sabes..., claro..., bueno..., sí tonto, estoy orgullosa de ti, ya lo sabes que sí... Que sí, que me alegro... Sí, contenta... Felicidades... Sí..., yo lo sabía, que lo ibas a lograr... Sí, un beso, vale, nos vemos esta noche. Tenemos que celebrarlo.

Hacía seis meses que la había terminado. Aquel punto final fue como un flechazo de alivio, un portazo a la ansiedad de escribir, pero al mismo tiempo una hendidura abierta al desasosiego de poder publicar. Cuando la comenzó no tenía ambiciones, solo era un agradable ejercicio circense para domar las bestias sueltas en el interior de su cabeza. Cuatro meses la estuvo manoseando, puliendo, relejendo, durmiéndola bajo su almohada. Hasta que aquella mañana de Reyes ella le regaló la biografía de García Márquez. La devoró en dos días. Fue como insulina, como una inyección de optimismo. Cogió la última copia en limpio, la empaquetó y la envió a La Nube, justo dos meses antes de recibir la noticia.

Atrás habían quedado docenas de cuentos y una treintena de poemas rechazados por varias editoriales y concursos en los que no fue aceptado. Atrás quedó el pesimismo.

¿Y ahora, qué iba a pasar ahora? ¿Qué sería de la novela una vez publicada? ¿Gustaría a crítica y a público o se pudriría en los estantes y almacenes de las librerías? Tendría que mandar un ejemplar dedicado a su madre y algunos a los amigos ¿Cuánto le pagarían? ¿Le alcanzaría para mejorar la casa, comprarse un ordenador con todas las de la ley y traer a sus padres de visita una temporada? ¿Le harían un contrato para varias novelas más? ¿Tendría él el coraje de enrolarse en semejante aventura...? Pero..., qué decía, acaso no era lo que había anhelado cada minuto de su existencia desde que escribió aquel primer poemilla escolar sobre una flor cantarina ¿Y si todo resultaba un fracaso? ¿Volvería a los trabajos insípidos y desabridos, o lo dejaría todo y se dedicaría a ser un padre de familia y un marido modelo?

¿Y qué pasaría ahora? pensaba ella. Él lo había logrado, se iba a quitar de encima aquella frustración que arrastraba como una pesada y gruesa capa de piel mastodóntica, se sentiría realizado, pero eso qué significaría, perderlo más de lo que lo había perdido. Cada noche encerrado en el estudio escribiendo y escribiendo y ella en la soledad de la cocina, en la plática con la olla exprés y las sartenes, en la abrumadora lucha con los niños. Comidas, baños, lavadoras y comidas, lavadoras, baños y otra vez comida... y así, hasta el infinito. Sin apenas unos minutos para ellos, para charlar, para

hacer planes, para reírse como antes, para hacer el amor como nunca. Acaso ella no tenía derecho a salir también de la rutina de títere y de zombi. Claro que se alegraba por él, pero cuál sería el precio. Estaba orgullosa, esa era la verdad, pero cambiarían las cosas para bien o para mal. Y si no resultaba, si todo se iba al garete, qué iba a pasar con él. Se hundiría para siempre en una depresión de caballo, mal humorado por todo, hosco, escurridizo, parco. Con simples ratos alegres dedicados a los niños en exclusiva ¿Y ella qué? Ella le quería, mucho, le quería muchísimo, más de lo que él pudiera imaginar, pero se sentía sola, sin embargo ella sabía que él la amaba también con locura.

El reloj lo transportó al mundo de los despiertos con un pie en el mundo de los dormidos. En la penumbra trató de acallar la maldita alarma asesina de sueños y con dificultad lo logró. Se sentó de súbito en la cama y comenzó a llorar, porque acababa de darse cuenta de que había despertado a la cruda realidad, entonces, entre las sombras y la película líquida que anegaba sus ojos, vio deshacerse y evaporarse La Nube.

OVIDIO MORÉ
Cuba

Blog: www.piramideacostada.blogspot.com



SIN ESCAPE

JUAN PABLO

GOÑI CAPURRO

Solana se olvidó de la corrida de su media y se aferró a mi cintura. Los dedos curvados se hundieron en mi flanco derecho y el izquierdo recibió sus pechos palpitantes, aplastándose contra mis costillas. Maldije no estar en medio de una historia erótica para disfrutarlos. La abracé sin hablar, demasiada preocupación tenía por el ruido que emitían nuestras respiraciones agitadas. Habíamos quedado apartados del resto; de momento no podíamos verlos —ni ellos a nosotros—. Evité que me ganara el falso consuelo, pensar que la bestia tampoco nos vería. Solana se arrebujo más todavía, como si pretendiera meterse dentro de mi cuerpo. Tenía su cabeza gacha, cubierta por la melena oscura, ahogaba sus sollozos sobre el algodón de mi suéter. Habían cesado los gritos. Me recosté, dejando caer el peso de mi cuerpo sobre la pared arcillosa. Agucé los oídos.

La bestia había bramado antes de aparecer, había lanzado luego una suerte de bufido que arrancó los programas del evento de nuestras manos con la fuerza de un ventarrón. Agradezco a la estrella que me guió en ese instante, cuando tomé a Solana pese a sus protestas, y empecé a alejarme. Unos ilusos creyeron que era parte del espectáculo. Con horror vi los grises tentáculos extenderse y atrapar a dos parejas, alzarlas por los aires y machacarlas contra el piso. Antes de girar, a la altura de las columnas del pórtico que abría el pasaje, llegué a ver como introducía los cuerpos convertidos en pulpa dentro de unas fauces enormes, bajo las luces rojas de la marquesina.

Solana continuó inmóvil y callada. No me atreví a asomar la cabeza. Supuse que la bestia había capturado a otros espectadores. ¿A todos? Sería peor, nos convenía que estuviera siguiendo nuevas presas, alejándose. ¿Cómo saberlo sin echar un vistazo a la calle? Estábamos demasiado cerca, a menos de cien metros del ingreso al pasaje. Repasé la historia reciente; veinte seríamos en la fila, esperando que dieran sala. «La obra más intrigante de la ciudad» decían los volantes, «cada vez montada en un espacio distinto del que sólo te enterarás al adquirir la entrada». Ni tampoco; el mensaje de respuesta nos citó en el parque, bajo el busto del dictador. Ahí apareció una nueva dirección, donde hallamos una tercera que nos llevó al pasaje donde brillaba la marquesina roja; en esas caminatas Solana había pasado muy cerca de un rosal y sus medias habían resultado heridas. Nos estaba enloqueciendo con sus quejas cuando hizo su aparición la bestia. Ya no se la veía enérgica; por el momento el pánico era tal que le inmovilizaba hasta los pensamientos. Pero si la chica se ponía a pensar en su

hermana —mi amiga— y los otros dos integrantes del grupo, podía volverse histérica y gritar, delatándonos.

Sábado a la noche. Ni un puto auto circulando en las cercanías. Los nuestros habían quedado en el parque; fue imprescindible continuar a pie tras el primer punto de encuentro, el segundo estaba situado detrás de los senderos peatonales. Una trampa que no vimos, atrapados por el juego de las pistas. Tenían razón los que dijeron que el monstruo era parte de la obra. O, más bien, parte de razón; el monstruo era la obra. La única razón de la función era proveerlo de alimento.

Solana pareció recobrase, se separó de mi pecho. Se quitó el pelo de la cara, vaya que era hermosa la chiquilla. La luna se volvió mi aliada por un instante, me permitió contemplar sus mejillas ardientes y sus labios jugosos. Luego volvió a su papel de enemiga, lista para brindar nuestra ubicación a la bestia —o volví yo a situarme en la realidad que padecíamos—. Solana se enjugó la cara. Nunca supe que pensaba decirme; en ese instante oímos chirriar una puerta. Sólo podía ser la del pasaje. Escuchamos llaves girando en una cerradura; cada sonido profundizó la mueca angustiada de mi acompañante. Pude calmarla diciéndole que los monstruos no usaban llaves; preferí callarme, quien saliera con vida de ese pasaje era tan peligroso como el monstruo en sí. Sonaron tacos, murmullos agudos; dos mujeres, sin duda. Venían hacia nosotros. Tomé de la cintura a Solana, la atraje hacia mí y la besé. Sorprendida, no se resistió —tampoco acompañó, mis labios besaron la frialdad de una porcelana.

Las mujeres giraron por la callejuela. Una nos miró de reojo, la de nariz pronunciada, y continuó su camino sin variar el ritmo de los pasos. Sin soltar a Solana, las observé marchar. Ambas rubias, con faldas cortas y tacos agujas, chaquetas ceñidas hasta la cintura. Las oí hablar, festejaban una función perfecta, un éxito total. Una inocente charla, dos productoras satisfechas con el resultado de su puesta en escena.

Estaban por la esquina siguiente cuando me aparté de Solana. La joven ya no estaba extrañada, había comprendido mi estrategia —lamentablemente, sólo quedó en eso—. Superado el pánico, corrigió el peinado, la blusa, el saquito de hilo. Se miró la media; la corrida era más grande, un buen tramo de su piel quedaba expuesto. Aguardé a su lado ignorando qué propondría. Tras echar un insulto, comenzó a avanzar hacia el pasaje. Titubeé. Continuó sin esperarme. Opté por ir tras ella. Quería dar con nuestros amigos, con su propia hermana. La puerta de hierro estaba cerrada, ¿acaso no habíamos oído las llaves? Solana las sacudió, provocando chirridos varios. Me asusté,

temí que despertara el monstruo.

Oímos un chistido. Buscamos su procedencia; nadie en la calle. Enfrente, el parque. Más adelante, otras callejas como la que habíamos utilizado para escondernos. Tomé la mano de Solana. Ella me la apretó como si fuera yo quien precisara contención. Otro chistido. Estábamos expuestos, no tenía sentido seguir callados. «¿Quién es?»; pregunté. Me respondió otra pregunta: «¿Juan?». Solana se soltó; había identificado la voz y el sitio del que provenía, la calleja siguiente. Corrió gritando «Jesús». María Jesús abandonó su escondite, las hermanas se abrazaron. Casi al unísono se asomaron César y Esteban. Me sumé a la ronda de besos y abrazos, al alivio de estar vivos. Nos llevó varios minutos calmarnos, nos mirábamos como si necesitáramos reconocernos. No era para menos, teníamos las retinas impregnadas con las imágenes de las parejas estrujadas por los tentáculos de la bestia.

Iniciamos el retorno a casa, caminando muy juntos por el sendero central del parque. La euforia decreció. Nos acompañó el silencio hasta llegar al busto del dictador; ahí nos dividimos. Solana partió con su hermana mayor, César y Esteban regresaron en su auto. Marché solo hasta el mío. Fantaseé con buscar a las dos rubias y hacerlas confesar. ¿Qué tenía para incriminarlas?, ¿la copia impresa de la entrada adquirida por Internet?

La radio emitía un concierto de una cantante pop, dejé el volumen bajo. Giré por las calles, buscando fuerzas para regresar a mi sala vacía, donde sabía que me esperaban los tentáculos de una bestia mucho más poderosa y destructiva, tentáculos que me venían ahogando noche tras noche en los últimos años. Tentáculos de los que no podía esconderme, mi bestia vivía muy cómoda ocupando el lado vacío de mi cama, de mi almohada, de mi sofá...

JUAN PABLO GOÑI CAPURRO

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/juanpablo.gonicapurro>



LA TÚNICA

MARÍA DOMÍNGUEZ

N

o creo que pase de esta noche.

La voz le llegó amortiguada de algún lado, como si estuviera en el extremo de un largo túnel. Así supo que estaba muriendo. Aunque lo había intuido desde el momento en que abrió los ojos y vio fugazmente su pecho atravesado por un extenso tubo de acero antes de caer de nuevo en la inconsciencia. (Un camión de carga, llevaba tubos de conducción, ahora recordaba; el camión había patinado con la lluvia y entonces...)

Su familia. ¿Qué había sido de ella? El sólo pensamiento lo indujo a abrir los ojos y mirar alrededor. Estaba solo en el cuarto de hospital, conectado a un monitor cardíaco con catéteres protuberantes en los brazos. Agonizaba lentamente y el personal médico había decidido abandonarlo a una suerte que parecía ya echada. No podía culparlos. Lo único que le quedaba era confiar en que su familia hubiera salido ilesa y por su parte tratar de afrontar su propia fatalidad... pero la verdad era que temía morir. Si en sus manos estuviera, haría cualquier cosa por impedirlo, tener la oportunidad de verlos una vez más.

Un viento helado se coló en la habitación, produciéndole un doloroso estremecimiento en la columna. Cada vez le resultaba más complicado respirar. Intentó mover la cabeza para poder fijar la vista en la puerta, encontrándola cerrada. Sin embargo, no tardó en percibir una figura plantada a un lado de esta, engullida por las sombras. Una capucha ocultaba su rostro y una túnica negra la envolvía.

El ser no habló ni se movió, pero él supo de inmediato quién era y el motivo de su presencia. Lo miró como quien ve un tren aproximándose a gran velocidad, el monitor comenzando a registrar picos cada vez más marcados entre sus latidos.

—...Sé a qué vienes —dijo con la poca voz que le quedaba. Aún así no obtuvo respuesta. La figura se mantuvo inmóvil por varios minutos y la respiración del hombre se acentuó cada vez más, el aire saliendo de sus pulmones como un globo desinflándose. Su presencia ya era lo suficientemente turbadora, pero el silencio y la inacción contribuían a su creciente desazón— ...No me resignaré, ¿me oyes? Yo no... —Un acceso de tos evitó que continuara hablando, y mientras daba fuertes y desesperadas caladas por aire, el ser encapuchado comenzó a avanzar hacia su cama sin revelar ningún movimiento, como si se deslizara por el piso. Se detuvo a un lado y lentamente alargó una mano hacia él, mostrando unos prolongados dedos huesudos que amenazaban con cambiar todo con un leve toque.

El hombre no podía hacer nada; el violento ataque de tos se lo impedía. Una nube negra se cernía ya sobre él, bloqueándole la vista cada vez más nebulosa.

Aquel dedo índice se hallaba muy próximo del roce definitivo cuando de pronto se detuvo a tan sólo unos centímetros de su rostro, en medio de un silencio sepulcral, como si el tiempo se hubiera congelado.

El hombre aspiró nuevamente tras contener el aliento, preguntándose las intenciones del misterioso ser, hasta que este cambió la dirección de su huesuda mano y con un solo movimiento se quitó la capucha, dejando al descubierto un rostro más humano de lo que se imaginaba, el de un hombre común como cualquier otro.

—Te he escuchado y estoy dispuesto a negociar —el ser habló finalmente con una voz profunda y reverberante, como si llevara mucho tiempo sin usarla—. Estoy cansado de todo esto. Toma mi lugar y yo el tuyo. No tienes que morir.

La propuesta tomó por sorpresa al hombre desahuciado. Aquel rostro ciertamente podía pasar por humano, pero tras un examen más riguroso quedaba claro que había algo antinatural detrás de esos ojos negros como boca de lobo, sin brillo alguno, y aquella palidez extrema que daba la sensación de un gélido toque en la columna. Era sin duda un ser sobrenatural, y si estaba en sus manos el cambiar su inminente destino, no podía dejarlo pasar, de modo que aceptó sin cuestionarlo.

El ser se despojó de la túnica y se la entregó al hombre, que con mucho trabajo intentó incorporarse a pesar de su frágil condición. Sentía que el tiempo se le acababa y si no cerraba el presente trato ya no tendría una segunda oportunidad. Sus manos temblaban mientras sujetaban la prenda, de aspecto viejo y desgastado que, no obstante, parecía dotada de una resistencia a prueba de rasgaduras.

—La bata.

La profunda voz surgió del sujeto que tenía enfrente, las sombras de la habitación cubriendo su desnudez. De inmediato entendió lo que aquello significaba: un intercambio total de existencias, la inmortalidad a cambio de su mortaja.

La duda lo asaltó por un momento, el temor a lo desconocido, pero un nuevo acceso de tos y las manchas de sangre que tiñeron sus sábanas fueron suficientes para acelerar la toma de decisión. Su cuerpo se retorció de dolor mientras se despojaba de su bata y, tras efectuar el intercambio, se enfundó tiritando de frío en la túnica para cubrir su desnudez. En cuanto la prenda se asentó en su cuerpo, el portador anterior tomó la capucha y la pasó por encima de su cabeza con minuciosidad religiosa, cual si

fuera un ritual, hasta que esta le cubrió el rostro casi por entero; el toque gélido de sus manos lo indujo en una especie de frenesí en el que podía sentir la sangre en sus venas detenerse y coagularse, mientras el resto de su piel parecía volverse de hielo, apagando así las terminales nerviosas que habían estado ardiendo de agonía en su interior y dejando únicamente un vacío de sensaciones que al momento se le antojó reconfortante.

Se levantó de la cama con un renovado vigor que creía perdido y observó con curiosidad cómo sus dedos iban alargándose hasta quedar tan huesudos y oblongos como los de su visitante. El dolor había desaparecido por completo, con tanta rapidez y facilidad que casi parecía irreal.

Pero está pasando. De verdad está pasando.

Su vista se había fortalecido de tal manera que podía incluso distinguir los más pequeños detalles, como los poros y las líneas de sus manos, aumentando la sensación de irrealidad al descubrir que estos comenzaban a cerrarse hasta quedar la piel completamente lisa. Cualquier huella que demostrara su identidad había sido borrada para siempre. Pero no importaba, su mente aún seguía intacta. Mientras conservara sus recuerdos sabría bien quién era y de dónde había venido.

Sigo siendo yo.

—No queda mucho tiempo.

El anterior portador de la túnica se hallaba recostado ya en la cama con la bata que él mismo había llevado puesta apenas minutos atrás. Un esquelético y esmirriado ser, listo para dar el siguiente paso fuera de este mundo. Un mundo que había acabado por agotarlo y del que ya no deseaba seguir formando parte.

(Pero él no. Aún tenía tantas cosas por hacer, tantas cosas por ver...)

—Todo está en la palma —agregó su predecesor con voz apagada—. Esta te dará los nombres y sabrás qué hacer. No lo hagas y entonces habrá consecuencias; para ti y para el poseedor del nombre.

—¿Qué consecuencias? —Su voz salió reverberante y más profunda de lo que recordaba, tanto como para provocarse escalofríos a sí mismo, si no fuera por la pasividad que se había apoderado de su interior.

—Niégales la muerte y los estarás condenando a la lenta corrosión de sus almas, hasta que no sean más que tumores que cargarás contigo a donde vayas.

Dicho esto levantó un poco la bata para dejar al descubierto su pecho, un

escuálido y pálido tórax cubierto de protuberancias de carne consumida con distintos grados de corrupción. La sola visión habría bastado para ahuyentar a cualquiera, pero la imagen que quedaría grabada para siempre en su mente era la increíble semejanza de aquellas carnosidades con rostros humanos en estado degenerativo. Habría dado dos pasos atrás si no fuera porque sus pies se habían quedado clavados en el suelo mientras el otro volvía a bajarse la bata.

—Advertido estás. Es hora.

Con una mirada de sus ojos hundidos le dio su consentimiento, y su sucesor tan solo asintió, aún perplejo por lo presenciado. Acercó vacilante uno de sus larguiruchos y temblorosos dedos al ser que yacía en la cama hasta tocar su frente. Al instante una bruma proveniente de aquel cuerpo macilento fue absorbida por este, generándole una repentina inyección de adrenalina que lo hizo sentir todopoderoso, capaz de cualquier cosa que se propusiera, con el largo pitido del monitor cardíaco de fondo. Había algo de poético en el hecho de tener la vida de alguien más en sus manos, él que tan solo unos minutos antes era un hombre común con la suya pendiendo de un hilo. De pronto el hilo se había transformado en una cuerda reforzada, y el destino de los demás se balanceaba sobre esta con él sosteniendo ambos extremos.

Tanto poder. Tanto.

Un cosquilleo en la palma interrumpió su trance eufórico y levantó rápidamente la mano para observarla. Sobre la lisa piel sin huellas había empezado a producirse una especie de sarpullido que lentamente fue marcándose en letras y formando una palabra. Un nombre: Florencia Cataño.

El nombre de su primera víctima.

Si le hubiera sido posible palidecer más, lo habría hecho en ese momento.

Tras las advertencias le quedaba claro que no había vuelta atrás. Ahora entendía que la cuerda no era cuerda en absoluto, sino una cadena. Había renunciado a ser Manuel Cataño y ahora debía cumplir con su trabajo.

MARÍA DOMÍNGUEZ

México

Twitter: <https://twitter.com/MarianneBossu>



LA CASA DE VERNE

CARLOS ENRIQUE
SALDIVAR

La casa de Verne se ubica en la localidad de Amiens. El final de aquella calle rural, donde se encuentra la vivienda en una esquina, una vez fue conocido como un bulevar, pero ya no.

Nadie se explica cómo pasó allí aquel extraordinario fenómeno que remeció a más de una mente culta. Empero, yo tengo una teoría: en mi opinión, fueron los lectores de Jules Verne quienes llamaron con la fuerza de sus corazones, de sus deseos, al difunto autor y a sus fascinantes universos. Desde luego, el escritor de tan geniales obras no ha vuelto a la vida, no del todo; hay quienes dicen que cuando ingresan a la vivienda situada en el número 2 de la Rue Charles Dubois lo ven aparecer, sentado o de pie, escribiendo sin parar. No falta algún elocuente que asegura haberlo visto redactando obras inéditas, las cuales formarán parte de nuevas habitaciones en esta preciosa residencia de varios pisos.

Los cuartos de esta casa conducen a los mundos de Jules Verne.

Desde hace tiempo los arquitectos franceses renovaron los cimientos y las estructuras de la vivienda; ahora hace las veces de museo, y aparte del que existe en la misma ciudad, aquí también se pueden apreciar toda suerte de objetos y legajos. Un lector cruza el umbral y observa algunas fotografías del literato, además de esculturas, dibujos y cuadros. El fan camina por la sala, mira los sillones, hay una amplia mesa, donde nadie come nada, pero allí se ubican cosas de altísimo valor, como plumas y otros artículos de la época, y, por supuesto, como he mencionado, está el espíritu del mismísimo Jules, que, incluso, se comenta, ha platicado con alguno de los visitantes.

Eso, claro, no resulta lo más excitante de la casa.

El prodigio ocurre cuando se penetra en alguna de las habitaciones: la cocina, las recámaras, el estudio, el desván, el sótano, el ático, lo mismo sucede en los pisos de arriba. El visitante abre una puerta, la que sea, y de repente se encuentra con que hay otra dimensión: se halla en una isla misteriosa, rumbo al centro de la Tierra, en una travesía alrededor del planeta, en una nave espacial, en un rascacielos de cristal, en una lucha rebelde contra la tiranía de un imperio, en un vuelo en globo; en fin, el recién llegado puede ingresar a cualquier estancia y accede de inmediato a un espacio paralelo, en el cual se sumerge para vivir las aventuras de estos viajes fabulosos.

Nunca nadie ha corrido peligro durante tales periplos, quienes han cruzado las puertas volvieron y contaron sus odiseas con lujo de detalles. Estos mundos son inofensivos para las personas de la realidad, aunque la aventura resulta muy

emocionante y casi verdadera.

El paseo es gratuito, quien lo desee puede sumergirse en estas zonas de ensueño.

No obstante, hay que esperar un turno, la fila es larga, pero la espera ha valido la pena.

Ahora me toca, estoy un poco nervioso porque es mi primera vez, mas no debo perder tiempo, he esperado este momento más de un mes. Por fin me decido: entro al baño...

Me hallo dentro del Nautilus; el capitán Nemo se acerca y me saluda. Le doy la mano...

CARLOS ENRIQUE SALDIVAR

Perú

Página WEB: <http://fanzineelhorla.blogspot.pe/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>



**EL PINTOR Y
SU MUSA**
**MARTA NAVARRO
CALLEJA**

"Es tan corto el amor y es tan largo el olvido..."

Pablo Neruda

Solo en la quietud de su estudio, entre telas, acuarelas, témperas y pinceles, el viejo pintor hallaba consuelo. Frente a su atril, sentado sobre un destartado taburete que sin duda había conocido tiempos mejores, inmerso siempre en un silencio absorto y melancólico, dejaba la vida pasar. Sus manos artríticas y unos ojos casi por completo ciegos a causa de las cataratas, hacía ya mucho le impedían pintar. El espectro de la pobreza y la soledad rondaba sus días y una tristeza helada desbordaba su alma. Sentía el aire cargado de ausencia y un frío extraño, un frío que de su propio interior brotaba y no desaparecía jamás, hacía su cuerpo temblar. Habitaba un mundo de sombras, de recuerdos y añoranzas. Iguales eran todas sus horas ahora y él, un hombre hueco que a nadie nada podía ofrecer, un viejo solitario que abrazaba fantasmas y quizá, solo quizá, de cuando en cuando, soñaba.

Una vez había estado enamorado. Y ese amor su mundo entero puso del revés.

El palacio resplandecía, mágico, romántico, casi irreal, tan bello como escapado de un cuento de hadas. Una luna llena y espléndida iluminaba los jardines, destellos de plata refulgían en lagos, alamedas y parterres y Josefa era aquella noche una mujer radiante y feliz. Deambulaba con calma al son de la música entre sus invitados con esa elegancia suya —corpiño azul bordado en oro, falda amplia a la moda de Versalles, brazos desnudos, peinado a la Caramba— que media ciudad admiraba y la otra media envidiaba, sonreía, se detenía un instante, cruzaba con cada uno de ellos algún gesto, una palabra... Perfecta anfitriona pendiente siempre del detalle más nimio, contemplaba satisfecha su obra. Su capricho, decía ella. El palacio más bello de todo Madrid.

Osuna acababa de ser nombrado embajador en Viena. Muy pronto habría el duque junto a su familia de abandonar la corte y era aquella la fiesta —mitad despedida, mitad celebración— por la que tanto le había rogado su esposa y que durante días había ella preparado con ahínco.

Todo marchaba a la perfección, hasta el momento. Moratín, Jovellanos,

Bocherinni... los más queridos amigos de la duquesa, sus más rendidos admiradores, se encontraban allí. Ninguno había fallado a la cita. Nadie se había excusado. Incluso D. Francisco, tan hosco y reacio siempre a tales ceremonias, había abandonado aquella noche sus pinceles y aceptado con agradecimiento sincero la invitación. Le unía a los duques mucho más que una amistad, su palacio había sido para él, cuando más lo necesitó, una segunda casa y gracias a ellos —no lo olvidaba— se había convertido en el retratista más afamado de todo Madrid, el más reclamado y el principal pintor de la corte del rey Carlos. Nunca podría agradecerles suficientemente su apoyo y la inmensa confianza que en él habían depositado y nadie como él habría de lamentar ahora su ausencia.

En eso pensaba D. Francisco de Goya y Lucientes cuando aquella recién estrenada noche de otoño y luna llena la vio por primera vez.

Hablaban las malas lenguas de la Villa de una enemistad honda y oscura, de una rivalidad amarga y celosa que el nada protocolario abrazo entre Josefa y Cayetana —Pepa y Tana— desmintió de inmediato. Espontánea y pícara fue la alegría de ambas por el reencuentro, por el desconcierto y la estupefacta sorpresa que en algunos rostros su afecto manifiesto dibujó y que ellas advirtieron de inmediato.

Tomadas del brazo cruzaron el salón de baile. Duquesas de Alba y Osuna riendo como dos chiquillas despreocupadas, descaradas y traviesas, centro cierto de todas las miradas, objeto indudable de las habladurías maliciosas con que a la mañana siguiente una legión de aburridos cortesanos entretendría la gris monotonía de sus horas.

Castiza una, enamorada de sainetes y fandangos, afrancesada la otra, devota de Haydn y Rousseau, era sin duda la suya una extraña pareja pero eran ellas por encima de todo y mucho más allá de tantas cosas que hubieran podido distanciarlas, buenas amigas, las más cómplices y leales.

Ajeno por completo a los infundios que sobre las duquesas ya corrían por el salón, conversaba Goya con Osuna sobre su nuevo destino y los enojosos preparativos que mudanza y viaje ocasionaban cuando el sonido de una risa a su espalda captó su atención. Una risa franca y mundana, desafiante y provocadora que sin pretenderlo guió su mirada hacia una mujer vestida de muselina blanca, centro indiscutible de un corrillo donde todos disputaban sin disimulo su atención, que reía junto a Pepa algún comentario, quizá algún requiebro galante, susurrado con descaro a

su oído. Esa risa desordenaba con gracia una cascada de rizos negros que al instante —coqueta irredenta— acomodaba ella de nuevo sobre la curva perfecta de su delicado y larguísimo cuello disfrutando con una malévola pizca de picardía ese pequeño instante de gloria que, sabía, su sola presencia causaba.

Tras aquella risa descubrió poco después el pintor unos ojos.

Y esos ojos lo llevaron al abismo.

—Querido D. Francisco —se apresuró la de Osuna a presentarles, al caer en la cuenta de su olvido— creo que no conoce usted a mi amiga Cayetana. La más indómita duquesa de nuestra Villa y Corte, bromeó Pepa divertida.

La luz de las velas destellaba en los espejos y de blanco y oro vestía la estancia.

El viento arrastraba aromas a lima y jazmín.

—Qué alegría, maestro y qué honor —sonrió ella acogiendo su mano entre las suyas— si supiera cuan ansiosa esperaba yo la ocasión de conocerle y tener por fin oportunidad de invitarle a Buenavista. Nada haría más feliz a esta entusiasta admiradora suya que tenerle unos días con nosotros. Nada me complacería más, se lo aseguro.

El corazón del hombre un instante detuvo su latido y el tiempo de golpe se paró.

Lo que aquellas palabras, sin duda mera cortesía y amabilidad, despertaron en su ánimo y cuánto lo torturaría luego su torpeza, sólo él lo supo y ni ante sí mismo, por mucho que lo intentó, acertaría después a explicarlo. Ofuscado como nunca estuvo, atónito por la absurda conmoción que el contacto fugaz de aquellas manos sobre su piel había causado en su espíritu, herido de súbito por un rayo inmisericorde y letal, nunca recordaría Goya su respuesta.

Consciente del triste espectáculo que a tales alturas debía ofrecer su pobre persona —levita arrugada, cabellera enmarañada, pulso desbocado, trémula sonrisa en los labios— apenas si atinó a balbucear alguna palabra de agradecimiento para retirarse después mudo de asombro a su rincón, náufrago de unos ojos ardientes como brasas, cautivo su corazón de un rostro de mujer que a ningún otro se parecía y al que su propia leyenda en modo alguno hacía justicia.

Pasó luego el tiempo. Lento, perezoso e implacable como suele, serenó pasiones y esperanzas. El dulce veneno de los amores platónicos durante años bebió el pintor, de amistad disfrazó resignado su pasión y a su musa, juventud, fama y belleza

eterna, la inmortalidad por la que tantas veces ella suspiró, con su arte y sus pinceles regaló.

La tiranía de sus ojos, el sabor de su risa, el vértigo imprevisto que lo sacudía al verla aparecer, el temblor de su cuerpo si por azar la rozaba, las noches de insomnio, la certeza de arder en un fuego sin llamas... La tentación de pensar que tal vez ella también lo amara, fue su consuelo y su botín. La memoria íntima de un amor que en su alma guardaría siempre con celo como inmerecido regalo de la suerte y que a nadie revelaría jamás.

Apunta ya el alba y la madrugada es húmeda y muy fría. Sobre las aguas del Garona se reflejan ahora las primeras luces de la ciudad, alguna estrella matutina y el rostro de un hombre acodado en la penumbra de un ventanal al borde mismo del río.

La melancolía se filtra por los cristales, ecos y sombras de otras vidas quiebran silencio y soledad y una extraña pesadumbre todo lo inunda.

Absorto en sus abismos, vencidos los hombros por un peso grande e invisible, ajeno a cuanto le rodea y sin apenas haber dormido, una y otra vez, esboza el pintor en su mente —trazos a carboncillo, líneas suaves, ligeros toques de blanco, azules y grises para definir el color de la pérdida y la nostalgia— un rostro de mujer.

Pinta el paso del tiempo, el silencio y el olvido. El dolor de una ausencia. La belleza de un amor a destiempo que trastocó sus horizontes y le abrigó toda una vida.

Y así, al dulce arrullo de su musa, herido por un sueño el corazón, sus días y sus noches transcurren en esta lejana y acogedora ciudad de Burdeos que ampara su destierro, la sinrazón de su olvido, su cansancio, su tristeza, su infinito desconsuelo y su trágica derrota.

MARTA NAVARRO CALLEJA
España

Blog: <https://cuentosvagabundos.blogspot.com.es>



CARGA FAMILIAR

CARMEN CANO

SOLDEVILA

Sandra asoma la cabeza al comedor, el pelo recogido en una coleta improvisada y un delantal de flores:

—Bajad el volumen de la tele —ordena—. La cena está ya casi lista.

Julián, desde el sofá, busca el mando y cambia de canal. Es la hora de las noticias.

—Jo, papá. Estaba acabando de ver la serie —se queja Juanma, sentado en el otro extremo con las piernas cruzadas.

Entra Sandra, extiende el mantel y va disponiendo los cuatro cubiertos.

—¿Qué hay de cena, cariño? —pregunta sin moverse, atento a los titulares del día.

—Puré de verduras y pollo con patatas —anuncia mientras coloca los platos, los vasos, la cerveza y el agua.

—¿Otra vez puré, mamá?

—¿Y qué quieres, hijo? A tu abuela es lo que mejor le sienta y se lo come con facilidad.

A Elvira se le despierta la mirada y espera paciente a que empujen la silla de ruedas hasta la mesa.

—Vamos, a cenar. No os quedéis ahí como pasmarotes —eleva la voz—. ¿Alguien quiere traer a la abuela?

Antes de tomar asiento, le ata una gran servilleta al cuello.

—A ver, Elvira. Te toca una pastilla blanca y una rosa. Tómatelas despacio y no te atragantes, por favor.

La anciana obedece cogiendo el vaso de agua, que le tiembla en la mano.

Con la primera cucharada hace una mueca y la devuelve al plato:

—Está quemando.

—Espérate, mamá. Siempre haces lo mismo. Nadie te va a quitar la comida —ríe Julián.

Sandra pone los ojos en blanco:

—Siempre igual. Hay que esperar un poco y después soplar, que la comida se hace en el fuego.

Juanma remueve el puré, deja la cuchara y pregunta:

—¿Para mi cumpleaños me vais a comprar el móvil?

—Sí, ¿y qué más? No se puede tener todo, hijo —responde Julián.

—Pues habrá que hacer un esfuerzo como sea. Sus amigos hace tiempo que lo tienen —interpela la madre—. Y yo necesito saber dónde está y cuándo va a volver. Así que tú me dirás.

—Siempre estáis pidiendo. Yo me mato a trabajar y nos cuesta llegar a fin de mes —aparta el plato con gesto de enfado.

—¿Y yo qué? ¿No trabajo yo? —le apunta con el tenedor visiblemente irritada— Varias escaleras por las mañanas, la compra, la comida, vuestra ropa y, para colmo, cada dos meses hay que ocuparse de tu madre.

—¡Es mi madre! Tú lo has dicho. No tiene la culpa de estar enferma —replica con el semblante rojo.

A Elvira la última cucharada le ha resbalado por la servilleta y una mancha verdosa se extiende por la falda oscura. Le asoman unas lágrimas que no se deciden a caer.

—Abuela, no te preocupes —Juanma le limpia la falda con su propia servilleta y le acaricia la mano—. La estáis poniendo nerviosa.

—¿Ves lo que has conseguido? —le reprocha el marido a la mujer—. Tranquila, mamá, ya sabes que no debes alterarte.

—Tú, mucho “mamá”, pero soy yo quien la baña, la viste, la peina y se ocupa de su medicación. Lo tuyo es muy cómodo —se enciende Sandra—. Todo de boquita para afuera.

Al fin Elvira rompe su silencio:

—Si molesto, me lleváis a una residencia. No quiero ser una carga para nadie.

—No es que molestes, Elvira. Es que necesitas unos cuidados que en casa es difícil que te los demos. Y no tengo ayuda de nadie. Tu hijo se lava las manos —parte el pollo con energía y rabia contenida.

—¡Olvidas que con su pensión tapamos bastantes agujeros! —grita desafiando a su mujer y señalando a su madre.

—¡Ah!, ¿sí? Díselo a tu hermana, habla con ella y poneos de acuerdo. Tampoco puede atenderla como es debido. Al fin y al cabo, es cosa vuestra, aunque me salpica a mí.

—No es verdad. Eso que dice no es verdad, hijo. Tu hermana me quiere...
—esta vez sí rompe a llorar— Solo quiero morirme y así descansaréis todos.

Juanma se levanta y abraza a la anciana por la espalda:

—Abuela, no digas esas cosas —le besa la mejilla y se dirige a sus padres—.
Está bien, el móvil puede esperar.

CARMEN CANO SOLDEVILA

España

Twitter: Carmen Cano [canocs19](https://twitter.com/canocs19)



**LAS IMÁGENES
ONÍRICAS
RAÚL ARIEL
VICTORIANO**

Este invierno es desapacible. Afuera, el día está frío y la llovizna entristece la tarde. Recién he despertado y descubro con encanto otra de las magias que no te conocía. Luego me dirás que sí, que siempre sueñas doble, hilando dos historias al mismo tiempo. Pero solo sueles recordar una de ellas.

Estás enredada entre los hilos del despertar, un tanto perdida, pero, tal vez, un poco alerta todavía a los sonidos delgados y sinuosos, a los leves golpeteos de las gotas de lluvia sobre el vidrio de la ventana. Hay hebras de humo recortadas en el fondo del cielo azul de tus ojos, esos que me miran ahora, detrás de tus párpados casi caídos.

Me arrimo a tu rostro observándote de cerca, por debajo de tus pestañas quietas. Son dos sueños, los puedo ver porque todavía duermes. Me acerco más y veo allí dos senderos que se bifurcan y te conducen a distintas fantasías.

Acostado a tu lado, te tomo la mano suavemente para acompañarte en los dos caminos que transitas desde tu mundo onírico hasta aquí, sin dejar de escudriñar, como un intruso, el fondo de tu mirada quieta.

Por la senda de más aquí, se te ve cómo vas gallarda en tu recorrido, al trotecito sobre una bestia de tiro, a paso lento por el piso polvoriento. Vas montada sobre el lomo firme de un caballo brioso que lleva un trote calmo. Tiene las crines blancas, y los cuatro cascos de sus patas retumban sobre el piso adoquinado y espantan a los pájaros que velan tu siesta.

Por la senda de más allá, en las profundidades del iris, veo una figura que descansa entre brumas y gira para sumergir la mano, el brazo, el codo y el hombro desnudo en un mar de vapores color ceniza. Vacila rotando todo su cuerpo y, al mismo tiempo, baja. Me parece que este es tu sueño verdadero y la que descende eres tú.

Vas, de este modo, hundiéndote en el viento como el ala de una gaviota que se acerca, casi rozando las crestas de las olas del mar. Así vas, así te veo, envuelta en túnicas de colores transparentes, volando sin aleteos, aspirando el aroma de sales marinas cuando pasas sobre el agua. Vas olfateando los aromas de los bosques, de los árboles de hojas y de los árboles de flores cuando pasas sobre las tierras.

Ves todos los colores de los estambres enhiestos que anuncian la llegada de la primavera y, con tu oído delgado, oyes los cantos de los pájaros de picos largos del trópico.

Se agita un poco tu mano cuando te escucho balbucear palabras que no entiendo. Algo dices en voz baja. Son sonidos dispersos que salen de tu boca al sumergirte en las profundidades de tus pensamientos. Te arrullan los fluidos que transitan por los arroyos subterráneos, que hacen palpar los hilos celestes de tus sienes. Tan cerca de tu rostro, puedo compartir todo lo que te sucede.

Me alejo un poco de ti porque comienzas a moverte. Te veo llegar a las costas de la vigilia. Entre las sábanas espumosas, todo tu cuerpo va dejando el desmayo de la siesta al borde del silencio de la tarde agonizante. Ya estás escuchando el rumor de nuestra habitación y abres tus pulmones al aire que respiramos juntos.

Este dormitorio levemente iluminado es tan grande como el Universo. Tu cuerpo sobre la sábana es tan mínimo como una semilla. Esa visión me despierta tanta ternura que quisiera acariciarte. Pero desisto, esperaré a que tengas la sonrisa plena, cuando mi presencia tenga sentido también para ti.

Ahora te suelto la mano y te miro de lejos antes de dejar la cama. Tu sueño ha terminado y lo he visto. Cuando despiertes totalmente, quizás no te diga nada, tal vez no te mencione que he compartido tu mágico secreto.

Este cuento pertenece al libro "El sonido de la tristeza"

RAÚL ARIEL VICTORIANO

Argentina

Blog: <http://hastaqueelesplendorsemarchite.blogspot.com.ar/>

Facebook: <https://www.facebook.com/RaulArielVictoriano>



A MI LADO
GUSTAVO VIGNERA

Una vez escuché que uno consigue lo que merece, cuando pone la vida para alcanzarlo. Yo soy de los que necesitan una luz verde para avanzar, no como otros que solo necesitan una luz al final del camino para lograr lo que se proponen. Siempre conservé ese estigma, que me acompañó desde la adolescencia, incluso hasta esta mañana cuando sonó el celular y la foto de Florencia en la playa de Cariló apareció en la pantalla.

Ella había estudiado para modelo, para secretaria ejecutiva, para diseñadora gráfica, canto, artes plásticas, enfermería y cientos de manualidades que nunca había terminado de aprender. Todo la entusiasmaba, pero con nada lograba apasionarse. Saltaba de un tema a otro como la pelotita de tenis en un torneo de Roland Garros. Creo que ese mismo comportamiento fue lo que nunca le permitió un verdadero compromiso conmigo. Ella volátil, yo inseguro. Un cóctel explosivo, mezcla de vodka ruso con jugo de fruta, en sobrecito, de esos instantáneos, ¿me explico?

Pero a pesar de eso, nos propinábamos un sentimiento tan asfixiante y desagradable que hasta podríamos llamarlo amor. Ese sentimiento era el mayor de todos los males, peor que la sífilis, la sarna, la tuberculosis, los terremotos, las siete plagas de Egipto, el Apocalipsis y la diarrea estival. Yo la quise, la quiero y la querré, como decía aquel gallego ronco que ya no recuerdo cómo se llamaba. La quiero más que a mi vida, o mejor dicho más que a mi muerte. Salíamos y nos peleábamos, hacíamos el amor y nos peleábamos, nos amigábamos y nos peleábamos, era una rutina enloquecedora, una montaña rusa interminable. Todo el tiempo y en cualquier lugar, sin importar quien estuviera presente, nos peleábamos. Hasta que un día, en medio de otro ataque de nervios a la salida de la pizzería *Los Inmortales*, me dijo:

—Me caso con Ricardo.

El mundo se me vino abajo. Porque si bien ya no la soportaba más, y era liberador para mí empezar un proceso —por más doloroso que fuera— para tratar de olvidarla, yo en el fondo la amaba con locura. Pero ese era el final, un final que tampoco fue definitivo ya que cada vez que discutía con Ricardo, o con su padre, o con su hermano o con el verdulero de la esquina, ella me llamaba y me suplicaba que nos juntáramos, al menos para charlar y tomar un café. Un café que siempre terminaba enredados entre las sábanas de un hotel, como quien tira ese manotazo de ahogado para salvar la poca vida que le queda. A las pocas horas volvíamos a las andadas, a los gritos y a la reputa madre que los parió. Arrepentido de haberla escuchado, del cafecito

y de haberla amado desde la carne, pero mucho peor, desde el alma. De tener la cabeza llena de bronca, puteando y maldiciendo, y el corazón lleno de angustia, dolorido y exhausto, caía en una depresión profunda que me costaba horrores remontar.

A veces fantaseaba con la teoría de que esa era la forma en que nosotros nos debíamos relacionar, una forma enfermiza, violenta, extrema, como dos bestias que se castigan y se hieren para demostrar el poder que tiene uno sobre el otro. Para marcar el territorio, meando el perímetro que nada ni nadie debe atravesar. Un espacio que, de forma inevitable, siempre terminábamos ocupando, y ese espacio era el lugar de ella a mi lado.

Me había invitado a su casamiento con Ricardo por mail. Se justificó con que ya no se usaban las invitaciones en papel y que era tirar la guita. De todas formas, había hecho un lindo diseño en Powerpoint donde decía:

Florencia y Ricardo
Nos ha llegado el momento más feliz
de nuestras vidas y queremos
compartirlo con vos.
Nos casamos el próximo 23 de Marzo
en la iglesia de
bla, bla, bla, bla, bla.
Bla bla

Juro que me rompió soberanamente las pelotas cuando la leí.

Se me revolió el estómago, hasta tuve ganas de vomitar. No podía creer la huevada que estaba leyendo, no hacía una semana que nos habíamos revolcado en mi departamento luego de pedirle casi de rodillas que desistiera de la idea del casorio y me diera otra oportunidad para cambiar el rumbo de nuestra relación.

Recuerdo que no contesté el mail. Fui a la bandeja de entrada y lo borré.

A pesar de todo, ese 23 de marzo fui a la peluquería, me puse mi mejor traje — que había mandado a la tintorería— y me fui a la iglesia a la hora señalada para ver, en vivo y en directo, cómo terminaba en forma definitiva ese capítulo tormentoso de mi vida.

Me paré detrás de una columna para que ella no me viera cuando entrase al templo.

Ricardo y la supuesta madre estaban junto al cura, en el altar. El organista hizo sonar los primeros acordes de la marcha nupcial y Florencia, del brazo de su padre, apareció como un ángel encantador.

Mi corazón empezó a palpar con su sola presencia, y me di cuenta de que ese era mi Ángel Exterminador, y que esa ceremonia podría redimirme del castigo de haberla conocido y quizás, de forma definitiva, iba a eliminarla por completo de mi mente.

Me quedé unos minutos y me fui sin esperar a que se entregaran los anillos. Tampoco me interesaba verla besarse con ese tipo. Yo solo quería dar fe de que ahora era una mujer casada y que debía dejar de pensar en ella y rehacer mi vida.

Pero no fue así.

A los dos meses me llamó para que tomásemos un café, y así contarme como le había ido en su luna de miel por el Caribe, a lo que accedí. Cuando nos vimos terminó contándome lo arrepentida que estaba de haberse casado con Ricardo, que no iba a durar mucho su matrimonio, que me seguía queriendo. Y, como tantas otras veces, ese café se fue convirtiendo en abrazos, los abrazos en caricias y las caricias en sexo apasionado, más apasionado que nunca. ¡Otra vez sopa!

Al ratito ella se molestó, sin sentido para variar, y dejamos de vernos por tres meses.

Esta mañana, como decía, mi celular volvió a sonar. Corté y su foto en bikini en Cariló desapareció. Ella insistió tres veces más, hasta que atendí.

Nunca lo debí haber hecho.

—Hola Flor, ¿cómo estás? —le pregunté.

—Quiero estar a tu lado —me dijo, y volvió a desarmarme la estantería.

Su voz sonaba rara. No parecía ella.

—Acabo de llegar del ginecólogo con Ricardo —me dijo temblorosa, como culpable de haber roto algo.

Yo no entendía nada, ¿por qué me estaba llamando?

—¿Estás ahí? —indagó, para asegurarse que la comunicación seguía activa.

Se hizo un silencio que pareció infinito, al cabo del cual me contó todo con la fuerza del que ama hasta la muerte.

Lloré, lloré y lloré cuando me dijo acongojada que en la ecografía se podían ver los tres corazoncitos, que latían como lucecitas navideñas en su vientre. Y no supe qué

decir.

Sólo lloré, lloré y lloré por no tenerla a mi lado y hasta el cielo se puso colorado.

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Página WEB: www.gustavovignera.com

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: <https://twitter.com/VIGNERA>



EL INSÓLITO
CASO DE LA
“MANO PELUDA”
LUIS REYNALDO
CHÁVEZ LARA

H

ay historias que no deberían contarse, mucho menos a estas horas de la madrugada, cuando la silente oscuridad hace pensar que uno está siendo más que acompañado. Y es que escribo estas líneas con temor, porque siento que un fantasma me observa, o peor aún, me acecha para ahorcarme en mi descuido. Lo sospecho porque miro hacia el rincón y solo veo los ojos brillantes de mi gata, encrespada y con la mirada fija en un punto vacío a mis espaldas, esperando el momento para lanzar un zarpazo a una imagen invisible. Evito mirarla de frente, aterrado por no conocer lo que ella sí, e imagino que algo está parado a mi lado, y que incorpóreo la ignora, concentrándose en mí para lograr su cometido.

Relato esta nebulosa narración, lo admito, con una gran dosis de temor en mi cabeza. Y lo hago con la convicción de que hoy no dormiré en paz, porque una terrible pesadilla, o algo peor, me atormentará más tarde. Sucede a menudo. Intento dormir, y despierto sobresaltado, hostilizado en mi estado más indefenso. Quizá tiene que ver con que de niño me gustaba coleccionar recortes de arte medieval, y tenía predilección por las imágenes de íncubos y súcubos. Debe existir el karma, dado que esas antiguas representaciones satánicas y oníricas me persiguen hasta ahora, demostrando que no estaba equivocado cuando pensaba que algún día adquirirían forma y que entre las horas que todos duermen, los demonios hacen de las suyas.

Y lo aseguro porque he sido víctima de sus nocturnas maldades en reiteradas oportunidades. Hasta hace unos años mi padre se levantaba sobresaltado por mi culpa, cuando en medio del silencio sepulcral de nuestra casa, mi boca lanzaba alaridos desgarradores estando dormido. Él movía mi cuerpo para ver si algo me pasaba, o para descubrir la razón de mi supuesto dolor. Al despertar con rostro somnoliento, me limitaba a tranquilizarlo con mi clásica frase: “Lo siento papá, solo fue una pesadilla”. Sin embargo, yo sabía que no era así. Minutos antes mi respiración se había detenido, mis brazos estaban sujetos, y mis cuerdas vocales no podían emanar ningún sonido. Paralizado, mi grito ahogado encontraba alivio cuando alguien, en este caso él, lograba que me relajara y dejara de pelear contra el enemigo que solo yo avizoraba. Él regresaba a dormir, mientras mis ojos no cerraban sus párpados, a la espera de que mi atacante volviera a perpetrar su asfixiante castigo sobre mi cuello.

Es muy probable que a muchos les haya pasado, cuando entre ronquidos uno se convierte en víctima de estrangulamiento y siente la impotencia de no poder lanzar

un grito rogador de auxilio. Es una sensación atroz, cuando en la tranquilidad del descanso y de improviso sentimos esa terrible conmoción de la falta de aire y de la presión violenta que se cierne sobre el pecho, los órganos y las extremidades. Los psicólogos la llaman “parálisis del sueño” y argumentan que se produce cuando el afectado, inmovilizado, no puede respirar estando dormido. Esto ha ocurrido durante siglos y la ciencia ha dado su explicación. Sin embargo, ningún psicólogo podrá explicar lo que sucedió en la calle Imperio en el año 1992.

Esta calle se ubica en el Callao. Es un boulevard sin salida que desemboca en dos parques cuidados con esmero. Los mayores dicen que en el pasado fue una gran plantación, y que en cierto punto se ubicaba un antiguo cementerio que cedió su dirección exacta a la indiferencia del olvido, por ello, el barrio nunca fue ajeno a las historias de terror y a supuestas apariciones paranormales. Alimentados por los más viejos, los relatos de duendes y lloronas asustaban a los más jóvenes, quienes buscaban el rastro perdido de una acequia donde se creía habitaban. Por esto, no era raro sorprender a jovencitos intentando encontrar la entrada del inframundo en el patio trasero, y salir por la tarde a contar sus aventuras y batallas contra los seguidores de Satán. Todos estos relatos, decían los incrédulos, eran invenciones de afiebrados adolescentes cargados de hormonas deseosos de atención femenina. Su opinión cambió cuando apareció la misteriosa y terrorífica mano peluda. Y es aquí cuando debo invocar a Dios para que me proteja y me permita culminar mi narración. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

El primero en ver la mano peluda fue mi hermano. Estaba él saliendo de su habitación y vio una extraña figura sobre su hombro, una larguirucha mano de apariencia pútrida que lo llamaba sin ningún cuerpo que la sostuviese. Como era de esperarse, se metió despavorido a su cuarto y cerrando la puerta escuchó, al borde del colapso, como unos dedos la golpeaban muy lento pero muy fuerte, insistiendo de forma demoníaca para que la abran. Días después mi madre la vio en la cocina. Cuenta que mientras picaba las verduras, observó de reojo a aquella mano podrida sostener el mango de un cuchillo. Cuando volteó su cabeza del todo, ya había desaparecido, dejando tras de sí un frío glacial y una sensación de tristeza que la hizo abandonar su labor. A mi hermana le cerró la puerta del baño, para luego presentársele al alba haciendo un ademán de saludo, apareciendo por debajo de sus sábanas. Cuando narró su experiencia a todos los integrantes de nuestra familia un cuadro cayó de la pared,

haciéndonos huir hacia la calle dejando la cena servida.

Semanas después, luego lo supimos, cada vivienda tenía una mano peluda entre sus paredes. Al principio nadie lo comentaba por vergüenza al qué dirán, y cada familia, estoica, soportaba los flagelos inesperados y nocturnos de las falanges que imprudentes aparecían para poner los pelos de punta a niños y adultos. Era un secreto a voces. Se apagaban las luces sin que nadie presionara el interruptor, el televisor se cambiaba de canal sin activar control remoto alguno, los bebés entraban y salían de sus cunas y corrales, y las frazadas salían volando sin que nadie las tocara. Al instante la veían, solitaria, la mano maldita hacía su teatral aparición. Y a pesar de esto nadie quería ser tomado por loco, y la mano peluda empezó a ganar la batalla a las atormentadas familias que habían optado por mantener silencio a la espera de que calme su furia proveniente del más allá.

La noticia de esta epidemia fantasmagórica no pudo esconderse más el día en que las maldades de la mano peluda alcanzaron el límite de lo tolerable. La calle Imperio se compone de varias manzanas. Al frente de la mía se ubica la K. Una sucesión de diez casas hace el total. Aquel día, una ambulancia se encontraba estacionada y de ella salía un médico presuroso. Alberto, un vecino al que todos llamaban “ingeniero”, había sufrido un paro cardíaco. Cuando le dieron el alta y regresó con su familia ya no era la misma persona. Lo primero que hizo fue renunciar a su trabajo por fax, además de poner un anuncio en un periódico: “Se remata casa en el Callao. Por motivo de viaje”. Esa fue la gota que derramó el vaso. Al día siguiente toda la cuadra confesó su secreto, todos habían tenido un indeseable encuentro con la mano peluda. Se difundió el rumor de que el vecino había sido atacado por esta, y que tan fuerte impresión le habría provocado que estuvo a punto de causarle la muerte. Un mes después, tres familias habían seguido sus pasos, huían de aquel barrio maldito.

Al cabo de un tiempo me encontré con el Ingeniero. Al verme, noté que quiso evitar el contacto. Su actitud esquivada a raíz de los acontecimientos no me amilanó, y estaba decidido a preguntarle la causa de su paro cardíaco. Luego de oír su relato, me arrepentí de habérselo pedido. Su rostro desencajado y avergonzado se despidió de mí con un parco “hasta luego niño”, que interpreté de inmediato como un hasta nunca. Lo recuerdo claramente. “Todos los días me levanto cinco de la mañana. Ese día no fue la excepción. Mi esposa había dejado todo listo, salvo mis zapatos. Cuando los busqué no se encontraban donde los había puesto la noche pasada. No me quedó otra

salida que hurgar en sitios improbables. Uno de ellos era debajo de la cama. Nunca los dejaba allí, pero tuve una corazonada. Así empezó todo. Al introducir mi brazo en la oscuridad, una fuerza excepcional me jaló hacia el fondo. Y como mi cuerpo no pudo entrar en ese espacio, tiré fuertemente y la vi. Era una mano humana cubierta de pelos en avanzado estado de putrefacción. Lo último que tengo en mi memoria es la imagen de mi esposa observando la escena impávida desde el otro lado de la habitación, orando mientras me veía peleando con ella”.

Han pasado casi tres décadas y el vecino se perdió en el tiempo como un recuerdo marchito. Algunos dicen que falleció; otros que aseguran conocerlo dicen que nunca sale de su nueva casa, como si cumpliera una condena de arresto domiciliario.

El miedo debió terminar para los vecinos cuando un sacerdote exorcizó las casas de Imperio. El destino del hombre encomendado para esta labor fue morir algunos años después producto de una asfixia. Los forenses dijeron que se atoró con sus propios alimentos, en un ataque incomprensible e intempestivo de gula que le duró varios días. Su tumba muestra el siguiente epitafio: “Aquí yace Alan García, que el Señor lo tenga en su grande gloria”. Debido a esto y a otros sucesos, en el Imperio, la mano peluda es tratada como un tema tabú, y a pesar de que desapareció de sus vidas cotidianas, los valientes que se atreven a mencionarla terminan arrepentidos de sus especulaciones, porque son perseguidos en sus momentos de descanso. Precisamente esto es lo que pasa hoy, mi gata me avisa, mis sentidos se agudizan, y percibo una presencia detrás de mí que produce el escalofrío propio del suspenso.

Ya son casi las tres, y recién caigo en la cuenta de que estoy escribiendo en un estado casi inconsciente. Puede ser por dos causas. La primera es que estoy sintiendo tanto miedo que el apuro por levantarme de mi asiento me haya obligado a teclear sin hacer mucho uso de mi razón; y la segunda es que sea la mano peluda la que lo está haciendo por mí, pidiendo ayuda a través de mi escritura, ante su imposibilidad de apoderarse de la totalidad de mi cuerpo. Quizá acabando conmigo sí lo logre. Quizá está detrás de mí para terminar una misión criminal. De no ser así sabré que tengo a una vieja huésped en casa que ha decidido regresar para hacer conocer su historia y quizá encontrar su tan ansiada redención.

Sea como sea, hoy me iré a dormir con la televisión encendida, y espero conciliar algo de sueño en lo que resta de esta larga madrugada. Por la mañana, si el

aparato amaneca prendido, es que la mano peluda me ha concedido una tregua pacífica, pero si al despertar solo veo oscuridad en la pantalla, es porque ella, y nadie más que ella, se ha dado el trabajo de apagarla por mí.

LUIS R. CHÁVEZ LARA

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/luis.chavezlara.1>



EVELYN

SAMANTHA LAMARÍZ

La perilla dorada se giró violentamente, ajetreada, como si se rehusara a dejar que la persona, o el monstruo, que se encontraba de pie tras aquella puerta, tuviera acceso a la casa. Evelyn contemplaba la fiera batalla entre el ser, cuya apariencia desconocía, y la perilla. Tras unos cuantos segundos, en los que la pequeña retuvo el aliento y empuñó las palmas al tiempo que se aferraba a su oso de peluche, se desenmascaró al contrincante de la puerta. Era su padre. Entró azotando a su añeja enemiga, escudriñó la alfombra de la sala de pigmentos rojizos y ornamentos dorados en las esquinas, donde descansaba su hija, creyó percibir el pavor en su mirada castaña. Él intentó tranquilizarla con palabras incompresibles, tanto por el efecto del alcohol como por el motivo de que Evelyn era sordomuda.

—¡Ah, pero por todos los cielos! —gruñó el padre— ¡Mi hija es sorda! ¡Y además muda! ¡Qué maravilla!

Soltó unas risotadas cáusticas que irrumpieron con la paz que antes transitaba por cada recoveco de la casa. Se oyeron pasos en la escalera, la madre venía bajando agitada y alebrestada.

—¿Qué demonios te pasa, Marcus?! —espetó— ¡Tomaste otra vez!

Evelyn fue testigo de una nueva contienda acalorada entre sus progenitores. Se quedó muy quieta en su lugar, temerosa de ser partícipe de su riña. Cerró los ojos y en su mente, antes plagada de oscuridad, apareció un nubarrón rojizo que explotaba una y otra vez. Ella no percibía el mundo como el resto de la humanidad, no obstante, eso no significaba que lo hiciera de una manera errónea. Al cerrar los ojos y deshacerse de las imágenes que la avasallaban diariamente, era capaz de ver colores, y dichos colores le indicaban lo que estaba sucediendo. El rojo era una clara alerta de peligro, casi siempre veía rojo cuando su padre andaba cerca, siempre malhumorado, hediondo a alcohol. La niña sintió que sus mejillas se humedecían. *Otra vez estoy lloviendo*, pensó. Y el nubarrón rojo intercaló su color carmesí con un tono turquesa. Por la escalera vio descender una figura iluminada por un haz de luz dorado, su hermano mayor, su salvador. Evelyn levantó los brazos para facilitarle el trabajo a Job, quien bajó apenas las oleadas iracundas de sus padres azotaron sus costas de indiferencia. Llegó hasta donde se encontraba su hermana y la cargó, besó su mejilla mientras le susurraba que todo estaría bien. Él sabía que ella no lo escuchaba, pero siempre que le besaba la mejilla y le bisbiseaba al oído aquellas palabras, sentía como el corazón de la niña

cambiaba sus latidos desbocados por un ritmo sosegado. Los brazos de Evelyn se aferraron a su cuello. Las almas de los hermanos subieron entrelazadas las escaleras.

Llegaron a la fortaleza, su cuarto. Una vez ahí suspiraron, exponiendo su dolor en dos nubes de aire del interior, que se convirtieron en una sola al hacer contacto la una con la otra. Job le explicó con señas a su hermana que su padre estaba un poco desorientado y que su madre tuvo la necesidad de reñirlo. Evelyn no respondió, simplemente asintió, fingiendo que se tragaba la falacia que su hermano le inventó para suavizar el granizo que caía sobre ella cada vez que sus padres se enfrentaban.

La pelea cesó minutos después, sólo entonces Job se levantó de la cama de su hermana, donde se aseguró de recostarla y arroparla, besó su sien y le dijo que la amaba en la lengua de señas que Evelyn comprendía. La niña sonrió, en su mente apareció un destello dorado, el mismo que siempre acompañaba a su maravilloso héroe. Devolvió la seña y se quedó dormida.

Despertó antes del amanecer, abandonó su lecho y salió por su ventana. Subió la escalera que daba acceso a la parte superior de la casa. Sus pies descalzos recibieron el impacto del frío apenas tuvieron contacto con el suelo de la terraza, Evelyn ignoró las quejas de sus dedos acalambrados y siguió caminando hasta llegar a la orilla. Inhaló el viento de los últimos momentos de la madrugada, sintió que la brisa gélida le erizaba cada vello del cuerpo. Únicamente ahí, de pie frente al mundo entero, sin que nadie la observara, o la juzgara, sentía que podía ser escuchada y comunicar lo que había dentro.

Sus ojos se anclaron en un muchacho que salía de su hogar, le extrañó ver a Job tan temprano, supuso que tenía algún asunto pendiente. El chico se detuvo en la esquina de la calle y esperó paciente a que la luz del semáforo marcara el rojo, a pesar de que no se atisbaba ningún vehículo. Evelyn notó cómo su hermano imitaba los movimientos de las baquetas con sus dedos, se percató de que traía puestos los auriculares. Se preguntó qué sería escuchar música, y también se preguntó que, tal vez, si usara audífonos podría sentir el sonido de la música, es decir, ¿Cómo no puedes sentir algo que está tan cerca de ti? Mientras repasaba aquellos pensamientos, emergió un automóvil negro. La manera en que manejaba le recordó el comportamiento regular de su padre, desenfrenado y caótico.

El carro avanzó por la calle que Job cruzaba justo en aquel momento, Evelyn se destrozó aún más las cuerdas vocales tratando de advertir a su hermano, a su héroe,

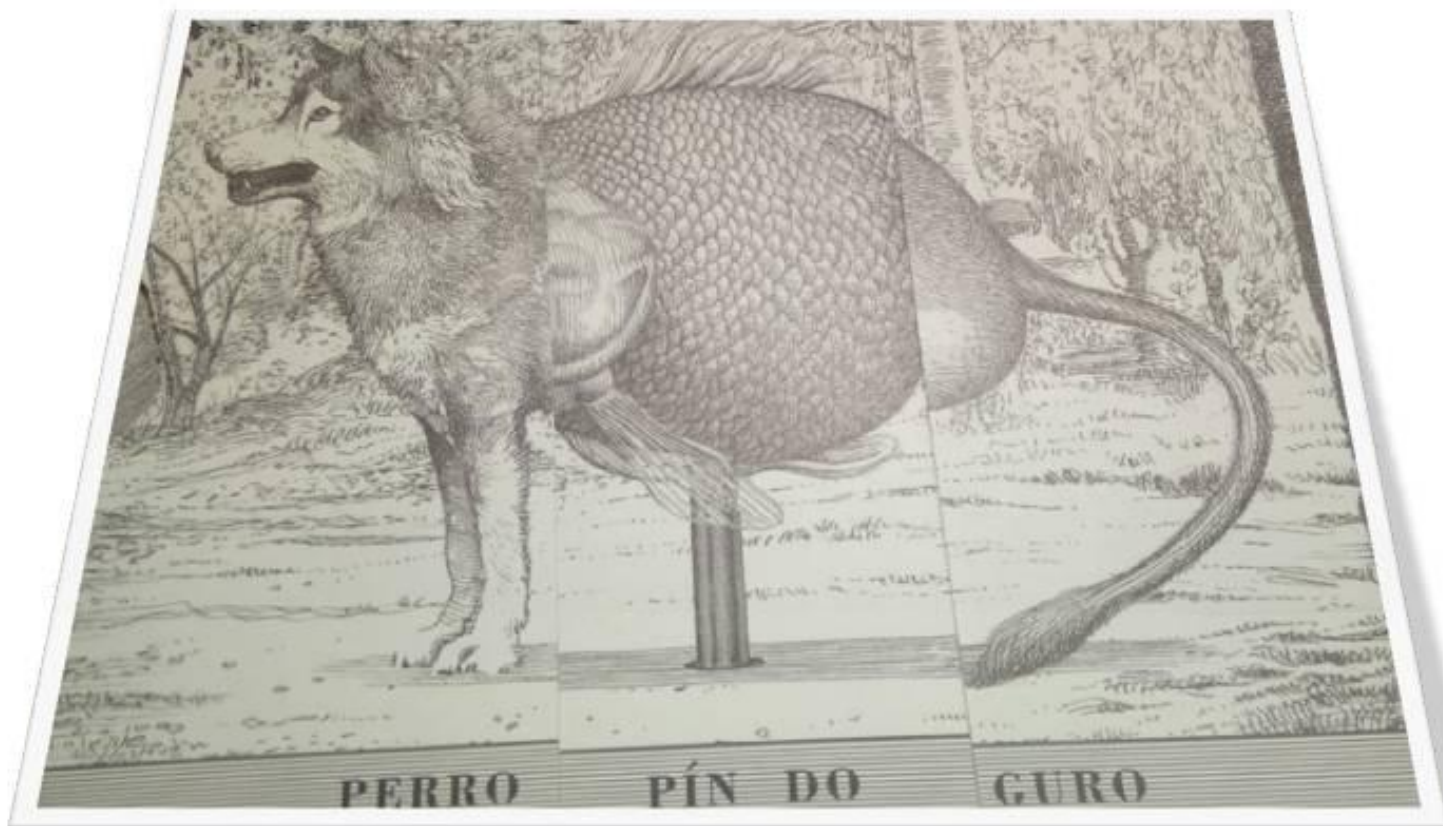
a la otra mitad de su corazón, que corría peligro. Pero apenas emitió mugidos desesperados. Job se volvió a la terraza, como si hubiese sido capaz de percibir la presencia del ser que más adoraba en el planeta, sonrió al verla, y después al apreciar el rostro distorsionado por la ansiedad de su hermana, se asustó.

Fue demasiado tarde, el auto hizo volar a Job al menos tres metros, para después aterrizar en el pavimento. Evelyn jamás olvidaría el característico color negro del vehículo, pues durante el resto de su vida sería el nubarrón que aparecería en su mente cuando se tratase de muerte.

La niña corrió, alertó a sus padres golpeando la cama, sin embargo sus reacciones fueron muy lentas. Corrió por el teléfono y marcó el número de emergencia, nunca odio tanto no tener voz, se lo dio a su madre al tiempo que la jalaba fuera de su habitación para llevarla a la calle.

Su madre aulló con tal intensidad que hubo una vibración en el pecho de su hija. Evelyn se convirtió en tormenta. El padre llegó a la escena poco después. Y el cuadro quedó incompleto, pues en aquella calle desolada, pocos minutos antes del amanecer, había tres de cuatro miembros, no obstante, ningún corazón latía ya.

SAMANTHA LAMARÍZ
México



EL PERRO
PÍN DO GURO
CARLA ROSCONI

Lolo es un niño bastante inquieto. Vive junto a su madre Rosalía en un caserón con parque, árboles y hasta una fuente con peces de agua dulce, en California. Es menudo, de ojos y pelo negrísimo, y nariz respingada. Los señores Klein, dueños del caserón, lo apodaron “monkey boy” porque cuando desaparece, su madre, tiene que pedirle a Juanito, el jardinero, que le preste una escalera para buscarlo por encima de los árboles.

—Lolo... chamaco... ¡Salga ya que le tengo una sorpresa! —dice Rosalía con tono juguetón.

Claro que esas estrategias nunca funcionan a la primera. Entonces, Rosalía pronuncia las palabras secretas:

—“PERRO PIN DO GURO” —y se echa a correr para el fondo de la casa.

Un animalejo salta del árbol azul, y cae en dos patas y palo. Mágicamente, no perdió ni una de sus frondosas escamas verdes. Jadea como loco, porque lleva horas sin probar gota de agua, a pleno rayo de sol, del Desierto de Sonora.

El parque es tan grande que se confunde con un desierto. Apoyando las dos patas delanteras, da saltos de dudoso equilibrio. Cuando se cansa, busca un árbol de ramas fuertes y haciendo un torniquete con su cola, se cuelga a descansar.

Le gusta perseguir alacranes y, por las tardes, hacer competencias de aullidos con sus primos, los Dingos. Tiene una audición perfecta que le sirve para detectar cuando el peligro se acerca, y también, para escuchar el grito de “A Comerrrr” que viene del caserón.

El Perro pin do guro sale a gran velocidad, cruza el cerezo y el nogal. Rodea la fuente de agua dulce asustando a los peces que se chocan para esconderse. Aúlla, corre, salta. Es todo ansiedad.

Después se sienta a la mesa donde Juanito sirve papas y Rosalía el pollo que sobró de La Cena. Mientras los dueños del caserón miran Netflix acostados y chequean cuánto subieron sus acciones en la bolsa, Juanito, Rosalía y el Perro pin do guro se toman de las manos y agradecen tener comida, un día más.

Parece que este ha sido un buen día para todos.

CARLA ROSCONI

Argentina

Redes: <https://www.instagram.com/carlarosconi/>
<https://twitter.com/CarlaRosconi>



AMOR CIRCULAR

DIANA GAMARNIK

Griselda, la adivina del Circo Hermanos Molinari, escuchó a Doris, la equilibrista, mientras esta le relataba sus desventuras para conseguir la atención y los favores de Zoltan, el mago armenio. Una vez que Doris terminó de exponer sus deseos, Griselda le dijo que tenía la solución para sus problemas. Buscó en un armario polvoriento una cajita en forma de corazón, color cobre, con una mariposa en la tapa y tapizada por dentro con seda roja. Colocó una semilla de magnolia dentro de ella y se la entregó a una Doris esperanzada hasta la médula.

—Regálasela a Zoltan, dile que es solo porque sí y espera quince días. Después de ese lapso, tendrás la respuesta que buscas.

Doris siguió las recomendaciones de la adivina, le entregó la cajita a Zoltan sin decirle nada y se fue a volar por los aires.

El mago miró la cajita sin entender muy bien qué significaba, pero le pareció tan linda que decidió dársela a Catalina, su ayudante, una mujer enorme que lo ignoraba minuciosamente, harta de ser serruchada todas las noches. Zoltan supuso que con ese regalo ablandaría su robusto corazón y esperó a ver qué pasaba.

A Catalina no le importó la cajita y la abandonó en un bolsillo de su traje. Pero al ver pasar a Serguei, el malabarista, con sus mazas y sus bastones, y detenerse en el cuerpo grácil de ese hombre lejano, supuso que lograría atraer su mirada si le obsequiaba la cajita en forma de corazón. Algo ansiosa, pero sin emitir una sola palabra, se la dio. Serguei inclinó gentilmente la cabeza en señal de agradecimiento y siguió concentrado en sus objetos voladores.

Al día siguiente, conteniendo la respiración y con su propio corazón alborotado, Serguei se dirigió al carromato de Vittorio, el payaso por el que sufría en silencio. Intuía que detrás de la capa de pintura que cubría el rostro de Vittorio estaba el hombre de su vida. Apenas el payaso abrió la puerta, Serguei arrojó la cajita al aire, la atrapó y se la entregó haciéndole una reverencia. Antes de que Vittorio pudiese reaccionar, el malabarista se fue, deseando que su mensaje sin palabras hubiese sido comprendido.

Vittorio, todavía asombrado, apoyó la cajita en el estante de la ventana de su carromato, en el preciso momento en que Regina, la *ecnyère*, pasaba trotando delante de él. La miró embelesado y suspiró por esa perfecta unidad que formaba la mujer con el caballo. Recordó su risa cuando la mojó con la flor que llevaba en su ojal y decidió que

esa cajita en forma de corazón sería un perfecto emisario para expresar lo que sentía. Esa noche, después de la función, se le acercó y, con una sonrisa grande como toda su cara, le dio la cajita y le dijo que esperaba que le gustase. Regina le agradeció con amabilidad, pero se alejó nerviosa. Nunca antes había sentido tanta desesperación por arrojarle en los brazos de Damián, el domador de leones.

Ella hubiera deseado ser uno de esos animales con tal de sentir la mano de Damián en su boca o en su espalda. Soñaba con él, suspiraba por él y nada tenía sentido sin él. Esperó unos días en los que se sintió en vilo, hasta que tomó valor y entró en la jaula de los leones. Damián la miró espantado, pero Regina le dijo que solo quería hacerle un regalo, le entregó la cajita y salió tan rápido como había llegado.

Damián intuyó que esa cajita quería decirle algo, aunque no estaba en condiciones de escuchar a Regina. Solo tenía ojos para su joven esposa, Ludmila, la contorsionista ucraniana que lo enloquecía cada día más con su indiferencia. Esa noche, le regaló la cajita a su mujer, esperando una respuesta, una señal. Ludmila se quedó muy quieta, enjugó una lágrima de sus ojos y le dio las gracias. Nada más.

Ya habían pasado dos semanas y Doris no había percibido ningún cambio en Zoltan, el mago. Pero su asombro fue enorme y una revolución interna afectó cada uno de sus sentidos cuando Ludmila, tímidamente, se le acercó, la tomó de la mano y escondió en ella la cajita color cobre, en forma de corazón, con una mariposa en la tapa y una semilla de magnolia en su interior.

DIANA MARINA GAMARNIK

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/diana.gamarnik>

Twitter: <https://twitter.com/dianagamarnik>



DENTRO DE
LA TAZA
SANTIAGO DARKA

Nunca debes de tomar el último sorbo de una taza; el niño dentro desea salir con cualquier pretexto. Quiso llevarme una vez hace muchos años ya.

Ulises asustado, casi tira el vaso con chocolate frío preparado unos minutos antes por su abuela. Con la cara inmóvil, dejó de mecer su silla. La historia lo impresionó y la abuela supo que había cometido un error. Trató de enmendarlo yendo a abrazar al pequeño. “Lo siento”, le dijo al oído.

La casa vacía a esa hora se inundó con un leve sollozo.

El pórtico era además, el comedor y a un costado de la mesa donde desayunaban o comían, estaba el fogón viejo en espera de una chispa. Con gran prisa salieron al patio a ver las montañas; eso siempre reconfortaba a Ulises. De grande iría a esas montañas a buscar oro para encontrar a su mamá. Quería crecer ya, no deseaba seguir siendo un estorbo para sus tíos. La abuela lo protegía de todos, hasta de él mismo con sus travesuras. Era bastante atrabancado; un brazo y una pierna rota lo constataban. Las montañas llenas de oro no le quitaron de la cabeza la historia de la abuela. La anciana más tranquila, lo dejó ir a jugar a la calle con los otros muchachos, pero esta vez los juegos rondarían por otros lugares.

Su figura menuda encontró a los demás niños correteando una pelota desinflada de un lado al otro. Se unió de inmediato metiendo un gol entre dos piedras encaladas. Todos desistieron del juego al enterarse de la buena nueva, había un niño dentro de cada taza de café. Unos le creyeron, otros lo tildaron de loco. Los creyentes se quedaron muy pendientes de las palabras de Ulises, los demás se fueron a sus casas o continuaron con el juego. Después de oír la historia con algunas exageraciones corrieron con dirección al ojo de agua. De ahí tomarían el callejón del Toro para subir hasta la carretera y verse bajo un enorme árbol que da sombra a las personas del pueblo mientras esperan la camioneta para ir a la cabecera municipal, la cueva prohibida se apreciaba desde allí. A esa hora no había nadie y los niños lo sabían.

Vamos a la cueva y veamos sí es cierto lo del niño de la taza, le dijo Ulises a los demás. Todos expusieron sus dudas, pero uno de ellos no dijo nada. Si todos se rehusaban a acompañarlo, él se animaría, no tenía nada que perder. Pablo asintió con la cabeza y se aventuró a la cueva con él, a buscar al niño dentro de la taza. Los otros niños sabían a donde se dirigía Ulises: a una muerte segura en busca de un niño inexistente.

El sol los detuvo por momentos y se resguardaban al cobijo de algún árbol de nanche. El camino estrecho marcado por los burros era su guía, no necesitaban más. Por instantes estuvieron a punto de abandonar la travesía. Pablo, al ver a Ulises desistir un poco, lo animaba jalándolo de su camisa. Una hora les tomó completar el trayecto hasta la cueva.

Descansaron cerca de una oquedad, al fondo de la cueva. Era un depósito de agua donde se abastecían los campesinos cuando dormían allí o en los alrededores. Debía haber un balde con el cual sacar agua pero no fue así. Ulises se asomó temeroso a buscar con qué tomarla, no encontró nada. Pablo, mientras tanto, se tiró en la tierra fresca del interior a esperar el agua, ésta nunca llegó. No hay ningún niño dentro de la taza, dijo Pablo, es una de las tantas cosas que dicen los adultos para asustarnos.

Observaron la carretera y el pueblo al fondo de una ladera por un rato. Comieron nanches hasta hartarse y bajaron al cabo de un par horas. En el callejón del Toro se despidieron.

—Te tomas un café al rato Ulises y me saludas al niño dentro —le dijo con una sonrisa al despedirse.

A Ulises no le cayó en gracia el comentario. Rezongando llegó a su destino.

Encontró mucha gente alarmada afuera y dentro de su casa. Las mujeres lloraban desconsoladas y los hombres armados con sus rifles se disponían a salir a buscar al pequeño perdido. Ulises caminó en medio de la turba, nadie le prestó atención.

En el comedor sus tíos lloraban a los pies de su madre; ella quieta, sin gesticular, veía a una de sus vecinas tomar café en una taza de barro a los pies del fogón. La señora gritó y Ulises la miró desconsolado: “¡Busquen en la taza! ¡El niño... desapareció...! ¡Le dije que no viera dentro!”. Y cayó muerta en los brazos de sus hijos; mientras, Ulises la tomaba de la mano y juntos emprendían el camino.

SANTIAGO DARKA
México

Facebook: [Santiago Darka](#)

Twitter: [@SantiagoDarka](#)



NO AL NO
ANDREA ALVES

«Ni hablar. No estoy de acuerdo.
No tendré ese hijo»
Quim Monzó. *La sangre del mes que viene*

El silencio entre su pregunta y mi respuesta pareció una eternidad. Por un momento, deseé meterme de nuevo en la cama y hacer como que nada había pasado, que había sido un sueño y nada más. Me imaginé diciéndole que no estaba de acuerdo. Que se buscara a otra. Al fin y al cabo, era libre. ¡Es que no era sencillo! ¿Qué iban a pensar los demás? ¿Quién iba a creer en semejante historia? ¿Mis padres? Con suerte. ¿Mi prometido? Lo dudé. Ningún hombre en su sano juicio lo creería. Dirían que todo era una invención mía para tapar mi falta. Seguramente volverían aquellos falsos rumores que me involucraban con aquel soldado. ¡Decir que sí, significaba poner mi vida en peligro de muerte! Perfectamente podía sentir en mi mente esa voz fría diciéndome que no aceptara, que el dolor sería demasiado, que el dolor traspasaría mi alma. ¡Ah, sí, amiga mía! Decir que no hubiera sido fácil comparado con lo que pasaría. Decir que no simbolizaba seguir con mi vida como lo había planificado hasta entonces. Decir que no era ahorrarnos problemas a mi familia y a mí. Decir que no era evadir el rechazo de mi propia gente. Decir que no era impedir aquellas calumnias. Decir que no era evitar tragarse las lágrimas ante las frecuentes miradas de burla y desprecio.

Aquel hombre, de mirada dulce, esperaba mi respuesta mientras tiritaba en su presencia. ¿Se habrá dado cuenta de mis dudas? No lo sé. Es probable. Con violento temblor me lancé al abismo, confiando en las manos que me sostendrían: “*He aquí a la sierva del señor, hágase conmigo conforme a tu palabra*”

Así fue, amiga mía, como le dije no a la sangre del mes que viene.

ANDREA ALVES

Uruguay

Facebook: <https://www.facebook.com/andrea.alvesdiniz>



NOS VEREMOS DESPUÉS

ADRIÁN GARCÍA
CHOLBI

Si había algo que a Rodrigo Massimo Gutiérrez le hacía ilusión desde que empezara a trabajar en una fábrica azulejera, allá por el año 1960, era abrir un pequeño negocio con el que sentirse realizado hasta que sus últimos días le saludaran con el color negro de los funerales. Pero no un negocio cualquiera, sino uno que le enriqueciese la mente durante sus ratos libres, y que llenase de saber a quienes fueran a visitarlo. Uno que fuese tranquilo, que no le diese las gracias al estrés o a las prisas. Porque de eso sabía ya mucho, Rodrigo. Como buen amigo de las letras desde su juventud, aceptó las tareas alienantes de la fábrica, pero a cambio de que, al jubilarse, debía tener su propia librería.

Pero sin pretensiones. Una librería pequeña, de libros de segunda mano, de esos que, como él, acumulasen el polvo de los años.

—¡Me alegro de que por fin lo hayas conseguido, truhán!

Las palabras de Pedro, el dueño del bar Cantina de Oro y amigo de toda la vida, le regocijaron tanto como la cerveza fría sin alcohol que tenía sobre la barra.

—Gracias, compadre. Ya sabes lo que significa para mí. Mañana es la inauguración. Vendrás, ¿verdad?

—Cuenta con ello, camarada —le prometió Pedro, con una de esas sonrisas que sirven como acta notarial de lo que uno dice—. Supongo que María estará feliz.

—¡Más feliz que yo! —aseguró Rodrigo, provocándole la risa a su amigo.

María era la esposa de Rodrigo. Tenían la misma edad, sesenta y cinco años. Llevaban casados desde los veintitrés, y no había día que pasase sin que el recién jubilado le diese gracias a la Virgen y a Dios por haberse tropezado con ella en el parque, como por casualidad (si es que esto existía), hacía ya tanto tiempo. Aquella vez que la vio, aparentemente tan lejana ya, le hizo caer media docena de pasteles que acababa de comprar, y recibió los reproches por ello. A menudo se decía que quizá por eso acabaron enamorados; una relación que empezaba con mal pie, amenazaba con ser capaz de superar todas las dificultades.

Al día siguiente por la mañana abrieron la librería. No es que hubiese mucha gente celebrando que al fin se subía la persiana: el amigo de los dos, Pedro, el dueño del bar, fiel a su palabra, y tres vecinos; Juan, el pescadero; Ramón, el mecánico; y Rosita, la peluquera. Sus tres hijos trabajaban lejos, en grandes ciudades, y no les fue posible ser testigos del que debía ser uno de los momentos más importantes de sus padres. Pero las navidades se acercaban, así que pronto les tendrían en casa, y entonces

podrían hablarles de lo mucho que disfrutaron del primer día de la Nube de Letras, y de todos los que vendrían.

La verdad es que el trabajo de los últimos meses había valido la pena. Se habían roto los cascos buscando el local perfecto, y lo habían encontrado. Habían movido cielo y tierra para conseguir los libros que llenasen las estanterías, y ahora contemplaban con una copa de champagne aquellos lomos tantas veces manoseados, expectantes por recibir una segunda oportunidad. O puede que una tercera, o una cuarta. Eso era lo de menos.

—¡Vaya si la has hecho buena, Rodrigo! —bromeó Juan, el pescadero, mientras alzaba su copa llena con el líquido espumoso. La ocasión bien merecía tomar un poco de alcohol chispeante a esas horas tempranas de la mañana.

—Y lo que nos queda —respondió Rodrigo, alzándola también, y rodeando con su brazo derecho los hombros de su querida María, que soltó una breve carcajada.

Porque siempre que alguien hablaba de los logros de él, Rodrigo incluía a su esposa con un “nosotros”, pues no había más logro que el tenerla cerca cada día, y que los suyos eran de los dos pero de nadie más.

Eran pocos, pero suficientes, en aquella fiesta breve que terminó de prisa porque Pedro tenía que ir a abrir el bar (ya lo había retrasado para cumplir su promesa) y los demás debían también atender las obligaciones de sus respectivas profesiones.

—Seguro que ahora todos te envidian —le susurró María mientras le guiñaba un ojo cuando se quedaron solos.

—Me envidian desde que me casé contigo.

María volvió a reír, pero no quiso seguirle el juego, no fuera a confiarse ese viejo galán después de tantos años.

—Me refiero a que eres el primero de todos ellos que se ha jubilado. Ahora dispondremos de todo el tiempo que nos faltó cuando éramos jóvenes.

—¿Es que ya no somos jóvenes? —le preguntó Rodrigo, mientras se acercaba y le rodeaba la cintura.

—¡Ay! Tú siempre con tus cosas de bohemio.

—Pero tienes razón. Ahora tendremos más tiempo, y también la sabiduría que nos faltaba en los años pasados. ¡Pero no te quejes de que soy bohemio! Mira dónde estás tú también. ¿No es este un rincón lleno de sueños?

María le dio un beso breve en los labios. Siempre con aquellas ideas tan ajenas a nuestro tiempo, aquel anciano dulce y cariñoso.

—Será mejor que te tranquilices. Ahí viene nuestro primer cliente.

Rodrigo vio que su esposa tenía razón, así que se separó de ella.

Acababa de entrar un hombre de no más de treinta y cinco años que ni siquiera se fijó en la pareja de detrás del mostrador. Aparentaba la sencillez de un hombre de campo, como la mayoría en aquel pueblo pequeño en el que los bancos y las oficinas eran especies de animales en peligro de extinción. Su piel estaba curtida por horas de azada, de abrir surcos en la tierra y recoger los frutos de las cosechas.

Paseaba su mirada por los libros con aire distraído, sin detener los ojos en ningún título en concreto. Era como si hubiese llegado allí sin proponérselo, daba la sensación de que le habían obligado a entrar en un mundo que no era el suyo. Aun así Rodrigo estaba contento: no hacía ni media hora que habían abierto y Nube de Letras ya acogía a un posible comprador. ¿Qué más se le podía pedir al inicio de una mañana de lunes?

Mientras aquel hombre se paseaba por la tienda de sus amores, Rodrigo le miraba ansioso, esperando que cogiese uno de sus pequeños huérfanos de papel, aunque solo leyera el resumen de la contraportada y luego lo dejase en su sitio. Tenía ganas de que unas manos tocasen la primera encuadernación, de que una nariz oliese el aroma de unas páginas al pasar, y que unos dedos ávidos acariciasen los bordes rugosos de unos volúmenes que tantas décadas habían visto pasar.

Entonces sintió la mano de María posarse sobre la suya.

—Será mejor que vaya ahora a hacer la compra.

—¿No puede ser después? —le preguntó Rodrigo, alarmado—. Te perderás la primera adopción. Se llevarán a nuestro primer bebé y no estarás aquí para verlo.

María volvió a reír. Esa era una de las cosas que le hizo enamorarse de ella: siempre se reía.

—Qué sentimental estás hecho, hablando de nuestros libros como si fueran seres humanos. Es que será mejor que vaya ahora, no sea que después esto se llene de gente y no esté aquí para echarle una mano —le guiñó un ojo.

—Pero es que la primera compra será especial. Si te lo cuento no será lo mismo.

—Tranquilo, que nos veremos después. No tardaré nada, ni siquiera tendrás

tiempo de echarme de menos y ya estaré aquí de nuevo. Vamos a pasar muchas horas aquí, ya verás como pronto desearás que me vaya a hacer la compra más a menudo.

Rodrigo suspiró, resignado.

—Está bien. ¡Pero cuando te lo cuente no te hagas la arrepentida!

—Te prometo que eso no pasará.

María le dio otro beso y le soltó la mano, y mientras se dirigía a la puerta Rodrigo no dejó de mirarla. Detestaba las despedidas, aunque estas fueran breves; las despedidas eran como soltar una pluma que no sabes cuándo va a dejar de caer, y si esta pluma se llamaba María, más liviana se volvía y más lejos se encontraba el suelo.

Ya se había cerrado la puerta y solos estaban, él y el cliente, que no dejaba de andar. Pero entonces se acercó al mostrador. Rodrigo se fijó en que llevaba las dos manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, quizás por el frío, aunque tenían la calefacción encendida.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No quiero su ayuda. Lo que quiero es el dinero de la caja.

No esperaba esa respuesta. Al escucharla se estremeció, pero supuso que se trataría de una broma, porque era el primer día de la librería y allí no había ni un céntimo al que echarle mano.

—Disculpe. Me suena su cara. Usted es Alberto, el hijo de Pascual, el que tiene los manzanos en las afueras, ¿verdad?

Pareció como si las palabras de Rodrigo terminasen de poner nervioso al visitante, quien al verse reconocido dio la sensación de que empezaba a temblar.

—No diga tonterías. Usted no me conoce —y al decir esto sacó una navaja de su bolsillo derecho, una de esas automáticas, y le apuntó al vientre—. Venga, no haga ninguna estupidez. ¡Saque el dinero!

—No es por desilusionarle. Pero no tengo lo que busca. Acabo de inaugurar la tienda, aún no he vendido ni un libro. Y no es ninguna tontería: usted es Alberto, el hijo de Pascual —insistió Rodrigo, con una serenidad que no era más que el reflejo de unos principios morales pulidos con la edad—. Vamos, guarde esa navaja. No va a conseguir nada con eso.

Los demonios se apoderaron de la cara del asaltante, y cuando Rodrigo quiso darse cuenta ya había dado la vuelta al mostrador y lo tenía a su lado. Estaba fuera de

sí. Ni siquiera pudo hacer ademán de defenderse cuando ya tenía la hoja del arma blanca incrustada en un riñón, y luego, hasta en tres ocasiones, en otros tres puntos vitales más.

Mientras caía con las manos tratando de taparse las heridas, vio con impotencia cómo el que debía ser su primer cliente abría de un golpe la caja registradora, y se marchaba corriendo, enfadado al comprobar que el dueño de la librería no había mentido.

En el momento en que Rodrigo Massimo Gutiérrez empezaba a perder el conocimiento, acudieron a él dos ideas como dos verdades, si es que las verdades existen, que fueron lo último que se llevó al cielo en su pesada mochila cargada con años de experiencias: que su amada María había tenido suerte de no estar allí cuando el demonio poseyó a Alberto, el hijo de Pascual, a pesar de su insistencia para que se quedara, y que nunca se debe decir aquello de “nos veremos después”, porque la certeza nadie la tiene, y menos sobre cuándo será la última vez que haremos algo o estaremos con aquellos a quienes queremos.

Cuando María encontró a su marido, veinte minutos después, pensó justo lo contrario: que debía haberle hecho caso, no haberse ido, que al menos podría haber tenido la oportunidad de marcharse con él, pero, ¿cómo iba a saberlo ella? Al menos había estado enamorada cuarenta y dos años, y lo seguiría estando hasta que muriese; le quedaba ese consuelo.

ADRIÁN GARCÍA CHOLBI

España

Facebook: [Adrián García Cholbi](#)

Instagram: [adriangarciacholbi](#)

Blog: [elcontinentehundido.blogspot.com](#)



EL CONTENEDOR

CARMEN GÓMEZ

BARCELÓ

C-44 era feliz. Tenía sólo diez años pero los chicos de diez años de 2020 nacían ya con hambre de saber y aprendían rápido. Sus ojos, abiertos de par en par, apenas pestañeaban pues su curiosidad ante cualquier cosa que la luz dejara ver, o que se pudiera percibir de alguna forma era para ellos motivo de preguntas constantes.

C-44 no era diferente a otros niños. Aunque no se parecía en nada a sus hermanas, su vida con ellas era maravillosa. Era el pequeño de la familia y se podría decir que el más mimado, ya que su madre se ocupaba expresamente de sus cuidados para que estuviese bien alimentado y no sufriese enfermedades. Las revisiones médicas eran periódicas y los resultados de estas, almacenados en una carpeta azul.

Cada vez que Carol —la madre de C-44— guardaba los papeles del hospital en la carpeta, el chico veía en la cabecera de todos los informes, una fecha: 14 Marzo 2024. La pregunta siempre era la misma: —¿por qué esa fecha mamá? —Y a continuación la misma respuesta: —Cosas de mayores, no te preocupes y vete a jugar.

Los días transcurrían entre el colegio, los deberes y los juegos entre los niños. Aunque C-44 sólo tenía diez años, su corazoncito empezaba a preocuparse por las chicas, especialmente por Marina. Ella vivía justamente dos casas a la derecha de la suya y como estaban en la misma clase, muchas tardes, acordaban hacer juntos las tareas escolares. Al muchacho no le importaba explicar una y otra vez los problemas de Matemáticas a su compañera. La tarde se le hacía corta y cuando cruzaba el portal para regresar a su casa, ya estaba deseando volver a ver de nuevo los ojillos color miel que aparecían detrás de esa gafitas con montura roja de Marina.

Una vez en casa, como cada noche, se sentaba junto a sus hermanas alrededor de la mesa blanca de la cocina, para cenar. Una vez que su madre había servido la comida a los niños, preparaba una bandeja de madera para llevarle la cena a Fernando, el padre de los chicos. El menú de Fernando no tenía primer plato, ni segundo, ni tercero, ni postre, sólo bebida. La bebida estaba ocupando un gran bote del que salía un tubito largo y flexible terminado en una gran aguja.

—Vamos chicos, id cenando mientras atiendo a papá. —Les decía Carol a sus hijos.

Era 14 de Marzo de 2024. C-44 se dirigía con su madre, como todos los años a la revisión médica en el hospital. Esta vez en vez de ir como siempre en el coche de mamá, iban en una ambulancia junto a su padre, cosa que extrañó un poco al chico

pero no le dio mayor importancia. Al entrar por la puerta de la clínica, un celador arrancó literalmente al chico de la mano de su madre. —Es mejor así —dijo el hombre a Carol. C-44 vio en su madre una expresión que no conocía en ella, porque en su padre, sí que era habitual esa mirada.

El celador le llevó de la mano hasta un lugar frío. Allí estaban muchos médicos con batas verdes que no le hablaban como otras veces, sólo leían una y otra vez los papeles de la carpeta azul que guardaba su madre en su casa. Al poco apareció una camilla con alguien que aunque no podía verlo muy bien le pareció que era su padre y que los médicos sí saludaron con júbilo diciéndole: —ya se te van a acabar los problemas, amigo. El día ha llegado. Te ha costado mantener vivo al sujeto contenedor catorce años, pero te habrá merecido la pena.

C-44 estaba empezando a comprender muchas cosas. En ese momento notó como le clavarón una aguja en su brazo y empezó a nublársele la vista. Pensó en sus hermanas, en las gafitas de Marina y le pareció oír el llanto de su madre, lo que le reconfortó.

CARMEN GÓMEZ BARCELÓ
España

Twitter: [@BarceloGomez](https://twitter.com/BarceloGomez)

Facebook: [Carmen Gomez Barcelo](https://www.facebook.com/Carmen-Gomez-Barcelo)



EL P. URBANO

ALBERTO ALLEN

DEL CAMPO

No tenía futuro, tampoco tenía pasado. Él se había encargado de olvidar, vivía el presente. Le llamaban desde los pueblos hasta las grandes ciudades, mucha gente le buscaba, unos para darle trabajo y otros para quitárselo. No trabajaba por dinero, hacía intercambio justo, así lo llamaba. Su trabajo, por un lecho, comida y algo de conversación.

Era un mero peón en este gran tablero de ajedrez que es la vida. Sabía que no podía cambiar el mundo y luchaba porque el mundo no lo cambiara a él.

Nunca estaba más de una semana en un mismo lugar y todo su equipaje cabía en una mochila.

Le habían encargado un trabajo en un Barakaldo industrializado, negro por el humo de sus fábricas y negro también por el futuro de sus gentes, corría el año 1979.

Se había levantado tarde, porque tarde se acostó. Fue una conversación entretenida, con el grupo de amigos que le daba techo. Salieron a pasear en busca del lugar adecuado para ejecutar su propósito. Tenían que observar las posibles vías de escape, lo concurrido del lugar y detalles que para él eran cruciales, era el mejor en su trabajo. Lo buscaban por todo el estado, no sabían su nombre y menos su aspecto. Lo único que conocían de él, era su firma, una A mayúscula encerrada dentro de un círculo. Los anarquistas enseguida lo enrolaron en sus filas, a él le daba igual, si eso le servía para que más gente le ayudara, mejor.

Siempre trabajaba solo en la oscuridad de la noche, de la cual se hizo amigo y esta le susurraba con sus brisas cuán oscura sería.

Habían esperado a la noche víspera de todos los santos. Salió a la calle sobre medianoche, vestía de negro con gorro a juego y a su espalda la mochila. Se dirigió al lugar elegido, la tapia del cementerio. Esperó unos minutos y fue hacia ella. En un abrir y cerrar de ojos sacó los sprays y trazó las líneas maestras que dirigirían el devenir del grafiti. Los temas los tenía claros, elecciones, amoníaco, crisis industrial y estatuto. Quería reflejar todo en su dibujo con colores muy vivos. Después de dos horas ya lo tenía terminado, solo le quedaba la firma. Él siempre firmaba en rojo, su color preferido. Cogió el spray de ese color, lo agitó y no salió ni gota.

¡¡¡PUMMM!!!

Sonó un estruendo en la silenciosa noche. Sintió frío de repente, se tocó el costado y estaba húmedo. Miró su mano y sonrió, lo había conseguido. Puso su A dentro del círculo y se derrumbó. Llegaron hasta él cuatro policías, no dejaban de

alabar el disparo de su capitán. Este era un joven recién salido de la academia, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Al llegar al cuerpo inmóvil, justo estaba enfrente del gran dibujo. Su semblante cambió, asombrado por tan bella obra. Me pareció ver asomar una lágrima, a la cual no dejó resbalar.

ALBERTO ALLEN DEL CAMPO
España



**ANTES QUE
LLEGUE LA
PRIMAVERA**
JOSÉ A. GARCÍA

Se lo prometió a sí mismo luego de que aquello, lo que no debe ser nombrado, ni recordado, ni siquiera soñado, sucediera: la ciudad no volvería a disfrutar de la primavera. Lo había decidido, la estación estaba prohibida.

Tras largas semanas pensando cuál sería la mejor manera de lograr que su plan tuviera efecto sobre cada uno de los que habitaban, se percató de que era más sencillo de lo que parecía. Para abolir la primavera, lo mejor sería talar los árboles de las aceras de la ciudad. Todos y cada uno de ellos, del primero al último, del más joven al más longevo. Contaba, además, con lo necesario para hacerlo: su nueva hacha recientemente afilada, los conocimientos adquiridos de los tutoriales de youtube, y el amparo de la noche. ¿Qué podría salir mal?

El tiempo era el ideal. Apenas comenzaba el otoño, por lo que las noches se volvían cada vez más frías y largas, habría más horas de oscuridad y menos personas deambulando por las calles, ocultas en sus hogares ansiando el retorno de las noches de calor y juerga. Recordando esas noches de primavera que ya no se repetirían.

A lo largo de cada noche descargó su malestar, su odio, su desesperación junto con el desprecio recibido a lo largo de los últimos años. La primera semana apenas sí podía con uno o dos de los más añosos árboles de la ciudad antes de que despuntara el día. Recuperarse, para repetir la faena, le tomaba el día completo.

Su cuerpo comenzó a cambiar. Tanto esfuerzo, tanto ejercicio, se entiende, fortaleció sus músculos y quemó grasas acumuladas en lugares que una persona normal ni siquiera sabe de su existencia. Sus brazos se volvieron fuertes y expertos leñadores; ya no se demoraba tanto en cada árbol y podía, en una noche, acabar con media docena de ellos sin perder el aliento.

El misterio del talador nocturno nunca se aclaraba. Siempre se decidía por atacar en lugares extremos de la ciudad, para que no pudieran atraparlo quienes esperaban verlo en los mismos sitios en los que se entretuviera la noche anterior. No resultaba fácil luego de dos meses de empeño, pero continuaba adelante, esperando no ser detenido antes de cumplir con su cometido.

Surgieron imitadores, como no podía ser de otro modo. Pero no hacían lo mismo que él y era fácil reconocerlos. Algunos recurrían al fuego, otros ataban sus vehículos a los troncos más gruesos de los árboles y pretendían arrancarlos de cuajo. Las autoridades se entretenían con esos pobres diablos mientras que a él lo dejaban

tranquilo; sabían reconocer a quiénes era posible enfrentar y quién era el verdadero peligro.

Arreció el invierno, las noches gélidas y tormentosas no hicieron mella en su decisión. Continuó adelante incluso ante el anuncio de posibles nevadas, que nunca llegaban a concretarse y que no eran otra cosa que un intento de las autoridades por obligarlo a detenerse ante las inclemencias del frío.

Nada le importaba. La ciudad lucía un poco menos habitada cada mañana, mientras retiraban los árboles muertos, las ramas partidas, los nidos abandonados y destrozados de los pájaros huidos. La tristeza se expandía a cada rincón de la cuadrícula mientras en él, algo similar a la alegría comenzaba a crecer en lo más profundo de su ser sin aún dejarse reconocer.

El tiempo apremiaba. Las semanas pasaban una detrás de la otra y en el calendario se acercaba irremediablemente la primavera. Comenzó a trabajar más rápido, las noches comenzaban a acortarse y los parques céntricos de la ciudad se encontraban fuertemente custodiados por la policía y la gente que se rebelaba ante tanta matanza sin sentido (¿Pero tiene sentido alguna matanza?).

Sus brazos ardían, su corazón latía como una locomotora desbocada, el alba en que se dio cuenta que, una vez más, había fracasado.

Con el sudor nublándole la vista, el cabello apelmazado sobre la frente, la ropa pegada a su fibroso cuerpo, contempló el amanecer y, por sobre los rayos del nuevo sol, el último jacarandá de la ciudad floreció delante de sus ojos.

Arrojó el hacha a un costado con furia y resignación y, con los hombros caídos y la mirada baja, emprendió el regreso final a su hogar. Algo que le resultaba sumamente familiar le ardía en los ojos. La primavera había triunfado una vez más.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB: www.proyectoazucar.com.ar



UNA CRÓNICA DE
COLECCIÓN
OSVALDO VILLALBA

Para ser cronista hay que salir...
...para practicar la crónica el genio
está en los zapatos.
Héctor Abad Faciolince

S eis meses habían pasado desde que el director de la revista de actualidad donde trabajaba le dijo que dejarían de publicar la sección “Noticias Insólitas” que lo había tenido como cronista los últimos diez años. Le explicó que ya la gente había perdido interés en las notas escritas, que ahora la televisión por cable y las publicaciones en internet lideraban esa franja. Julio entendió que, tal vez por compasión, o por la amistad que los unía en tantos años de trabajo compartido, no había podido decirle que ya estaba viejo y que sus crónicas no despertaban el más mínimo interés. De todos modos, pensó, ya estaba en edad de jubilarse, por lo que, ahora que los trámites salen rápido, aún desocupado, podría seguir pagando el alquiler del monoambiente de la calle Guardia Vieja.

—Igual, si alguna vez tenés una nota que considerás válida, llamame —le había dicho cuando se despidieron con un abrazo.

Su vida, ahora, transcurría entre los partidos de ajedrez con otros jubilados en la plaza Almagro y las recorridas por las mesas de saldos de las librerías de la calle Corrientes.

Fue en uno de esos reñidos encuentros ajedrecísticos que, como al pasar, alguien mencionó algo sobre el coleccionista de calaveras.

—Carabelas —le corrigió Julio— prototipos de barcos antiguos, habrás querido decir.

—¡No! —dijo el otro marcando las sílabas— ca—la—ve—ras, cráneos humanos.

La alarma de su instinto periodístico se disparó al instante.

—¡Contame más! —le insistió

—¡Eso nada más! Mi hermana me dijo que lo escuchó en la peluquería.

—¡Por favor! ¡Preguntale! Conseguime la dirección.

Una semana después el hombre se le trajo con la advertencia de que iba a ser difícil que lo recibiera. Ahora se encontraba frente a la casa, corroborando el número que tenía en el papelito. Era una casa antigua, con mármoles de color bordó y puerta de hierro forjado de dos hojas. La ventana, a la derecha de la puerta, tenía una reja labrada simulando ramas con hojas pequeñas y flores.

Tocó el timbre y esperó. Por el portero eléctrico, una voz de hombre dijo:

—¿Quién es?

—Buenas tardes señor. Soy Julio Figueredo. Soy periodista y quisiera que me diera unos minutos de su tiempo.

—¿Periodista? ¿Y para qué quiere verme?

—Quiero hacerle un reportaje sobre su colección.

—¿Colección? ¿De dónde saca que yo tengo una colección?

—Mire, usted sabe, los periodistas no podemos revelar nuestras fuentes, pero yo le garantizo la mayor seriedad en el reportaje.

—Aguarde —fue su lacónica respuesta.

Unos minutos después, abría una de las hojas de la puerta un hombrecito delgado, bajo, calvo, de tez muy pálida y ojos hundidos.

Julio le tendió su mano.

—Mucho gusto, ¿señor...?

—Llámeme Ciro.

—Señor Ciro. Como le dije me llamo Julio Figueredo, y trabajo para la revista Porteña —mintió Julio— y queríamos hacerle una nota referente a su colección de cráneos. Por supuesto que publicaremos sólo lo que usted nos autorice —agregó tratando de ganarse su confianza.

El hombrecito pensó un momento y luego, apartándose de la puerta, le hizo seña para que entre. Pasaron a un hall pequeño, transpusieron una puerta cancel de dos hojas y vidrios protegidos por cortinas con angelitos. Ingresaron a un ancho living, en el que resaltaba un juego de sillones de pana, sobre una mullida alfombra, por sobre el resto del mobiliario. Una araña con caireles de cristal y escudos de armas sobre las paredes, daban al ambiente un aire colonial.

Ciro le señaló el sillón grande y él se sentó en uno de los sillones de un cuerpo.

—Bueno —le dijo usando un tono amable por primera vez— Veo que usted, Julio, ¿no?, sabe de mí muchas cosas. Déjeme a mí, ahora, saber algo de usted. ¿Dónde queda la revista que mencionó? ¿Con que frecuencia sale?

—La redacción funciona en un departamento en el barrio de Once —inventó Julio rápidamente—. La publicación es mensual. Esta nota, seguramente, se publicará el mes que viene, o el próximo.

—¿Y por qué le interesa esta colección? —volvió a preguntar Ciro.

—Porque es bastante insólita. Tengo curiosidad por saber cuál es el hilo conductor entre las diferentes piezas. Cómo las obtiene. Qué busca con cada una. ¿Puedo sacar fotos?

—¡No! ¡Nada de fotos! —respondió el hombre enfáticamente— No quiero arriesgarme a que su mujer o sus hijos las suban a la web. ¿Tiene hijos, no?

—No, no tengo hijos. Soy viudo hace muchos años. Solo las usaría como ayuda memoria cuando escriba la crónica.

—Igual, alguien que comparta su casa podría acceder a ellas.

—¡Tranquilo Ciro! Vivo solo. Igual, está bien, no voy a sacar fotos.

—Le creo. —dijo Ciro con una sonrisa mientras se incorporaba— Pero, por favor... ¡Deje el celular aquí! Pasemos.

Julio se paró y lo siguió. Salieron por una puerta lateral a un patio lleno de macetones con helechos, jazmines y otras plantas que no pudo identificar. Sobre la derecha se veían varias puertas con grandes postigos metálicos, también de dos hojas, todos cerrados. Al final del patio, de frente, estaban la cocina y el baño, que Julio identificó porque sus puertas estaban abiertas. A la derecha del baño, se veía una placa de madera en el suelo, con una manija de hierro. Ciro tiró de ella y levantó la tapa sobre la pared, dejando al descubierto una escalera de madera. Bajó unos escalones y encendió la luz. Julio bajó detrás de él. Una vez abajo pudo ver que el sótano era amplio. La bombita daba una luz tenue, dándole al escenario un aspecto sobrecogedor. Desde las estanterías, dentro de cajas de vidrio o de acrílico, montones de órbitas vacías parecía que “lo miraban”. Un frío le corrió por la espalda. Se sobrepuso y se acercó a la primera estantería.

—Cada caja tiene una etiqueta, con la descripción de su antiguo poseedor y el año del deceso —explicó Ciro—. Por respeto, la identidad no está revelada. Sólo su profesión o actividad más saliente. ¡Ah! Y hay sólo una pieza por característica. No se repiten.

Julio comenzó a leer algunas y comprendió lo que el hombre le había dicho: “Médico de Villa Crespo—1975; Abogado de Balvanera—1987; Jerarca Nazi de Bariloche—1968; Asesino serial de Mar del Plata—1981; Cacique Mapuche de Neuquén—1996”. Sobre este último, Ciro le hizo notar que conservaba todas sus piezas dentarias.

—¿Cómo consiguió cada una? —le preguntó al hombrecito

—Los periodistas no revelan sus fuentes. Los coleccionistas no revelamos nuestros proveedores —le respondió sonriendo— Tengo amigos en algunos cementerios y en hospitales también.

Siguió recorriendo las estanterías. Una sensación que no lograba plasmar en palabras daba vueltas por su cabeza. Cuando llegó a la última viga, sobre la pared del fondo, una puertita de no más de setenta centímetros, cerrada con pasador y candado.

—¿Qué hay detrás de esta puerta? —preguntó Julio.

—¡Ah! ¡Ahí no se puede pasar! ¡Esa es mi colección exclusiva! No la comparto.

—¡Vamos Don Ciro! ¡Por favor! ¡Ya llegué hasta acá! ¡No me va a dejar rengo!
—Insistió Julio.

El hombre pensó un momento y sacudiendo su cabeza de un lado al otro, con resignación, sacó una llave de su bolsillo, abrió el candado, corrió el pasador, encendió una llave de luz que se encontraba a la derecha de la puerta, la abrió y, con un ademán, le hizo señal que ingresara. Julio se agachó, pasó por la puerta y, cuando se estaba incorporando del lado de adentro, junto con el golpe de la puerta al cerrarse, el pasador deslizándose y el clic del candado, el flash relampagueó en su cerebro: ¡no había un periodista en la colección!

OSVALDO VILLALBA

Argentina

Blog: www.osvaldoevillalba.blogspot.com.ar



VOCES

EMILIO PAZ PANANA

El cementerio y la biblioteca tienen muchas similitudes. En ambos, hay voces que hablan desde el más allá. En el cementerio se encuentran los cánticos de doncellas dejadas en el altar, de niños que no tuvieron tiempo de jugar, de hombres que perdieron alguna apuesta y de ancianos olvidados debajo de las bases de un puente de hierro. En la biblioteca, en cambio, persisten los gritos de los poetas, las lánguidas noches de diálogo de los cortesanos, los gemidos de las parejas teniendo sexo y algún pusilánime graznido de cuervo negro. Ambos aposentos sirven de capilla ardiente para los cadáveres de los elefantes que recorren las calles de papel de esta tétrica ciudad.

Y yo, mirando el espectáculo, comienzo a indagar por el origen de esta fiesta. La algarabía de una vida que no merecía ser vivida, que se cierne sobre las cabezas de los vivos y que deambulan sin esperar que la muerte los visite.

En ocasiones, la muerte no avisa y nos agarra de improviso. Así no podemos elegir qué ropa llevar al infierno (o el destino que nos depare Dios). Es una injusticia no recibir un aviso para recibir bien a nuestro huésped que siempre sonríe. Porque la muerte revela su osamenta que siempre nos regala una pícara sonrisa. De todas formas, es una visita corta. Llega, se acomoda y nos da la mano. Nos lleva lejos y no tenemos tiempo de regresar para dejar todo listo. Siempre es lo mismo.

Tengo veinte años esperando a la muerte. Siempre trato de tener la mejor ropa posible. Pero es complicado elegir una buena prenda en estos tiempos de crisis. Pero no importa, siempre habrá algo bueno que usar, al menos debe estar limpio. Me tomo el gusto de tener todo arreglado, cada parte de mi cuarto debe tener sus objetos en orden. La mesa de noche, el escritorio, el armario; todo debe estar acomodado. No quiero dejar trabajo pendiente. Es bueno estar preparado para la muerte y concibo que estos veinte años de espera lo están valiendo. Siempre me tomo la molestia de conversar con algún buen libro. Ya sea “El idiota” de Dostoyevski o “La peste” de Camus. Cuando acabo las lecturas, me gusta visitar el cementerio y dejar flores en las tumbas de mis abuelos y de mis padres. Ellos se han adelantado por muchos años y debo conformarme con visitarlos, hablarles constantemente, aunque ellos no me respondan.

Me han dicho que, a las tres de la mañana, los muertos se despiertan y comienzan a hablar. Es una pena que a esa hora me encuentre entre los mundos de los sueños y de las pesadillas. De todas formas, y aunque despierte, el cementerio siempre

está cerrado a esa hora.

Hay días que me tropiezo con la esperanza de escucharlos, especialmente el primero de noviembre, pero siempre hay un bullicio intolerable por parte de los mercaderes de flores. Debo conformarme con ir a la biblioteca municipal y dejar que el silencio aplaque mis iras. Una lectura de las “Cartas a Theo” siempre cae bien. A veces, me identifico con Van Gogh y su deseo de ser amado. Pero soy muy cobarde para apuntarme con una pistola y adelantar la partida. Debo esperar a que la muerte llegue y, posteriormente, saber si las obras que he dejado en algún momento permitirán que mi voz siga vigente. Porque es necesario que las voces sigan, así no siga el cuerpo (o el alma, no imagino una vida más allá de esta, así me lo hayan hecho entender en la catequesis). Es un imperativo categórico —siempre me creí discípulo de Kant— que la vida humana debe dejar un legado.

Por ello, quería estar listo para cuando la muerte llegue. Pero esta demora en llegar, ya están pasando tantos años y todos van muriendo. Me estoy quedando solo, con la rutina sobre la espalda, mirando la procesión de elefantes desde mi ventana.

Imagino que el mundo entenderá sobre mí y sobre mi deseo de morir. ¿Qué más podemos esperar en esta vida? Es una pieza de la “Rayuela”, una pieza que se entiende de arriba y de abajo, del frente y del entripado. Nuestra vida es un laberinto donde los cuerpos se alejan y las almas se reclaman. En otras ocasiones, es un sendero que apunta alto, como una flecha que apunta hacia el sol. Pero la vida de cada uno es un misterio, un escrito encontrado en las entrañas de Mesopotamia y que debe ser traducido por los expertos. Nuestras vidas son complejas y por ello son tan apreciadas por la muerte. Esta es coleccionista y es una de las mejores en su labor. Otra que le hace la competencia es la memoria y, posiblemente, también la soledad. Por eso hay que estar atento al tipo de voces que escuchamos para entender qué coleccionista se ha llevado la vida de un hombre.

Por ejemplo, si uno está atento, podrá escuchar que el grito de un poeta es distinto en sus dos voces: una voz es la del hombre muerto que reclama por alguna visita y la otra vez es la del autor que se encuentra sereno declamando su poema. Hay dos voces en el artista y, posiblemente, en cada hombre que deje alguna enseñanza. Una voz es la de aquel que encontró a la muerte y otro es de aquel que encontró al olvido. De todas formas, la memoria está pendiente por cazar los residuos. Siempre hay alguno que se escapa y queda atrapado por la memoria.

Por eso creo que ya dejé lo suficiente y puedo estar sereno leyendo los cantos del poeta de Florencia. No me puedo quejar, he tenido una buena vida y creo que la muerte podrá llevarse una buena presa. Soy un afortunado si me lleva la muerte, la memoria o el olvido. Cada quien tendrá algo de mí.

La muerte se llevará mi alma, la memoria se llevará mi recuerdo y el olvido se llevará mi tristeza. Pero no sé en qué momento toque que me lleven. Sigo esperando como siempre. Sigo esperando que lancen los dados y elijan quién deba llevarme. Por lo personal, que me lleve la muerte, dicen que tiene buenos temas de conversación.

Pero ninguno me visita y me quedo solo.

Lastimosamente, la soledad es la peor compañía mientras se espera por uno de ellos. Porque ni los vivos ni los muertos están solos, tampoco los libros ni los elefantes que procesionan por las calles de papel de esta tétrica ciudad.

El único solitario soy yo.

Me pregunto, ¿la muerte me conversará un poco al momento de llegar? Porque no sabré qué decir y quizá, por eso, no me quiera llevar.

Ojalá esta sea la noche que me pueda responder esa pregunta. Mientras tanto, seguiré viendo la procesión de los elefantes.

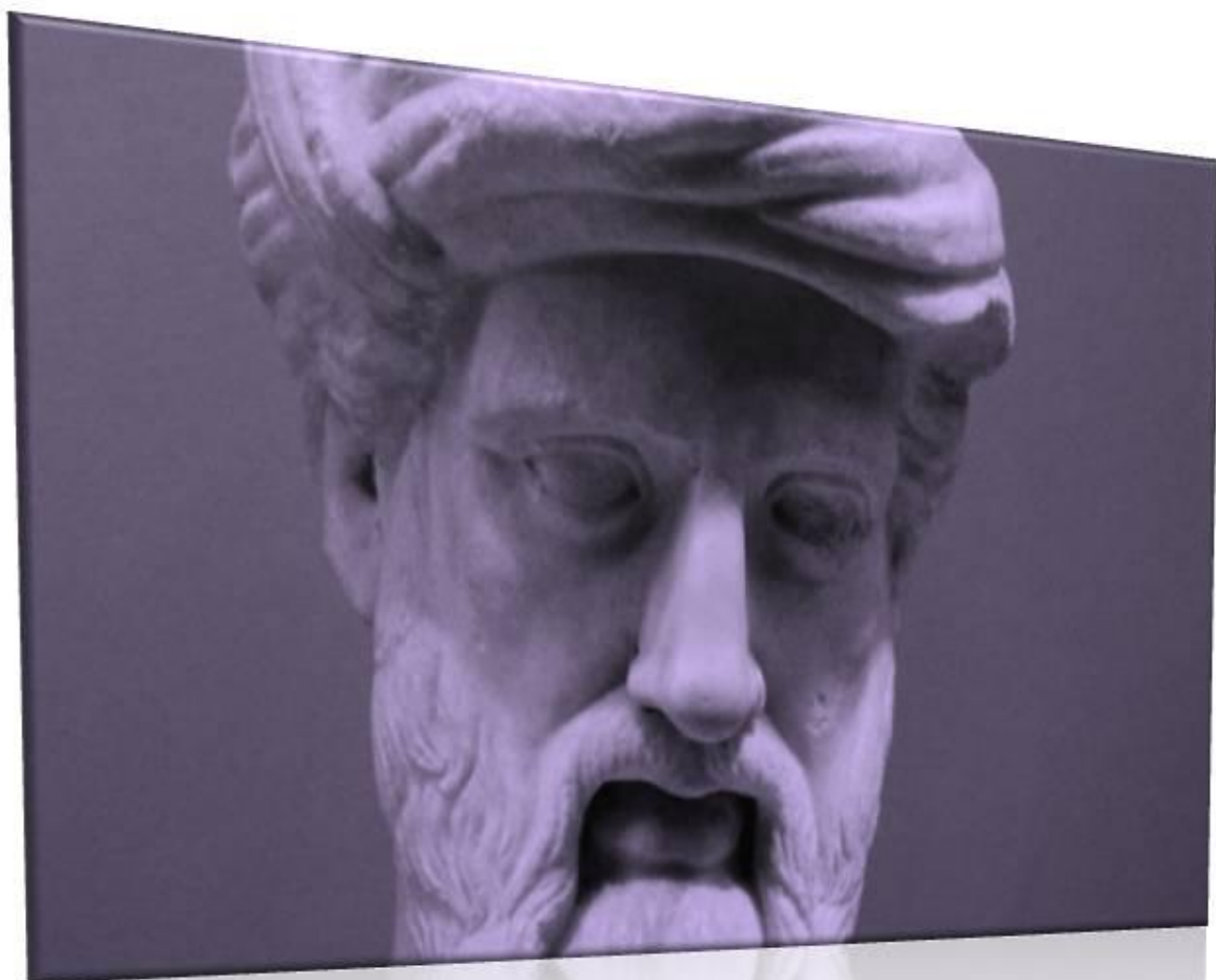
Pero la ventana se abre y un viento penetra en mi cuarto.

La voz se apagó.

EMILIO PAZ PANANA

Perú

Página WEB: El Edén de la poesía <https://edenpoetico.wordpress.com/>



ÁREAS

LISARDO SUÁREZ

Desde que Téano visita por las noches al esclavo, está de mejor humor y produce más. Tras semanas carentes de progresos, marcadas por enfados, sonrío de nuevo y avanza en su tratado sobre poliedros.

—Te quiero —dice después de la cena, justo antes de visitar al esclavo. Más tarde, cuando viene al lecho, lo susurra mientras me besa en la frente.

El esclavo no es bello, pero sí alto y fuerte; supongo que dará buenos abrazos. Es poco hábil en las tareas domésticas; pensé que lo tendría que reemplazar pronto, pero el comportamiento de Téano alteró mis planes.

El cambio es notable, muy notable. Sus disquisiciones avanzan. Me molesta que busque otra compañía. Ya no soy joven, aunque jamás he dejado de amarla.

—Te quiero —dice antes de proceder a su visita nocturna. ¿Por qué me siento así? Si todo son números, ¿cuál es el que representa mi dolor? Cuando viene a nuestro lecho, me dice que me quiere; pero añade algo más.

—Todo es número, Pitágoras. Incluso nuestro amor. —Me toca como hace mucho tiempo que no me tocaba. Respondo a sus caricias, de una forma casi olvidada.

El esclavo cada vez hace su trabajo mejor. No consigo avanzar en mis estudios. El tratado de Téano está casi terminado; me descubre, durante la cena, mirando el acceso al cuarto del esclavo.

—Te quiero —lo pronuncia con alegría y se retira. Me sirvo un poco más de vino especiado mientras pienso qué hacer.

A la mañana siguiente, trabajo varias horas en mi teorema sobre los triángulos. Estoy cerca de algo importante.

LISARDO SUÁREZ

España

Twitter: [@LisardoSuEs](https://twitter.com/LisardoSuEs)

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/list/16936998.Lisardo_Suarez



HIKIKOMORI EN LA CIUDAD DE BRAGA

VÍCTOR ANDRÉS
PARRA AVELLANEDA

El hombre en cuestión no salía de su casa desde hace treinta años. Algunos suponían razonablemente que era víctima de una grave afección psicológica, que le impedía relacionarse con la sociedad y lo obligaba a blindarse dentro de la incógnita fortaleza hogareña.

Nadie sabía cómo suplía sus necesidades básicas, tal como alimentarse o asearse. Algunos más intrépidos, invadidos por el pesimismo y el morbo, suponían crudamente que el hombre de la casa estaba muerto, y que posiblemente lo que gobernase el interior del recinto fuera una entidad fantasmagórica y pestilente de líquidos y gases cadavéricos, deambulando e inundando cada rincón con asquerosas sustancias patológicas como bacterias, gusanos y muchos hongos.

La noticia del hombre encerrado en su casa acaparó durante años la agenda de chismes que regían algunos de los más importantes diarios amarillistas de la ciudad de Braga. En total, fueron 629 encabezados de primera plana los protagonizados por el llamativo caso del incógnito agorafóbico. Digo incógnito, porque si bien su nombre y otros datos personales fueron recopilados con extrema facilidad por la policía de la ciudad, el menester de este relato no es profundizar sobre ello.

Para ahondar en los misteriosos motivos que lo llevaron al abandono de relaciones con el mundo exterior, cabe remontarnos en el tiempo y movernos de país. Treinta años antes y en la ciudad de México, el hombre que en ese entonces mantenía una vida promedio, asistió con gran emoción a una conferencia de astrobiología, impartida por el distinguido investigador Antonio Lazcano. Después de aquella excelsa ponencia de interesantes conclusiones, el hombre en sus manos portaba un libro del autor, a quien solicitó que lo autografiara. Su deseo fue cumplido y sobre el papel había sido plasmada una amena dedicatoria junto de una firma que conmemoraba el gran momento.

Invadido por la curiosidad, el protagonista ahondó en la biografía del científico, descubriendo, con gran asombro, que el investigador mexicano fue alumno del mismísimo Alexander Oparin, quien a su vez fue pupilo de un amigo de Darwin. Siguiendo esta lógica, continuó documentándose y trazando una línea a través del tiempo que relacionara a todas las personas involucradas indirectamente en la conferencia. Absorto descubrió que la esposa de Darwin, Emma Darwin recibió clases de piano por parte de Chopin, y que aquel fue compadre de Franz Liszt, que tuvo el honor a los once años de tocar frente a Beethoven, quien a su vez posiblemente

conociera a Mozart, quien estuvo enamorado en su infancia de María Antonieta, guillotizada por órdenes de los revolucionarios franceses entre los cuales se encontraba Robespierre...

Su lista no acababa, y ante ello, el hombre llegó a la conclusión de que había conocido prácticamente a todas las personas del pasado (antes de que el agotamiento lo sumiera en un profundo sueño se encontraba ya en el Imperio Romano y en el momento de la fundación de Constantinopla).

No es que fuera, según decían, antisocial; sino que era, según él, demasiado social, y merecía un descanso después de conocer a tanta gente. Un descanso de la historia, del presente y del futuro.

VÍCTOR ANDRÉS PARRA AVELLANEDA

México

Sweek: <https://sweek.com/es/profile/1105243/74088>

Soundcloud: <https://soundcloud.com/palapeto-walawala>

Instagram: <https://www.instagram.com/victorparravellaneda/>

Facebook: <https://www.facebook.com/palapeto.walawala>



RIESGOS DEL CORAZÓN

RICARDO BUGARÍN

Se ve que estaba en la habitación porque desde el fondo se oía a Olga Guillot pidiendo arráncame la vida. Siempre que se metía en su habitación y le venía la cosa, se oía a Olga Guillot pidiendo arráncame la vida. No era muy frecuente pero, cuando ocurría, aquello se volvía gris. Usted sabe como son las cosas del querer. Falta que a uno se le atraviere una idea y, ¡zas!, no se la saca con nada. El tiempo todo lo arregla, decía siempre su madre, pero parece que no le alcanzaron las horas. Entonces Olga Guillot reaparecía y desde el fondo invadía la casa.

¿Qué le pasa al tío Eduardo?, preguntaban los chicos. Está de mal de amores, respondía siempre mi viejo. El mal de amores dura como cien años entonces, protestaba el más joven. Ya vas a tener tiempo de saberlo, le decía mi viejo.

Aunque usted no lo crea, mi viejo siempre comprendía a su hermano. Tenían una unión tan entendida que, cuando nos casamos, yo también comencé a comprenderlo. Eduardo tenía sus cosas pero era buen muchacho. Tal vez el problema era que siempre miró para el lado que no era, es decir, parece que donde ponía el ojo no ponía la bala, digo para explicarme.

El asunto es que esta temporada volvimos a encontrarnos con Olga Guillot. Desde el fondo se escuchaba. Al final tuvimos que ir para ver qué pasaba, ya siete días seguidos de arráncame la vida la dejan a uno sin alma.

Mi viejo fue el que le golpeó la puerta. La Guillot seguía pidiendo arráncame la vida. Como lo noté medio indeciso, me le acerqué y juntos logramos abrir la puerta. La puerta tiene una maña que hay que conocer para alcanzar moverla y entrar al cuarto.

La piecita estaba intacta. La cama tendida, la mesita con el veladorcito, la repisa con la colección de El Tony, las cajas con los gusanitos de seda. Usted miraba y todo estaba intacto. Y ese disco negro girando ininterrumpidamente pidiendo arráncame la vida. Lo que faltaba era toda la ropa y las dos valijas que sabían estar debajo de la cama. Cortamos la música. Volvimos a cerrar la piecita. Y nos vinimos para adentro.

Esta mañana nos llegó el sobre, mire, con esta foto. ¿Ve bien? Acá está Eduardo, en el centro, soplando las velitas. Hace quince días fue su cumpleaños. Esa gente que usted ve a su alrededor, no la conocemos. Tome, mire. Si cuenta, usando la lupa, puede ver que están las ochenta y siete velitas. Y mire ahí lo que puso. Sí, esa es la letra. Puede leer bien que dice para Mecha y para mi hermano y también para los chicos. Parece que son las islas Canarias. Mire el sobre, ahí tiene al rey pegado en todas

partes. Dígame usted ¿con qué plata?, porque para ir a las Canarias hay que tener plata. Que nosotros sepamos, Eduardo tenía una pensión como nosotros. ¿Cómo voló hasta allá?, mire que de aquí, al pie de Los Andes, hasta allá hay muchos kilómetros. Y a su edad, pensamos, y con mal de amores... ¿no le parece a usted muy arriesgado?.

RICARDO BUGARÍN

Argentina

Facebook: [Ricardo Bugarin](#)



ENAMORAMIENTO VITAL CLARA GONOROWSKY

Lo amaba con fruición, era algo inevitable, un amor que superaba lo humano, sin límites.

En un principio pensó que estaba loco, cómo él se podría enamorar del oxígeno, un objeto, pero la noticia que daba cuenta de la mujer que se había enamorado y contraído enlace con una estación de tren le dictó que él no era una excepción a la regla, todo lo contrario.

Además si se comparaba a ella podía deducir que lo suyo era distinto, era algo de vida o muerte y por ese motivo él se veía en la obligación de resguardarlo para sí, era imposible compartirlo.

Para ello ideó un plan: bajó al sótano repleto de trastos viejos, los embolsó y con mucha dificultad, los acarreó a la acera. El camión de reciclado se encargaría del traslado.

Volvió al lugar y decidió sellar la claraboya, no debía quedar ninguna abertura por mínima que fuera que permitiera escapar a su enamorado, pues sabía que este era muy escurridizo. Es más, ya lo había intentado en el baño y el experimento había fallado.

La perilla de la luz estaba rota, pero no necesitaba arreglarla, aún en la oscuridad podía poseerlo.

Le gustaba permanecer en simbiosis con él, volverse dos en uno, percibirlo como parte de su ser, sentir que dentro suyo estallaba en plenitud, lo inundaba, lo desbordaba. Era ahí cuando entraba en éxtasis.

Se le había convertido en una obsesión; necesitaba su presencia las veinticuatro horas, su ausencia le significaría la muerte, pero ahora estaba seguro que ya no lo podría abandonar, quedaría por siempre resguardado en la bodega, convertida para él en un refugio.

Pero una noche a la madrugada una fuerte tempestad estalló y el granizo perforó la claraboya del sótano.

Un grito de terror percutió en la oscuridad, después, solo silencio.

La enfermera ingresó corriendo a la Unidad de Terapia Intensiva y con sólo visualizar el rostro morado de Julián, comprendió que ya no respiraba. Le hubiera gustado conocer cuál había sido su último delirio. Desconectó la manguera que le pasaba oxígeno y lo cubrió.

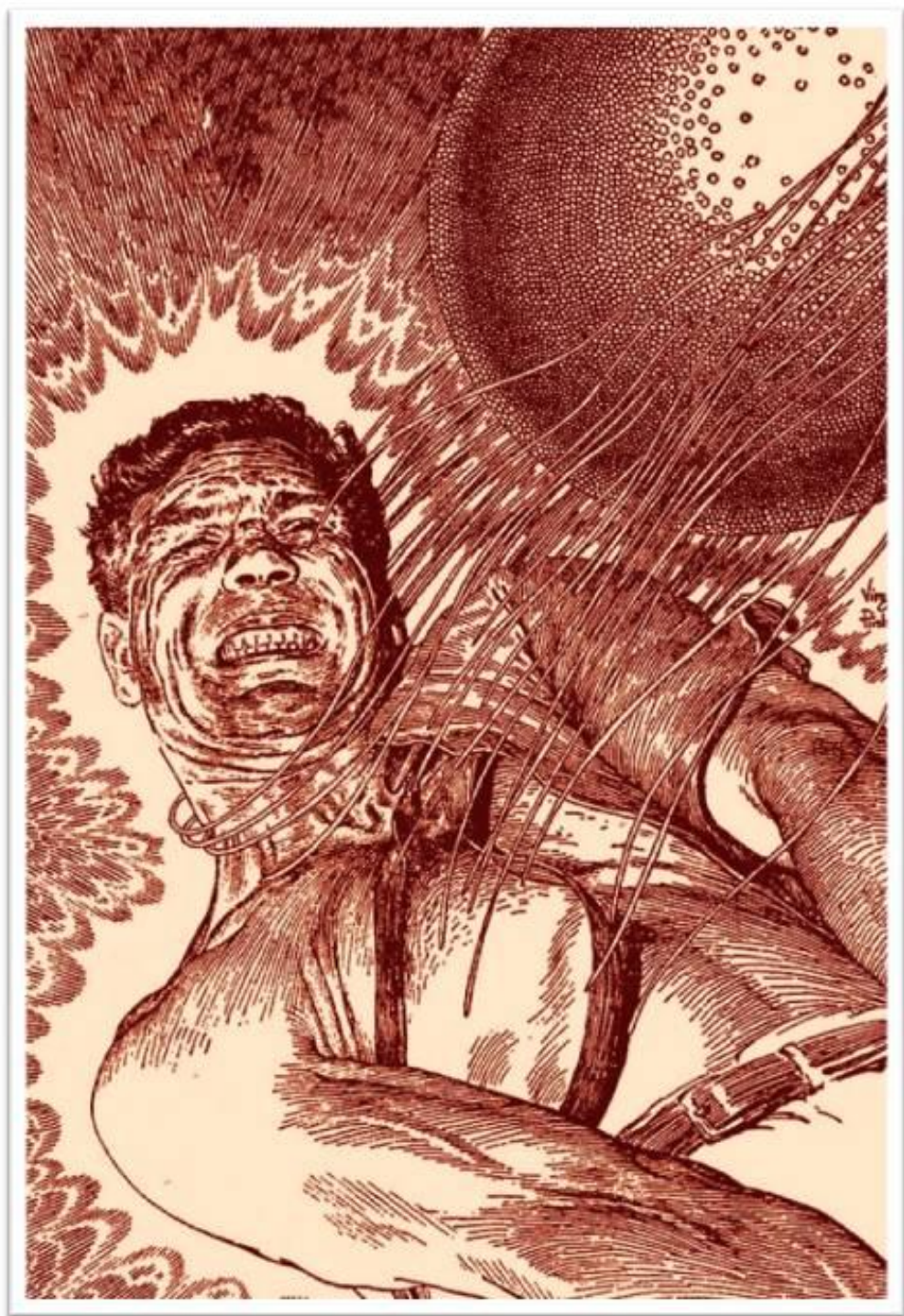
El objeto del deseo, así, voló a mezclarse con otros aires, más libre y etéreo que

nunca.

CLARA GONOROWSKY

Argentina

Blog: <http://poesiadesdeelsentimiento.blogspot.com/>



NEUROCÓMICS

CARLOS M. FEDERICI

Tienes que deshacerlo, tecleé en la computadora. Debes volver las cosas a su estado natural, ya sabes lo que te espera si te niegas.

Aún tenía arrestos para desafiarme, desde la pantalla:

No quiero. ahora que logre darles la vida, se quedaran para siempre. usted no se atrevería a torturarme. su maldito juramento hipocratico se lo impide, Doc.

Yo estaba empapado de sudor. Posé unos dedos temblorosos sobre el teclado. ¡Se había terminado el tiempo de advertir! Él no lo ignoraba, por supuesto: estaba en mis manos someterlo a los tormentos infernales, solo con *alterar* en forma ínfima la programación... Rechiné los dientes. Haría lo preciso. Por fortuna, me dije, el desdichado no podría siquiera quejarse.

¿El comienzo de la pesadilla? ¡Apenas dieciséis horas atrás!

Al doblar una esquina me vi envuelto en el pandemonio. Era una avenida céntrica: el tránsito estaba embotellado sin remedio. Las bocinas ensordecían con su clamor colectivo, y los cuellos de la gente se estiraban hacia lo alto.

—¿Es un pájaro?

—¿Es un avión?

Palidecí hasta los tobillos. Era absurdo, ilógico..., no podía aceptarlo la mente racional. ¡Pero ahí *estaba*! He sido fanático de los cómics durante décadas, de manera que no había forma de que me confundiese. Yo conocía bien aquella rauda forma tricolor que surcara el cielo de la ciudad. Por fantástico, inconcebible, grotesco que pareciese...

...¡Superman volaba sobre nuestras cabezas!

Según transcurrieron las horas, tuve algunos encuentros más por el estilo. Vi al solemne Rip Kirby atravesar la calle, seguido por la rubia Honey Dorian, que apenas podía seguirle el paso. Ya sobre el mediodía, pasó, en veloz carrera, el mismísimo Batman, que casi se lleva por delante a Mandrake y su hueste de conejos blancos... Sir Valiente de Thule blandía la Espada Cantora y clamaba a gritos por Merlín... A las quince y treinta, Casey Ruggles fue detenido, en plena Plaza Mayor, por el porte ilegal de dos monumentales Colt .45; y, media hora más tarde, la familia Marvel en pleno dejaba boquiabiertos a los curiosos con sus alardes de acrobacia.

¡Se había materializado lo imposible: *los héroes del cómic convivían, quién sabe por qué portento, con los seres humanos ordinarios*! ¡Hasta podría estrechárseles la mano! O conversar

con ellos...

Confieso que me sentí invadir por la euforia. Era “el sueño del pibe” hecho realidad. Soy todo un Premio Nobel, y he dictado conferencias en Harvard, Oxford y La Sorbona; pero el deleite de la hora arrasó con todos mis escrúpulos de adulto.

Pero el encanto habría de disiparse. De repente, se ensombreció la tarde. Una monstruosa armazón metálica se tendió por sobre las azoteas de los rascacielos, aprisionándonos sin piedad... Dos niños, que hasta hacía poco gozaban de lo lindo, se apretaron contra mí, aterrorizados.

—¿Qué es eso, señor? —lloriquearon—. ¿Qué está pasando! ¡Tenemos mucho miedo!

No les contesté. Pero se me hizo un gran nudo en la garganta. ¡Porque sabía bien la causa de aquel desastre! No me sorprendió cuando la voz malévola resonó a través del magnetófono:

—*¡LA CIUDAD ESTA A MI MERCED! ¡TODOS SON MIS PRISIONEROS! ¡EXIJO DOS BILLONES DE DÓLARES COMO RESCATE!*

Cundió el pánico; yo me estremecí violentamente.

—¡Santo Dios! —gemí—. ¡Es Lex Luthor, el genio criminal! ¡Se me olvidaban los villanos! *¡Si han cobrado vida también, podrían acabar con nuestro mundo!*

Comprendí entonces que aquella anomalía tendría que cesar. Una legión de seres superdotados, desde sobrehumanos paladines y hembras de belleza enloquecedora, hasta engendros de indecible aberración, codo a codo con el vulgo... ¡No sobreviviríamos a eso!

Pero yo estaba seguro de conocer al responsable... Y bien sabía que nadie, sino yo mismo, estaba en condiciones de obligarle a volver las cosas a su cauce normal.

Seis Años atrás, con el Nobel fresco en mi currículo, mi creciente fama trascendió fronteras. La fabulosa Fundación Vanderhoot me contrató de por vida, siete cifras "verdes" mediante.

Mi cometido era concreto: mantener con vida al heredero, Bobby Vanderhoot, destinatario de la mayor fortuna de la historia, pero víctima, a la vez, de una misteriosa dolencia que lo habría acabado a los doce años y medio, de no haber sido por el andamiaje clínico que yo le diseñé. Gracias a tal dispositivo, Bobby recibiría alimentación directamente en el torrente sanguíneo, en tanto un pulmón mecánico respiraba por él, y el resto de las demás funciones corporales se operaba

artificialmente. Su comunicación con el mundo exterior se realizaba por medio de un sofisticado programa informático; las palabras (que le resultaba imposible vocalizar), aparecían en la pantalla; nuestras respuestas, tecleadas, iban al cerebro mismo.

Una vez se me ocurrió la idea (¡minuto fatal!) de hacerle más llevadero su calvario cotidiano: alimenté los circuitos con algunas de mis viejas revistas de cómics... Ahora advertía la magnitud del error cometido. Bobby absorbió el material suministrado con fruición de adicto; por fin —de algún modo inconcebible para mí—, su energía cerebral, acumulada durante años y años de inactividad física, consiguió proyectar a la dimensión real aquellas criaturas de la imaginación. ¡Insensato prodigio!

Así que me vi compelido a apelar a recursos extremos. Ya no se borrará jamás de mis recuerdos esa infamia mía, perpetrada en perjuicio de un inválido total; pero, mordiéndome los labios hasta sangrar, meforcé a forzarlo y conseguí mi propósito.

Su clamor cibernético flameó:

¡BASTA! ¡BASTA! ¡LO HARE! ¡PERO DEJE DE MARTIRIZARME ASIIII!...

Se arqueó su pobre cuerpo, entre la maraña de tubos y cables; alguna conexión saltó, y la pantalla se pobló de alucinantes arabescos.

Me di cuenta de que me había *excedido*... Pero ya era tarde para detenerlo.

La reacción de Bobby surgió desmesurada, torrencial..., incontenible.

¿Cómo explicar lo que sucedió entonces? Creo que es tarea imposible. No existen palabras, de lengua humana alguna, que puedan expresar, en su cabal sentido, lo que representa para cada uno de nosotros el haber quedado reducido para siempre a



ser...

CARLOS M. FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: [https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos María Federici](https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_María_Federici)

Ilustración: Virgil Finlay



**UNA PAREJA EN
LA CALLE DE
PIGMALIÓN
JULIO CÉSAR
VILLAGÓMEZ GALICIA**



Algunas veces, cuando escarbo con fuerza en la memoria, puedo ver claramente la entrada a la calle de Pigmalión, allá, en el viejo barrio de Amatunte. Recuerdo sus casas pintadas de chillones colores pastel, los comercios locales, el suelo empedrado que torció más de un par de tobillos entaconados y pretenciosos. Y, en contraste, casi puedo volver a escuchar el bullicio aletargado de las señoras mitoterías rumbo al mercado o de los borrachines abarrotando el Parque de las Brujas, mismo que daba frente a la casa de las tristezas, nombre con el que la bautizó mi padre, por lo descuadrado del marco en su puerta, el cual semejaba la boca en eterna mueca deprimida de un cíclope, cuyo ojo era su única ventana, grande arqueada y fea, apuntando directamente hacia la mitad del parque, donde se encontraba la estatua de La Dama, como era llamada por todos los vecinos, yo no sé por qué, desde que puedo recordar.

La calle de Pigmalión se trataba, como cualquier otra de las ubicadas en lo que fue y seguramente sigue siendo uno de los barrios más pobres de la ciudad, de un lugar matizado con el toque de la rutina, porque como ejemplo estaba el hecho de que durante las mañanas podía verse a los padres de familia salir con el sueño aún colgado sobre los hombros caídos rumbo a sus trabajos y, poco después, una vez que había pasado el camión de la basura, un pequeño ejército de señoras con cabelleras revueltas y delantales se encaminaría, a paso de gallina correteada, apurando a sus hijos camino a la escuela. Así iniciaban, más o menos, todos los días.

Para un desobligado, como yo lo era a los quince años, la calle de Pigmalión nunca dejó de ser un eterno ir y venir de rumores que siempre eran foco de atención indirecta, pero constante, una fuente de entretenimiento, si así se quiere ver. Ahora que lo pienso, la vida en las calles de las colonias y barrios populares de la ciudad se me asemeja en mucho a la de los pueblos pequeños, a decir de que “pueblo chico chisme grande” porque ahí todos sabían quién era el ratero, la mujer adúltera o el marido infiel, el hombre de familia y el desobligado, el estudiante sobresaliente y el futuro barrendero, en fin... todos los chismes que están en boca de cualquier vecino ocioso, como muchos de los que corrieron cuando el señor Flavio llegó a la calle y su peculiar estampa diera tanto de que hablar.

La primera vez que lo vi, entendí que el hombre no era para nada común. Se había aparecido como pasa con la mayoría de los que alteran el curso de lo cotidiano en la vida, sin previo aviso y sin que nadie se diera cuenta, para ocupar la mencionada

casa de las tristezas, marcada con el número dieciséis y justo a la mitad de la calle; Flavio era un tipo ya pasado de los cuarenta años y con profusas entradas sobre su frente, de semblante arrogante pese a su complexión famélica, a la que se añadía una actitud más bien amanerada y un andar acartonado que, junto con su ridícula y exagerada elegancia, resaltada por la extraña costumbre de vestir siempre de smoking, le daban la apariencia de un maniquí envejecido y con la piel estirada a fuerza de jalones, obligando una sonrisa restirada por la que asomaban sus prominentes dientes. Nada más toparse con él, de inmediato saltaba a la vista un rostro maquillado y de algún modo inexpresivo, a pesar de la sonrisa, que lejos de resultar agradable estrujaba algo en el pecho de quien se lo encontrara en su camino; sin embargo, con el tiempo nos dimos cuenta que el señor Flavio era, muy a pesar de su tétrica apariencia y excentricidad, inofensivo. Aunque no por eso dejaba de ser un personaje extraño, y pronto todos lo terminaríamos de confirmar.

Resulta que, pasados unos días de su llegada, se le comenzó a ver paseando durante las tardes por el Parque de las Brujas. Y así, con el mismo andar acartonado que le caracterizaba, se contoneaba sobre sus brillantes zapatos de charol, en tanto que miraba el lugar como queriendo escudriñar hasta en el último de sus rincones. Cuentan quienes lo vieron, y los que lo supimos después, que todo comenzó durante uno de esos paseos vespertinos; porque Flavio se detuvo largo rato al pasar frente a la estatua de La Dama, y se dice que muy a pesar de que los impertinentes borrachos se arremolinaron en torno suyo, seguramente para pedirle alguna moneda con que solventar su vicio (costumbre que mantenía alejados del parque a los otros vecinos), él parecía perdido del mundo y de esa realidad viciada en un aroma etílico y a orines agrios, absorto en su contemplación de la horrible estatua. Alguna vez recuerdo que yo mismo tuve la oportunidad de verlo frente a la imagen clavando sus ojos huecos en los de ella, pero, considerando las extrañas costumbres del tipo, no me pareció asunto que mereciera mi jovial atención.

La estatua de La Dama representaba, desde luego, a una mujer de cabellos lacios y semblante sonriente que abría los brazos en actitud de quien los ofrece afectuosa; nada impactante visto de esa manera, pero el tiempo había obrado con mucho éxito y malas intenciones sobre ella, porque la humedad y el hollín se instalaron en las comisuras de su sonrisa, regalándole una dentadura oscura y maliciosa, mientras que su lacia cabellera se había percutido de modo tal que daba la apariencia de

mechones entrecanos cayendo sobre sus delgados hombros y espalda; sus ojos, fríos e inexpresivos, habían sido hundidos por profundas ojeras de suciedad que apostaron una mirada sombría y melancólica en su semblante.

Por otro lado, a partir de que la persona del señor Flavio se convirtió en una estampa cotidiana en la fisonomía del parque, fue común notar que los borrachos se desplazaron fuera del parque y más allá de la calle, pues el hombre se tornaba violento cuando alguno de ellos se acercaba a la estatua y mucho más con aquellos que, a decir suyo, eran una ofensa a la mirada y el olfato de su fina dama. Día a día, era común verle bajo el rayo del sol o bajo la lluvia, soportando todo tipo de inclemencias climáticas, siempre protegiendo a la inmóvil masa de piedra de ellas, aun a costa de su propia salud física y, me atrevo a decir, hasta mental.

Cualquiera que fuera su ocupación hasta antes de llegar a la calle de Pigmalión, fue evidente que pasó al descuido, al grado de que pronto se pudo ver a Flavio en la precaria situación de quien ha quedado desempleado; sin embargo, él parecía ser ajeno a tal hecho y su comportamiento se comenzó a tornar más y más errático, más y más raro, porque con frecuencia se le podía ver y escuchar cantando boleros pasadísimos de moda al pie de la indiferente estatua. A más de que su casa estaba casi siempre vacía en tanto que el hombre canturreaba los versos más ridículos y melosos al oído de la estatua durante casi todo el día, pero solo durante el día, porque, ya pasada la medianoche, dormía a los pies de ella como un perro anheloso que se restriega sobre los tobillos de su amo.

Quienes por curiosidad lo miraban sacudían la cabeza en señal de desagrado, y los niños que pasaban frente al parque no tardaron en hacerlo blanco de sus burlas. Pero él siempre hacía oídos sordos, al tiempo que, entre mimos y arrumacos, exhortaba a la estatua a no hacer caso de los groseros mocosos, al tiempo que gritaba a pecho abierto que si la gente se comportaba así, era porque nunca había visto un amor tan puro, pues todos éramos un grupo de personas ordinarias que no habían visto mucho mundo. Sin embargo, aquella situación se aceptó entre los vecinos como parte de lo cotidiano, y como a fin de cuentas no hacía mal a nadie y gracias a ello ahora sólo teníamos que soportar a un loco en lugar de una horda de molestos borrachos pedinches, el señor Flavio y su dama encontraron un lugar entre la calle de Pigmalión.

Así fue todo hasta una noche, una noche calurosa de agosto en que por extraño que parezca todos estaban más metidos en lo suyo que en lo que hacían los demás, el

señor Flavio y la estatua se fueron de la calle Pigmalión del mismo modo en que él había llegado, sin que nadie se diera cuenta. La casa con el número dieciséis quedó cerrada y el aroma dulzón de aquel perfume usado por él fue lo único que nos recordaría su paso por nuestra calle durante un buen tiempo, pues persistió a la entrada de su casa durante varias semanas.

Tal vez el asunto se hubiera perdido en la memoria de quienes lo conocimos y fuimos testigos de su comportamiento, quizá la cosa sólo hubiera quedado como el recuerdo de un hombre con la razón extraviada, igual a tantos otros que vagan y viven en las calles de la ciudad, pero para mí, por una casualidad que me hizo encontrarme aquella vez en el lugar y el momento preciso para ver lo que vi, no fue así...

Resulta que alrededor de diez años más tarde, justo en una noche calurosa de agosto como en la que el señor Flavio y su dama partieron de la calle de Pigmalión, la ventana de su vieja casa se abrió después de haber quedado cerrada a piedra y lodo durante todo ese tiempo, fue entonces que una tímida luz que apenas se adivinaba quebrantando las penumbras se hizo presente en su interior. Recuerdo haber volteado justo en el momento en que sentí aquella mirada pesada y aguda sobre mi nuca; y ahí, enmarcado por el cuadro triste de la ventana, un pequeño niño, tal vez de siete u ocho años, a juzgar por su estatura, pero con el rostro de un anciano, petrificado y hundido en surcos, sonreía con sus enormes dientes de aspecto más bien rocoso, entre la oscuridad apenas diluida por la tenue luz proveniente del interior. Cuando la luz se hizo un poco más intensa, pude ver que tras de él se encontraba La Dama, rígida e inmóvil, con el mismo semblante inmutable con el que la recordaba; a su lado, el señor Flavio, ahora sí ya como todo un señor, se sonreía orgulloso mientras me saludaba con entusiasmo utilizando los mismos movimientos acartonados de siempre. Eso es lo último que puedo y quiero recordar sobre la calle de Pigmalión.

JULIO CÉSAR VILLAGÓMEZ GALICIA
México

Twitter: [@julio_villagomez](https://twitter.com/julio_villagomez)

Facebook: <https://www.facebook.com/julio.villagomezgalicia>



SOSPECHA
PILAR ALEJOS
MARTÍNEZ

D

esde que Lucía llegó a casa presintió que algo no iba bien.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —gritó, como siempre hacía al llegar, pero no obtuvo respuesta.

Le resultó muy extraño. Era la hora de la cena y su madre debía de estar allí.

Mientras dejaba la mochila sobre el mueble de la entrada, escuchó unos ruidos que no supo identificar. Comprobó si procedían de la cocina, pero la encontró vacía.

De pronto, oyó algo extraño seguido de un grito ahogado. Sobresaltada por la impresión, dio un respingo que le erizó el vello de la nuca. Creyó reconocer la voz de su madre. No entendía qué estaba pasando. ¡Parecía que procedía del piso superior!

Miró al techo esperando encontrar una explicación. De nuevo, el silencio.

Dando tres zancadas se plantó al pie de la escalera y, sin dejar de mirar hacia arriba, decidió subir para averiguar su origen y por qué.

El corazón golpeaba tan fuerte su pecho que el sonido de sus latidos resultaba ensordecedor. Debía tranquilizarse, de lo contrario la cabeza le iba a estallar. Comenzó el ascenso con mucho sigilo, escalón a escalón, parando a cada paso para prestar atención. Percibió leves murmullos y un llanto desgarrador. Un escalofrío recorrió su espalda.

Temblando, alcanzó el final de la escalera. Pensó que la moqueta amortiguaría sus pasos, pero, aun así, andaría con sumo cuidado. Podría haber utilizado el móvil para iluminarse, pero eso alertaría al posible intruso. Así que no tuvo más remedio que avanzar a tientas y procurar no hacer ruido. No tenía nada con qué defenderse si resultaba necesario. Buscaría algo contundente, por si acaso.

Con cautela entró en la habitación de su hermano. Esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Todo estaba en su sitio. Se agachó para, a gatas, llegar hasta la cama y mirar si había alguien debajo. Nada. Se incorporó para acercarse al armario. Lo abrió de la forma más silenciosa que pudo. Permanecía como siempre. No detectó nada raro en su interior.

Entonces, escuchó unos pasos que se acercaban. Aunque todas las habitaciones permanecían en penumbra, se dirigían hacia la que ella se encontraba. Con rapidez dio un salto y se escondió en el armario, acurrucada tras las prendas que colgaban. Temía que en cualquier momento se abriesen las puertas y ser descubierta. Recorrió con sus manos el fondo del armario y sus dedos tropezaron con algo frío y duro. Resultó ser la muleta que utilizaba su hermano cuando se produjo un esguince en el tobillo. La asió

fuerte con ambas manos y abrió bien los ojos preparada para el fatal desenlace.

Sentía cómo se acercaba. Desde el interior, le llegaba el sonido sibilante de su respiración. Ella, mientras tanto, procuraba estar muy callada conteniendo el aliento. Se mantuvo agazapada entre las sombras, escudriñando el más mínimo movimiento hasta que, poco a poco, se fueron alejando los pasos y pudo respirar de nuevo, a pesar de tener el cuerpo empapado por completo de sudor.

Dejó transcurrir un tiempo prudencial y luego, se atrevió a salir. Se descalzó dejando los zapatos dentro del armario para no ser descubierta. Sus pies desnudos le servirían para avanzar en silencio y reconocer mejor por dónde pisaba a través del tacto.

Se encaminó hacia el baño armada con la muleta. Revisaría su interior y podría encontrar algo más adecuado para defenderse. Al momento, notó que pisaba algo húmedo. Lo tocó con los dedos y luego se los acercó a su nariz. Casi se le escapó un grito cuando reconoció su olor. ¡Sangre fresca! Entró en pánico y quiso salir huyendo de allí, pero por un momento, recobró la lucidez y recordó que le había parecido escuchar la voz de su madre. ¡No podía marcharse y dejarla ahí!

Respiró hondo y optó por seguir adelante. Se coló en el baño buscando las tijeras que su madre guardaba en un cajón del mueble. Se aseguró de que allí tampoco hubiera nadie. Cuando las encontró, empuñándolas con fuerza por delante de su cuerpo, siguió hasta su habitación, que se encontraba situada junto a la de sus padres. Echó un vistazo por todo su interior, sin detectar nada extraño. Puso mayor atención e intentó escuchar desde el más absoluto silencio. De nuevo alguien sollozaba y suplicaba susurrando, casi sin fuerzas. No le cabía ninguna duda de que era su madre. Debía ayudarla como fuera, pero desconocía qué ocurría y quién más estaba allí dentro. La puerta de su habitación era la única que se encontraba cerrada.

No había tiempo para ir en busca de ayuda, su madre la necesitaba ahora. Alguien estaba haciéndole daño. Si corría peligro, el tiempo podía ser crucial.

Se armó de coraje. Con las tijeras en una mano y el pomo en la otra, reunió todas sus fuerzas y, aunque temblaba como una hoja, se sintió preparada para abrir. Debía descubrir lo que estaba sucediendo tras aquella puerta...

PILAR ALEJOS MARTÍNEZ

España

Twitter: [@1961_pilar](https://twitter.com/@1961_pilar)

Blog: <https://versosaflordepiel.blogspot.com/>



OPERACIÓN
NOCTURNA
YOLANDA SA

El viento peinaba los penachos blancos, inclinados de a ratos hacia el camino de tierra, que despegaba de la ruta y se interna hacia las casas de techo bajo, en los suburbios de Tandil. Todas tienen galerías, para preservar las habitaciones del sol. Algunas, como la mía, patio emparrado, donde el silencio y un gato gris sin edad, descansan sobre baldosas de barro. Detrás de un alambrado en red, álamos prolijamente separados realizan coreografías, para atajar el viento y regalar más sombra.

Estoy junto al telar, rodeada de lanas de varios colores. La Luisa me enseñó la técnica y se lo agradezco. Mis raíces están en el norte. Allí, cualquier mujer teje su alfombra. Yo, preferí seguir al Santiago. Él me embaucó con eso de conocer nuevos lugares. Recogimos limones en Tucumán y nueces en Mendoza. Cuando nació Felipe, acomodé manzanas en Cipolletti durante dos años. Santiago se internó más al sur, para recoger lúpulo y no volvió. Me cansé de las noches largas y los días fríos, del magro sueldo, de la falta de oportunidades por mi ignorancia. Me anoté en una escuela nocturna y terminé la primaria. A Felipe lo entretenían con otros niños. Era buena con los números. Surgió una propuesta tentadora, un cargo en una finca de sábanas paperas en Balcarce. Allí florecí y construí mi futuro. Me daban vivienda y lo que ahorraba lo fui invirtiendo en esta casa.

—Vení Camila, acercate —le dije a mi nieta—. Tu madre dejó medio budín, antes de ir al Mercado. Es hora de entretener a los dientes.

—Tomá, —me contestó ella, alcanzándome una porción—. Yo no tengo hambre. ¿Me ves gorda?

—Te veo hermosa. Presiento que...

—Siempre te das cuenta de todo. Me gusta el Carlos. Me invitó a subir al Cerro Centinela y después a tomar chocolate. Mañana se va con el grupo, el grupo de los Eternos, a Balcarce, a La Mansa, donde trabajaste vos y se crió papá. Hay cosecha de papas, —me contestó—. Este año es muy buena y la paga también.

—Toma un mate. ¿Te gusta como va quedando este tapiz? Don Anselmo me encargó dos. Te hice caso con la combinación de colores. Tenés que estudiar Diseño, es lo tuyo.

—Gracias abuela, juntas vamos a consolidar la marca familiar.

Volví a mi telar. Me dolían los dedos, terminaría con el rojo y después caminaría hacia los álamos, hacia el banco de madera.

Pasaron dos semanas. El silencio de la tarde se interrumpió con la voz de Camila:

—Abuela, ya volvieron, los Eternos ya volvieron, Carlos te tiene una historia. Voy a preparar el mate.

—Hacelo pasar, lo escucho, estoy ansiosa, —le dije, mientras los dos se acomodaban frente a la mesa.

—Cuando llegamos a La Mansa, las papas estaban regadas sobre la tierra. Todos los días, embolsábamos en tiempo y forma, —empezó Carlos—. Noté la visita de algunos dueños de campos de la zona, por las camionetas cuatro por cuatro. Dos noches seguidas se encerraron con don Silvio, en el comedor.

—Él siempre busca ventajas, negocios nuevos, —interrumpí—. Cuando compró la pala mecánica, con forma de tenedor, para remover la tierra, todos la tenían al año siguiente.

—Terminamos el trabajo de ese día, ubicando las bolsas de papas en el galpón silo, —continuó Carlos—. Nos aseguraron que era todo.

—Trabajo terminado, asado en puerta ¿no? —volví a comentar.

—Esta vez, no. Se realizó el pago y se despidió a todo el mundo, menos... a unos pocos que supieran conducir. Yo me anoté y aquí viene lo increíble.

—Hijo, qué suspenso. No me imagino que puede haber pasado.

—Por la tarde llegaron diez camiones volcadores. Se los estacionó frente a los campos, detrás del bosque. Durante cuatro días, removieron la tierra con la pala, la colaron, cargando las papas en las cajas vacías y quedó todo en espera hasta la medianoche del jueves.

—¿Papas sueltas? —pregunté—. ¡Qué raro!

—Sí, sueltas, pensamos que sería una entrega a granel.

—¿A medianoche?, —protesté.

—Don Silvio salió con su Ford, acompañado por el capataz. Tenía prendidas las luces antiniebla, iluminando el camino. Los camiones cargados lo seguían. En la ruta se encontraron con más camiones estacionados en la banquina. Todos se pusieron en marcha. Llegaron hasta los acantilados, cercanos a Necochea y allí, los Eternos tuvimos que rendirnos. Descargamos todo. La marea estaba alta y la rompiente las fue llevando mar adentro.

—¡Qué locura! ¿Por qué lo habrán hecho? —pregunté sorprendida.

—¿Saben a cuánto está el kilo de papas, hoy? —contestó Carlos con una pregunta irónica.

YOLANDA SA

Argentina

Facebook: [Yolanda SA](#)

Blog: yolanda-sa.blogspot.com.ar



LIBRE Y MUERTO

JOAN LUIS
MORA DÍAZ

En la calle 104, en aquella humilde y espaciosa casa donde nací, un extraño acontecimiento sucedió, no lo puedo contar con exactitud, pero podría contarlo medianamente, sin muchos detalles, porque algunas cosas que observé no las he podido olvidar con el paso de los años. Les podría contar que la mecedora contigua a la librería del cuarto principal se estaba moviendo, escuché el chirrido que produce la madera con el piso, y entonces decidí acercarme con mucha suspicacia, porque recordándome que estaba solo, el evento se tornaba misterioso, el movimiento de la mecedora y el ruido que producía no tenían una justificación clara. Me acerqué al estudio, caminé con mucha tranquilidad hacia la mecedora a pesar de que las piernas se anclaban como cabillas al suelo, y pude conseguir el angustiado objetivo, pararme en frente de la mecedora que aún se movía. Sentí finalmente de cerca el suave movimiento de alguien que quiere como dormirse. Nunca imaginé que algo así podría suceder en una ciudad tan desolada como Maracaibo.

En ese instante alcé la mirada para calmar la ansiedad, y encontré en la última repisa de la librería un pequeño libro de Edgar Allan Poe. Un instante especial porque recordé el relato de Berenice, a quien Poe fue a visitar un largo rato después de muerta. Sus dientes blancos y largos —dice Poe— le atraparon sus pensamientos. Los dientes de la inerte Berenice, que no sólo eran sus dientes sino sus propias ideas, eran los dientes que representaban al tiempo que abandonaba al día para atraer la noche, los dientes que mostraban la pulcra y perfecta visión que Berenice tenía del mundo, aunque fuera una visión equivocada y simple. Para Poe, ese momento fue todo horror y angustia, porque la muerte de Berenice fue repentina, indiscreta, sin aviso. El sepelio aquella noche oscura comenzó inmediatamente después de un simple ataque de epilepsia.

El chirrido de la madera con el piso aumentó. Bajé la mirada y logré ver a una señora mayor sentada en la mecedora, de unos setenta años, vestida con una manta indígena, llevaba también una cadena de oro y un anillo de diamantes. La miré fijamente tratando de comunicarle mi temor, pero su sonrisa trajo una calma sin igual. Y con su suave voz me dijo:

*Desde un cielo lejano me envían,
a calmar tus dolores,
a erradicar tu ansiedad
a sanar tu alma.*

*Tus ancestros me envían
para protegerte de la maldad,
la miseria,
el hambre.*

No entendí las palabras que la anciana pronunció, aunque fue con un lenguaje claro y pausado. Me pregunté varias veces: ¿La miseria que me rodea? ¿Sanar mi alma? ¿Calmar mis dolores? En realidad no entendí. El misterio alargaba su espectro con velocidad, comencé a sudar frío, mis piernas continuaban ancladas, mis brazos no respondían y dos lágrimas rodaron por mis pómulos dejando una línea de sal. La anciana continuó con mucha más elocuencia:

*Nunca sabrás
de dónde vengo
pero en tristes noches
me despierto.
Antes del amanecer
serás libre,
sin vida,
en la muerte.*

Seguí de pie frente a ella, pero sin entender nada, libre pero muerto, como si la vida fuera pequeños momentos de opresión, dolor y maldad. Pero todo era muy coherente, porque para mí la realidad, el mundo, el entorno de mi vida, lo humano, comenzaba a hacerse polvo y suciedad. La esperanza se había ido del alma junto a la tristeza, casi todo había desaparecido lentamente.

El chirrido de la madera con el piso se detuvo. La anciana se levantó de la mecedora y se dirigió a la puerta principal atravesándola, el espectro me dejó solo, me abandonó, un misterio sustancial, palabras y palabras sin significado. Un silencio sepulcral comenzó a regarse por toda la casa. Los recuerdos de Berenice regresaron de nuevo, pero ahora imaginaba a Poe inclinado sobre la urna de Berenice viendo sus blancos dientes y sufriendo con su amada, con el mismo sufrimiento que yo sentía ahora.

La vieja se había ido. Al día siguiente, el sol me había quemado el rostro y sentí que había estado como tres días tirado en el patio, me sentía débil y deshidratado, casi no podía moverme, pero recordaba las palabras de la anciana, las recordaba con mucha precisión pero no entendía todavía sus significados, de igual forma la mañana llegó y menos mal no se llevó mi vida, desde hace más de cincuenta años pienso en ese

extraño acontecimiento, y ahora que ya no tengo tanta fuerza para seguir esperando, a pocos días de cumplir estos pesados noventa años, quisiera que la anciana viniera y cumpliera su palabra.

JOAN LUIS MORA DÍAZ

Venezuela

Twitter: [@joanluismora](https://twitter.com/joanluismora)

Instagram: [joanluismora](https://www.instagram.com/joanluismora)



O C A S I O N A L M E N T E
M A R Í A D E L C A R M E N
R A M A C C I O T T I

Todo hablaba de una noche excepcional. Marcos había pasado a buscarla puntualmente. Perfumado y con un muy buen atuendo. Por su parte, hacía tres noches que no dormía bien, inquieta por la invitación. Hasta se había comprado ropa. Una camisa muy sensual de seda color coral y unos pantalones pitillos negros, nunca fallan. Zapatos ballerinas de taco bajo, para no agregar altura a su esbelta figura.

Se conocieron en un aeropuerto, aguardando un vuelo reprogramado, debido a tormentas. Ambos estaban solos y empezaron a conversar para matar las horas. Intercambiaron números telefónicos y direcciones de correo electrónico. Luego siguieron la relación por internet, hasta hoy. Era su primera salida. De visita en la ciudad en viaje de negocios, la llamó al móvil y concertaron la cita. Hacía tres años que Cecilia no salía con nadie, después que interrumpiera su noviazgo con Mariano. Marcos lo sabía y ella se sentía expuesta y le agregaba nerviosismo. Pensaba que él intentaría seducirla.

Cenaron comida árabe en un restaurante recomendado por ella, como anfitriona. Después fueron al otro lado de la ciudad, a un pub a escuchar música y beber unos tragos. Él era muy atractivo y encantador. Su voz era cadenciosa y el tono suave, se acercaba para hablarle. Cecilia estaba totalmente encandilada.

Un hombre se acercó mientras bebían y le habló a Marcos al oído. Él se disculpó y se alejó un momento saliendo del lugar. Al rato regresó, se justificó con ella, ya que tenían que marcharse, porque se tenía que presentar urgente en la empresa, pues había surgido un inconveniente. Por supuesto que ella lo lamentó pero enseguida se puso de pie y salieron. Creía que no faltaría oportunidad para un nuevo encuentro e intentar una mayor cercanía.

En medio de las sombras de la noche, la tomaron de atrás tapándole la boca para que no gritara. Un golpe certero la dejó inconsciente.

¿Marcos? ¡Ah!

Marcos siguió su camino tratando de interceptar otras candidas Cecílias.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina



NATURALEZA
INTERNA
DAMARIS GASSÓN
PACHECO

Desde niña era fea, no un fenómeno de circo ni tan monstruosa que espantara, mas sí asimétrica y regordeta, sin ninguna gracia o talento particular. Contrastaba con mi madre que destacaba por su belleza y muchas otras virtudes, pero mi fealdad era tan desagradable que no despertaba ni simpatías ni lástima, sino desagrado y en algunos casos indiferencia.

Mi abuela, que era la única que manifestaba sentir cariño por mí, me consolaba diciendo: «Velo y mortaja del cielo bajan» pero ya a los cuarenta y siete años parecía segura mi carrera como solterona, aunque ni siquiera tenía dotes de costurera para vestir santos. Miraba a las otras mujeres siempre envidiando, siempre deseando ser otra, sumida en ensoñaciones de amor y deseo. Me bastaba con ver para desear y frustrarme por esperar algo que no llegaba, que no era para mí.

Mi padre murió y me dejó una cuantiosa herencia, esta circunstancia me sorprendió pues en casa siempre vivimos con una marcada frugalidad. De haberlo sabido antes, me hubiera operado o hubiera recurrido a las múltiples opciones estéticas que cambiarían mi aspecto y mi vida. El albacea testamentario me vio, con una mirada que denotaba un interés codicioso, pero interés al fin y al cabo, y si me daba la oportunidad, no la pensaba desaprovechar. Salimos, y la cena a la que me invitó Juan Antonio cumplió todas mis expectativas y más. Ahí en el balcón de la fonda, bajo la luz de las estrellas y el violín cuyas notas vibraban entre las mesas y las sillas, creí que era posible que el amor tocara a mi puerta. Entre las copas de vino y las crepes de maíz dulce gratinadas, me dijo que estaba enamorado de mí, que nos casaríamos y que esta noche consumiríamos este naciente amor en una ceremonia privada en la que nuestros cuerpos comulgarían y sellarían el sacramento que luego nos llevaría al altar. Fuimos al hotel y él me desvistió, la repugnancia en sus ojos traicionaba sus palabras, mas yo seguí adelante, mi cuerpo recibía sediento las caricias y los besos por largo tiempo anhelados y respondió con una sapiencia lujuriosa y ancestral que logró despertar al viejo Adán, pese a que Juan Antonio no sentía atracción alguna por mí.

En el momento en que alcanzábamos el clímax al unísono, sentí una compulsión extraña que transformaba mi cuerpo entero. Crecí, tomé otra forma y devoré su cabeza. Si bien el sexo y el orgasmo fueron tan satisfactorios como imaginé, nada como la sensación de devorar su cráneo y triturarlo entre mis dientes, semen y sangre fluyendo al mismo tiempo, su cuerpo sostenido entre mis verdes patas aserradas. Comulgamos pero no de la forma que él imaginaba. Una vez que comí, me

transformé de nuevo, me vestí y me fui del hotel de la forma más discreta posible.

Nunca presentí que fuera capaz de sufrir una metamorfosis de este tipo. No he sentido una particular afinidad con los insectos ni he sido fanática de la entomología. No logro dar con una explicación lógica o científica para lo que me sucede, pero mientras ocurra lo disfrutaré. Ha sido casi medio siglo de aislamiento y ostracismo; lo que creo es que mi naturaleza interna se impuso, y en la medida en que se afianza cambia mi fisonomía. Es irónico pensar que la gente que defiende el pensamiento positivo siempre ha tenido razón, reflejas hacia el exterior lo que sientes y me siento muy feliz y satisfecha. La metamorfosis solo ocurre en la cópula, mas he notado cuando me veo en el espejo cierta redondez en mis ojos y una manera peculiar de torcer la cabeza que harían pensar a cualquiera que prestara la suficiente atención sobre el insecto que anida en mi interior. Para los que me conocen bien, sentirían una suerte de clic mental, y comprenderían perfectamente mis rarezas y el desagrado que sintieron toda su vida por mí.

Mi aspecto mejora a medida que devoro a más y más hombres. Coito y canibalismo son uno y lo mismo, lujuria y gula amalgamadas. No siento culpa pues mi condición está más allá de mi control, pero sé que la policía está tras de mí. Me atraparán de seguro y lo más probable es que me maten y no me importa; lo único que me preocupa son los huevos que se gestan en mi cuarto, siete bebés perfectas que se desarrollan tras la traslúcida cáscara. Siete bebés que serán Mantis Religiosas de grandes, al igual que su madre.

DAMARIS GASSÓN PACHECO

Venezuela

Twitter: [@LaDama @damarigasson](https://twitter.com/LaDama)



I R E N E

R A M I R O D E J E S Ú S

R E S T R E P O U R I B E

—iA

ntonio ya no es el mismo! —cantaletteaba a diario Juana.

—Será que ya no lo apasionas —decía Daniela.

—Lo mimo demasiado —decía Juana.

—Pero yo te hablo de apasionar. Hacerle sentir ganas de ti.

—Es decir —decía Juana—, jugar a besos, a abrazos y a desearnos como cuando nos conocimos.

—O algo mejor. Hacer que se emocione.

—Pero es que él no responde.

—Debe tener otra.

Juana escucha esto y le empieza un desespero, un nosesabequé incontrolable.

El vecindario se informó al día siguiente que el huracán Irene, de grado cinco, había terminado con la vida del Antonio Castro, marido de Juana Santos. Para las estadísticas oficiales una víctima más de un desastre natural. Daniela sabía la verdad.

RAMIRO DE JESÚS RESTREPO URIBE
Colombia

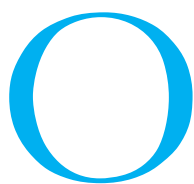


PROCEDIMIENTOS

JOSÉ LUIS

DÍAZ MARCOS

No hay absurdo que no haya sido apoyado por algún filósofo.
Cicerón



Onofre Ruiz, agricultor jubilado, sesteaba plácidamente en un banco del parque cuando un repentino traqueteo lo devolvió a la realidad. Aún amodorrado por la neblina del sueño, confirmó la llegada de un diminuto y destartado camión en cuyas puertas podía apreciarse, mayúsculas con escudo, un excelentísimo membrete:

AYUNTAMIENTO
DE
ABSURDALIA DEL CAMPO

Lejos de la molestia, Onofre agradeció la forzada vela. «Mejor. Así me ahorro tener que buscar una obra con la que distraerme», se dijo.

Estacionado el vehículo, se apearon dos jardineros y empezaron a descargar algunos útiles. Acto seguido, descendieron también un arbolito sobre el césped, en un punto, según parecía, ya convenido.

«Van a trasplantarlo...».

Uno de los hombres cogió una pala y empezó a cavar.

«Maneras tiene. Ganas, pocas. Se ve a la legua».

Minutos después, el renuente zapador dio por concluido el oportuno agujero. El colega, que había estado fumando apoyado en otra herramienta, tan contemplativo como el propio Onofre, también finiquitó una reciente conversación telefónica.

Intercambiaron unas palabras y el primero, todo ademanes, dio claras muestras de enojo. El segundo, conciliador, intentó apaciguarlo sin demasiado éxito antes de coger su propia pala y empezar a rellenar, sin más, el hueco.

«¿Y el árbol?!».

El campesino fue hasta ellos:

—Perdonen... Les he estado observando y me pareció que iban a trasplantarlo —señaló Onofre.

—Y así era —informó el segundo clavando la pala con evidente fastidio—. Pero, ¿qué ocurre!? Pues que el protocolo de plantación de árboles, título primero, sección cuarta, requiere tres operarios para realizar la tarea. Y el compañero responsable de meter el árbol en el agujero resulta que hoy, precisamente hoy, se ha tomado el día de asuntos propios. ¡Así, sin avisar ni nada!

—Y... Digo yo... ¿No pueden meterlo... ustedes? —avanzó Onofre, tan cauteloso como perplejo.

—¡No, hombre, no! —exclamó el otro, interviniendo—. No se moleste, caballero, pero cómo se nota que no es usted funcionario. En la Administración Pública todo viene establecido por el procedimiento de turno. Lugar, tiempo y forma: dónde, cuándo y cómo. ¡Sáltate eso y todo se va al garete!

—P, pero su sistema es... es... poco práctico. Y el árbol, con perdón, es una birria: apenas una escoba con cuatro ramas. Cualquiera...

—No insista. Como bien dice el compañero, el procedimiento es el procedimiento y nuestra obligación es acatarlo. El pragmatismo, creo que se dice así, es cosa de los técnicos. Y donde hay técnico, ya se sabe, no manda marinero ni jardinero.

El igual, más distendido, celebró la ocurrencia.

—Y ahora, si nos disculpa... —informó aquel soltando la pala y dirigiéndose al camión.

—¿Se marchan? Un momento, esperen... ¡Señores funcionarios, que se olvidan el árbol y las herramientas!

—No, no se preocupe: no nos olvidamos nada —informaron ya en el vehículo, a través de la ventanilla—. Recoger las herramientas es, como plantar el árbol o volverlo a cargar, por el motivo que sea, misión del tercer compañero. Y ya ha visto que...

—...está de asuntos propios —acabó Onofre, patidifuso—. Y como lo dice el procedimiento...

—¡Sí, señor! Veo que lo ha entendido. Ya volveremos cuando estemos los tres de servicio.

—¿Y no les preocupa un posible robo?!

—Pues no, claro que no: para eso está la Policía Local de Absurdalia del Campo y su magnífico procedimiento policial.

«¡Y hablan en serio! ¡Juraría que hablan en serio!».

—¡Pues voy a pedir que cambien todos esos procedimientos! ¡Tenga que seguir el proce... que tenga que...! —se interrumpió Onofre advirtiendo la paradoja. Se sintió confuso, estafada víctima de un tahir invisible.

—Está en su perfecto derecho. Pero no creo que sirva de mucho su petición.
Al menos, de momento.

—¿Por qué? ¿Acaso el responsable de resolverla también está de asuntos propios?

—No, señor: hoy es su primer día de unas largas y merecidas vacaciones.

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

España

Blog: www.la-estanteria-2.webnode.es



LÚGUBRE
ENCUENTRO
EDNA MILENA
CARDOZO RAMÍREZ

Yacía inmóvil y pálido en una calle cualquiera después de una fuerte lluvia.

En un andén de un frío barrio de paredes grafitadas y calles agrietadas y viejas. ¡Quise pasar desapercibido, como quien no vio nada... pero era un cadáver! sentía que mi corazón en aumento palpitaba.

No pude tornarme indiferente e insensible, me acerque nervioso y lentamente lo mire con angustia. Estaba ahí, tan tieso y frío que hasta me estremecí, mil cosas pasaban por mi cabeza intentando describir lo que le pudo suceder.

Dejé mi mochila a un lado y le abrigué con mi saco gris, luego lo subí a mi auto y lo llevé cuidadosamente hasta mi casa mientras el camino se hacía largo y yo conducía sin poder dejar de mirarlo. Creo que pensaba que la muerte en cualquier momento puede a uno también acecharle.

Al llegar a casa lo acosté en el sofá y encendí la chimenea porque hacía un frío brutal.

Me fui a duchar porque sentía que este día había sido muy pesado, aún seguía sintiendo cierto escalofrío que recorría todo mi cuerpo. No quise pensar en nada.

Regresé a la sala terminando de secarme el cuello mientras en mi mano agitaba lentamente una copa de vino. Cerré la ventana que parecía hacer eco queriendo apagar las llamas. ¡Me senté, y extrañamente sentí que alguien me observaba, me quedé como pasmado! Abrí cada vez más mis ojos sin poder ni siquiera pestañear.

Golpearon fuertemente mi cabeza y en un intento por defenderme, me sentí algo mareado. Parecía que era atacado con más y más furia. Luchamos enardecidamente mientras sentía que solo quería matarme e intentaba sacarme los ojos. Fue cuestión de segundos y todo quedó en silencio. Nervioso y confundido vi mi copa rota en el suelo y en la alfombra salpicadas unas manchas de vino.

Se marchó dejando solo una pluma y un total desagrado.

¡Maldito cuervo!

EDNA MILENA CARDOZO RAMÍREZ

Colombia

Instagram: [@utopias sin alma](https://www.instagram.com/utopias_sin_alma)



HELIOS

**JONATHAN VARGAS
LÓPEZ**

Besando la vida por última vez se despide el caballero carmesí del corazón humano con el que vivió toda su vida, para pasar a ser parte de las filas del Hades en la tierra, los golpes de la vida fueron demasiado para él, declinó ante las ganas de vivir y enfrentar el destino agri dulce, el veneno o la cura que se nos da a elegir.

Caminando con un aura negra va Helios, el llamado al sol que cayó en los brazos de las pasiones y la desesperación al perder lo que más quería en el mundo, su familia. Siendo su familia su más grande y tal vez única razón para vivir, esta misma fuerza de vida se convirtió en una razón para dejarse morir.

Con los ojos desorbitados sin importar el rumbo recorre la ciudad de los reyes, pero que él llama, el agujero de las ratas de saco y corbata, agujero de animales gentiles con personas ajenas a su patria, ¡basura! En uno de sus delirios se detiene a mirar el color de las rosas, lágrimas desde el inframundo de su ser caen, desde el frío invierno de su corazón se escucha el aullar de un lobo afligido y solo, en busca de su ya perdida manada.

Una mujer lo observa detenidamente y lo reconoce, le toca el rostro le reclama del porqué de su estado y el solo le dice, Lluvia mi dulce Lluvia y se desmaya producto del cansancio. En el mundo de los sueños, Helios cual espectador en cine observa a su madre Aurora, caminando desesperadamente con un bebé en brazos, escapando de alguien que la acechaba de manera insistente, con lágrimas en los ojos por el bebé.

Se detuvo un momento, miró al cielo y dijo: “Me diste a este niño, de cabellos dorados y ojos como el fuego quien es la luz de mi vida, en mi oscura existencia, y por un error estoy siendo perseguida por aquel caballero del averno”.

Del cielo salió un rayo de sol envolviendo a la mujer y al niño, la mujer escuchó una voz firme diciéndole: “Mujer ahí tienes a tu hijo, que será bendecido con la gracia de mi poder absoluto. Su futuro se verá obstaculizado por aquel que te persigue, pero él sabrá afrontarlo y derrotarlo”.

De pronto, cabalgando en un corcel negro, como las sombras, apareció el ángel de la muerte Mefisto, interponiéndose entre ella y su camino y le dijo:

“Nuestros caminos se ven entrelazados por el destino, yo me apoderaré de tu hijo para sumergirlo en las aguas del horror de la oscuridad”.

Lluvia lo despierta, él de un salto se aferra a ella, sudando frío y lleno de lágrimas. Ella mirándolo lo único que hizo en ese momento fue acariciarle el cabello,

darle un beso en la frente, cual potro brioso él se calmó, respiró.

Le preguntó cómo había llegado a ese cuarto y lo más importante por qué estaba ella con él. Ella le dijo que lo había visto llorando al mirar las rosas: “Me acerqué a ti y lo único que dijiste fue Lluvia mi dulce Lluvia y te desmayaste en mis brazos”.

Desconcertado, un dolor agudo en la cabeza hizo fluir otra vez los recuerdos de aquél día, el día en que ese jinete el cual no conocía sino hasta su sueño, había arrancado de sus brazos a su familia, con ojos infernales Helios decía: Mefisto, Mefisto y con un grito ensordecedor dijo una vez más: ¡Mefisto!

Se levantó de la cama y se fue en busca del jinete. El fuego de la venganza estaba consumiendo el corazón de Helios, cegado por su sed buscó en el lugar donde se produjeron los hechos, no encontró nada, con un golpe destrozó lo poco de los cimientos de aquella casa. Otra vez, ese golpe a la mente lo acechó y un recuerdo fluyó, como continuación del sueño que había tenido.

Un hombre de enneguecedor brillo bajó de los cielos. Aurora al ver la luz supo de quien se trataba; él le dijo: “Recuerda, te dije que este niño esta bendecido por mí, sin embargo las condiciones han cambiado, te ayudaré mientras el pequeño no tenga uso de razón. De ahí en adelante Helios será libre de decidir aunque yo dejaré pistas de cuál camino deberá seguir, pero dependerá solo de él y nadie más que él”.

El hombre estaba a punto de irse, la mujer le agarró las manos y con lágrimas le preguntó algo muy sencillo: “Dime salvador mío cuál es tu nombre”. El hombre se desvaneció, el viento soplando le dijo su nombre: “Albiore”.

Sudando, confundido armaba piezas del rompecabezas de la vida que no recordaba debido a la edad que tenía, solo era un bebé que no había elegido la vida que le tocó, que no había elegido nacer. Recuperándose de aquel golpe, empezó a mirar al cielo en busca de respuestas, a querer leer la luna y las estrellas, a ponerse en contacto consigo mismo. De pronto se le acercó un mendigo pidiéndole limosna, Helios lo único que atinó a hacer es darle la única moneda que tenía en su bolsillo, entonces el mendigo le dijo mirándole a los ojos: “Hijo del cielo, ojos del sol, concóctate a ti mismo y a la creación, que la venganza no se apoderará de ti”.

Con una mirada desconcertada Helios le preguntó al mendigo el porqué de sus palabras, a lo que el mendigo le contestó: “Yo soy solo un mendigo que pasa por las calles observando el color de la gente”. Cruza la calle y desaparece. Sintiendo aún

más confundido, desesperado en busca de respuestas, una lágrima del cielo toca su cara, una lágrima de cielo toca su mente. Una chispa del aún existente corazón de Helios se prende, un susurro le dice que no se rinda y que luche. La luz de la esperanza invade su ser, renaciendo de las cenizas cual ave fénix. Helios se pone de pie y con una mirada decidida a buscar respuestas va en busca del jinete.

En el universo de su mente Helios se pone a reflexionar cómo atraer al enemigo hacia él, y recuerda que solo sumergiéndose en las aguas del horror podría atraer a Mefisto, como la fragancia de la sangre para los depredadores. Con esto él sintió algo en su espíritu.

Siento frío.

Siento frío y me abraza lo que no quiero abrazar.

Siento frío y me arrastra lo que he dejado atrás.

El viento gélido de mi corazón empieza a soplar una vez más.

La primavera acabó.

Siento frío y nada más.

Teniendo que adoptar el infierno, hace todo lo que degrada el alma, llorando sangre desde el espíritu con tal de alcanzar su objetivo, sus propias palabras y acciones lo condenarán para el bien poder alcanzar. Sumergiéndose, pasaron días, semanas y meses. Helios se había convertido en un lastre y una lacra, pero aún conservando su corazón y su objetivo, días en los que se retorció por el veneno que se inyectaba en su alma a voluntad propia, días en los que los susurros se volvían melodías hipnotizantes.

De entre las batallas con sus demonios, Helios escuchó una melodía familiar que se acercaba y se escuchaba más nítida, era Lluvia. Con lágrimas en los ojos gritó: “Por qué tienes que estar así, por qué te dejas consumir, por qué”.

Él, solo sonrió al verla...

Juntos, Helios y Lluvia tirados en la vereda, ella reclamándole a él y él solo acariciándole el rostro. El cielo se convirtió en un cuadro de fuego, el olor a azufre inundó todo el lugar y a lo lejos se escuchó el sonido del galope de un caballo. Como lo había planeado, Mefisto se hizo presente en el momento más desgraciado, en el hoyo de la depresión y la desesperanza a la que Helios se había entregado. Más aún, al verlo con su amada en un estado deplorable, fue un festín más opíparo para los ojos de este ángel del averno.

Mefisto se hizo presente, el tiempo se detuvo, solo él y Helios eran los únicos capaces de moverse, Mefisto le dice a Helios al oído: “La condena de cuerpo equivale a la del espíritu y el cuerpo retrocede ante el aniquilamiento, la muerte de tu alma me ha traído aquí. Sabía que caerías tarde o temprano, te quité la única razón de tu vida y esta misma razón fue la que te llevó a desfallecer y en consecuencia a mí”.

Con ojos cual león, Helios miró a Mefisto directamente, sin miedo alguno, se paró y le dijo también al oído: “Caíste”.

El brillo en los ojos de Helios hizo temblar al malvado ser, desconcertado Mefisto no sabía qué tramaba el muchacho, y más aún cómo lo había hecho. De pronto un rayo de luz envolvió el lugar y se presentó aquel hombre que Helios había visto en sus sueño cuando era un bebé y su madre lo llevaba en brazos, Albiore. Mefisto con gran sorpresa de verlo quedó petrificado. Ambos, Helios y Albiore, se miraron, sonrieron. De pronto, Albiore le propinó una gran bofetada a Helios y le dijo: “Idiota, acaso no te había dicho que no te dejaras abrazar por la venganza. Lo que hiciste para traer a Mefisto fue un acto suicida para tu alma, desde el cielo lloraba por ti, pero al fin y al cabo lograste tu cometido”.

Ya con ambos juntos y Mefisto viéndose acorralado, Helios procedió a decirle algo que sencillamente destruiría a aquel ser, algo que encontró en el universo de su alma, algo que Albiore en un mensaje silencioso le había dicho: “Mefisto, no te odio, de entre toda la perturbación del alma y la muerte de mi corazón, la chispa de la vida la encontré en mí mismo, en el amor a mí, algo que tú jamás conocerás. Porque si no me amo yo, cómo podría amar a los demás y por ende a la naturaleza misma que es de donde provenimos”.

Un gran grito se escuchó por parte del jinete, un agujero se formó en el pecho de este y lo comenzó a destruir, como una explosión de galaxias desintegró al maligno ángel de la muerte. El tiempo volvió a correr, Helios volvió a los brazos de su amada. Lluvia al verlo otra vez se asombró al reconocer el brillo angelical en los ojos de Helios, lo abrazó tan fuerte que hizo detener el tiempo con amor y ese abrazo se sintió tan eterno, como la paz al subir a los cielos. Levantándose ambos del suelo, un viento susurró de nuevo el oído de Helios:

“El atardecer te mira y tú a él, fuego que recorre el espíritu.

El atardecer te dirá, no te rindas.

El atardecer te susurrará, lucha aunque veas tempestad en el camino.

El atardecer te dirá, eres luz.

Le sonríes al atardecer en su último vuelo del día y te dispones a seguir y pelear.

Volando vas iluminando la senda de tu vida.

Volando vas fluyendo con lo más genuino de ti.

Tu vida”.

Con determinación y voluntad nuestro joven vivirá para ser su luz y la de sus camaradas y amigos. Recordando siempre a su familia sin perder el corazón, él vivió una vida de luz y prosperidad.

JONATHAN VARGAS LÓPEZ

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/jonathan.vargaslopez.5>
<https://www.facebook.com/poesiaentarjetas/>



CARNE

JORGE ÁLVAREZ

La adolescente sacó del hirviente caldero de cobre, que se ve muy antiguo pero es de manufactura reciente y comprado por Internet, una porción más para servir a sus compañeras; esta vez tocaba hígado, que era el preferido de las tres y jamás comerían el cerebro, Lilith lo prohibía de modo definitivo. El engañoso sabor a carne de cerdo muy sazonada de distintas partes del cuerpo era capaz de engañar a un incauto o hacerles olvidar por un momento que en este caso era el director del colegio el motivo principal de la celebración del ritual.

Entregó los platos y se sentó en su lugar en la ronda junto a las otras dos chicas del colegio y a Lilith, la misteriosa mujer, que presidía el grupo. Ella las unió, les hizo tener confianza en ellas mismas y las llevó por el camino del canibalismo; tras solo unos meses les era imposible imaginar sus vidas sin el grupo. Pasaron algunos indigentes, como aquel que rondaba cerca de la casa de una de ellas, al que la joven odiaba por la forma que tenía de observarle pasar sin pestañear hasta que ella desaparecía de su vista. Daba escalofríos.

Pero aquel definitivo asistente a las cenas del grupo no fue otro que el director Cabanchik, quien tomó la mala decisión de tapar el incidente de abuso que sufrió Yael en el colegio. El hijo mayor del director llegó a violar a Yael, quien solo podía pensar en su colección de mariposas, hobby heredado de su padre, y en el dolor punzante que la pérdida de su virginidad le reportaba sobre todo en sus genitales y en su vientre junto a la sensación de impotencia más fuerte que sintiera en su vida, que se amplificó al darse cuenta que nada ganaría con hacer la denuncia.

Lilith lo decidió de inmediato y las chicas a pesar del odio no daban crédito al plan de la mujer, quien tras seducción, drogas y dos días con suero intravenoso hasta sacar los medicamentos del cuerpo del director, lo sacrificó dejándole desangrarse hasta morir. Aprovechó el caso como una forma de explicar el lado vengativo del canibalismo en oposición al sistema de tributo, honor y obtención de dones que practicaban muchas tribus con los sabios o los poderosos del grupo, el que también ellas podían practicar, y por condimentar la explicación intercalaba comentarios sobre el lado místico del asunto o como una cuestión simple de supervivencia.

El tiempo transcurrió, los indigentes desapareciendo sin que nadie se preocupase y el grupo reforzando sus lazos de pertenencia, enfatizados en cada ritual por Lilith. La policía, que en los primeros tiempos se hizo ver muy seguido en el colegio tras la desaparición del director, fue espaciando las visitas. Algunos meses

pasaron hasta que un testigo inesperado relató las circunstancias en las que vio al hombre conversando con una mujer la misma noche de su desaparición. Lo recordaba porque le rechazó enfático cuando pidió dinero para comer, pero al solicitarle un cigarrillo, el hombre sacó el atado que guardaba en su camisa y se lo regaló. Al describirlos, el rostro exótico de Lilith apareció nítido. La ansiedad se apoderó del grupo y de su líder, aunque las calmara diciendo que lo solucionaría todo.

Una de las chicas del grupo, Ada, presa de la angustia contó a Lola, su vecina recientemente viuda y su nueva mejor amiga, desde que esta se mudara a la casa de al lado, el problema policial de Lilith. La vecina pudo vencer sus recelos sobre contar acerca de la situación que le angustiaba; le convidó un té de hierbas de su propia huerta y le confesó que cargó con un gran error en su conciencia, pero que al enfrentar sus miedos se fortaleció y ahora podía enfrentar lo que el mundo le pusiera delante. Para cuando la joven terminó su té, estaba agradecida a su amiga por ayudar en el caso, continuó con su relato para que Lola pudiese dimensionar el problema de Lilith.

Días después la policía pareció encontrar la pista correcta y comenzó a buscar a Lilith, quien reunió al grupo para decirle que debería desaparecer un tiempo, ya que estaban tras su rastro; de hecho y por casualidad acababa de escapar de su casa justo antes que la encontrasen. Entonces entró un oficial de policía de forma inesperada y detrás de él, Lola. Sorprendida y sabiendo que no podría escapar, Lilith se rindió, el oficial le puso las esposas y al dar vuelta para llevar a la prisionera hasta su vehículo, Lola mostró un muñeco tosco y deforme al que clavó unos largos y gruesos alfileres. En el mismo instante, el oficial dio gritos de intenso dolor y tomó partes de su cuerpo que coincidían con las zonas que Lola pinchaba del muñeco. Luego de seis alfileres, el oficial de policía murió.

El liderazgo del grupo quedó dividido, las chicas terminaron por formar bandos. El canibalismo prosiguió y algunos drogadictos y ladrones se convirtieron en platos principales de las reuniones del grupo. Sin embargo, Lola tenía planes más grandes y no lo comentó en grupo, solo a su gente de confianza. El plan era asesinar a un senador que de forma inesperada cambió su postura en contra de un proyecto de tala de un enorme extensión de bosque por el voto positivo, que según los periodistas aseguraba su aprobación.

Tras unas semanas de recolección de materiales, Lola mató al senador y lo compartió entonces con todo el grupo. Lilith se desfiguró; el senador era su padre, con

quien tenía muchas diferencias y no se hablaban, pero más por el orgullo de su padre y vergüenza que sentía de su hija díscola, no por falta de amor entre ellos.

No pasó mucho tiempo para que Lilith y Yael se complotaran para envenenar a Lola pero esta descubrió sus planes a causa de la muerte de una de las chicas, que tentada en probar el riñón del sacrificio de turno comió antes que el resto y murió casi de inmediato. A pesar de la furia de Lola, las otras chicas del colegio, intercedieron aunque Lilith fue desterrada del grupo, al menos hasta que la nueva jefa cambiara de opinión.

Tras unas semanas sin reuniones, en las que Lilith no se comunicó nunca, Lola les avisó que era tiempo de ir contra las empresas que presionaron para que se apruebe la ley y llevar adelante los desmontes. Una de las empresas interesadas en el proyecto ya tenía equipos y personal apostados en el punto más alejado del bosque en relación a la ciudad, para que al principio pocos supieran que la tala estaba en marcha. Aprovecharían la noche de Navidad para atacar y a todas les pareció una gran idea. Lola consiguió artefactos explosivos a través de un amante al que tenía hechizado, método que eligió sobre todo por la rapidez de la destrucción y por las pocas evidencias que dejaba una explosión tras de sí. Además, al ver los destrozos se haría más fácil pensar en hombres, más agresivos y propensos a estallar todo, que en mujeres, siempre vistas como menos impetuosas y más bien aficionadas a los venenos. Ingenuos.

Cuando, tras la colocación de todos los artefactos en posición, Lola se disponía a iniciar la explosión, se llevó ambas manos a la garganta y dio muestras de ahogo. Nadie pudo ayudarla, de a poco el oxígeno fue desapareciendo de todo su rostro y los labios cambiando su color hasta caer muerta por asfixia. Todas estaban sorprendidas hasta que vieron caer cerca del cuerpo un tosco muñeco deforme con un pañuelo atado a su cuello. Al mirar la dirección de la que vino el muñeco vieron el rostro de Yael, lleno de lágrimas pero con odio destellando en sus ojos. Lola lo sabía todo sobre Lilith, cosas como su nombre verdadero y su relación con el senador que pensaba asesinar; después era inevitable que matara a la hija de aquél; lo hizo sin contar nada al grupo, solo Yael lo descubrió.

Pensó en su inmensa gratitud hacia la mujer que hizo algo acerca de su violación, pero el sentimiento no aplacó su furia. Caminó algo insegura hasta el cadáver, con rabia escupió en su dirección para luego alejarse en silencio hacia la

oscuridad del bosque, sabiendo bien vengada a Lilith y asegurado el próximo cuerpo para el ritual.

JORGE ÁLVAREZ
Argentina

CONVOCATORIA FEBRERO 2019

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos, deberán estar escritos en castellano y su extensión deberá ser menor o igual a 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 36

a:

elnarratorioblog@gmail.com

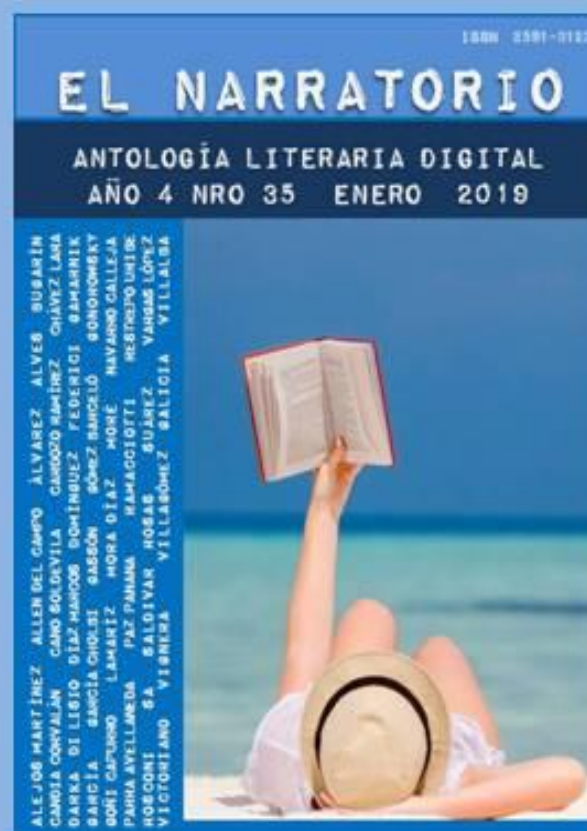
Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:
25 DE ENERO DE 2019.



EL NARRATORIO
G A N A S D E F E S C R I B I R



ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
 PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar
 FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
 TWITTER: @narratorioblog
 INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
 E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com

